LAURA FREIXAS



Entre amigas



Una historia de amor y de amistad que analiza con una brillante penetración psicológica todos los matices del sentimiento.

A sus treinta y cuatro años, Eli, barcelonesa casada con un suizo, lleva una vida tranquila en su casa de los suburbios de París, cuidando de sus hijos y preparando oposiciones. Pero, cuando menos lo esperaba, recibe noticias de la que fue su gran amiga: Tina, francesa, pintora en ciernes, devoradora de hombres y personalidad fuera de lo común… ¿O lo era sólo en la imaginación de Eli? El reencuentro de ambas amigas, tras catorce años sin verse, resucita el pasado compartido —Barcelona, años setenta—, saca a la luz más de un secreto y pasa revista a muchas cosas: la edad adulta, la vocación artística, la militancia, la mediocridad, el amor, la maternidad, las relaciones con los padres… y, por encima de todo, esa gama de sentimientos contradictorios a veces intensísimos —adoración, rivalidad, sometimiento, rencor, gratitud, complicidad, aprendizaje— que llamamos amistad.



Laura Freixas

Entre Amigas

Áncora & Delfín - 831

ePub r1.0

Titivillus 08.09.2023

Título original: *Entre Amigas*
Laura Freixas, 1998
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Al Colectivo Feminista
y a la Alliance Française

De *Entre amigas* se dijo:

«Laura Freixas reconstruye la evolución de dos vidas de la generación progre, desentierra con sentido del suspense los inevitables secretos del pasado y plantea algunas cuestiones existenciales de primer orden: sobre el amor, la amistad, el matrimonio, los hijos, etcétera. Muy recomendable.»

Sergio Vila-Sanjuán, *La Vanguardia*

Uno

Está una tranquilamente en su casa, un día gris, en la cocina caldeada, con el gato a los pies, troceando distraídamente una cebolla, con la vista puesta en los tres abedules del jardín, cuando de pronto, chispeando, azul y con estrellas, surge una aparición y a bocajarro le pregunta: ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo con tu vida?

Estaba yo pues trinchando una cebolla, un día como cualquier otro, un martes de mediados de mayo, cuando llamaron a la puerta. Por la hora, supe que era el cartero. Eché la cebolla a la sartén, donde el aceite ya humeaba, me sequé las manos en el delantal, con el mismo gesto que tantas veces vi hacer a las criadas —manos fuertes, ágiles y ásperas, olorosas a ajo o a cera para muebles o a jabón Lagarto, tan distintas de las manos ociosas de mi madre— y fui a abrir.

—*Bonjour, Madame* —me saludó el cartero.

—*Bonjour, Monsieur* —le saludé a mi vez.

Con los años que hace que vivo en Francia —ocho justos: llegué en mayo de 1982—, todavía me maravilla la dignidad de todos, el trato de igual a igual. Recuerdo el día de San Juan de 1976 en Barcelona, cuando todavía aturdida por lo sucedido durante la noche, salí con Tina de casa de Ernesto y lo primero que vi fue a un barrendero. Canijo, encogido, con la colilla en la boca, barría los restos de *coca de Sant Joan*, de serpentinas y petardos arrastrando la escoba… Unos días después, en Thonon-les-Bains, cuando salía con Tina de casa de su padre, vimos a un barrendero francés: barría erguido, uniformado y enguantado. Tina con toda naturalidad le saludó: *Bonjour, Monsieur*. Él con idéntica cortesía contestó: *Bonjour, Madame*, y yo comprendí que estaba en otro país o en

otro planeta.

Eché una ojeada indiferente al correo mientras cerraba la puerta y sonaban los cascabeles de las estrellas de latón, azules y doradas, que los Reyes Magos trajeron a los niños las pasadas Navidades. Cartas del banco, publicidad, una postal de mi padre desde Bali —como siempre, la firmaba él solo, aunque yo sabía que no estaba solo—, y de pronto… Inconfundible, la escritura de Tina: rápida, nerviosa, simplificada en las minúsculas, y esas grandes, generosas mayúsculas que parecen querer echar a volar. En el sobre —que no llevaba remite—, el membrete de una galería de arte.

Algo se me movió dentro, como un pájaro en un lugar oscuro que golpea ansiosamente contra las paredes. Cualquier cosa que tenga que ver con Tina me va derecha al corazón… Y el membrete ya me lo decía todo. Se ha salido con la suya, pensé: ella no ha renunciado, ella no es como los demás, ella ha terminado consiguiendo lo que quería… Desgarré el sobre: era, como suponía una invitación al *vernissage* de una exposición suya, una semana después, el 17 de mayo, en una tal Galerie des Étoiles en Montmartre. Y al dorso, unas líneas:

> *Querida Eli:*
>
> *¿Vendrás? O si lo prefieres, podemos vernos antes, el sábado 14, si te va bien. Yo estaré por la mañana, a partir de las diez, en el café de la plaza Abbesses.*
> *Un abrazo,*
>
> TINA

«Si te va bien»… Pero no me dejaba alternativa, no me daba siquiera una dirección, un teléfono. Puedes venir a hacerme la corte el sábado tú sola, si te va bien, o ser un cortesano más en mi *vernissage*, lo que te vaya mejor. La misma Tina de siempre.

La cebolla se estaba quemando; aparté la sartén del fuego y eché el contenido de una lata de tomate. Pensé mecánicamente en todo lo que tenía que añadir: tomillo, laurel, ajo picado, vino blanco, sal y pimienta, un pellizco de azúcar… y en que debería ir poniendo ya a hervir el arroz, porque Clara y Oriol, que habían salido de paseo con la canguro, no tardarían en volver. Me estaba abandonando a esos pensamientos, humildes y mansos como el gato que

ronroneaba a mis pies, cuando mis ojos tropezaron con el elegante sobre de la galería de arte abierto sobre el mármol de la cocina; y sentí vergüenza. Imaginé a Tina en la apoteosis de su gloria, brillando en medio de su exposición, mientras yo me secaba en el delantal las manos enrojecidas y rasposas.

Brillando… Brillaba en mi imaginación antes de conocerla, cuando recibía aquellas cartas suyas con olor a aguarrás, en sobres azules fantásticamente decorados con recortes de revista —ojos maquillados, labios rojos o fucsia, zepelines, guacamayos—, y mi nombre y dirección escritos en rotulador dorado, rodeado de estrellas de papel de plata. Brillaba como un cometa en la penumbra parda de nuestro sombrío piso del Ensanche, cuando me venía a visitar, el año en que fuimos amigas, hace ahora catorce, entre el verano de 1975 y el de 1976. Brillaba en casa de su padre, aquel chalé junto al lago Leman, grande y lúgubre como un mausoleo —por todas partes fotos en blanco y negro de su madre, muerta cuando Tina era muy pequeña, y las infinitas acuarelas del lago que había pintado—, entre su padre y su abuela, que la adoraban. Brillaba en el grupo de amigos que me presentó en Thonon en julio de 1976: todos la miraban.

Todos, menos André. El famoso André, alto y pelirrojo con los ojos castaños y labios en relieve. Suave, serio, pálido. El intocable André, el esquiador, rodeado de un aura de silencio, de ensimismamiento, de blancura.

Sonó el timbre: eran los niños. Por un momento me olvidé de Tina: la emoción de abrazar esos dos cuerpos mullidos como ovillos de lana, de besar esas dos caras que resplandecen de felicidad al verme, borra siempre cualquier preocupación. Despedí a la canguro, los senté a la mesa y terminé de preparar la comida, empujada por ese viento de alegría y de vitalidad que brota de ellos. Con la melena roja recogida en un lazo de terciopelo azul sobre la coronilla, Clara, como de costumbre, hablaba sin parar, mientras que Oriol, pálido y serio, comía en silencio. Cuando terminaron los subí a su habitación. Clara me pidió el mismo cuento que últimamente me pide todos los días, *La Cenicienta*.

Al terminar se quedó mirando los dibujos, como hace siempre.

—¿Y esta señora —señalando a la madrastra— por qué está enfadada?

—Porque no quiere que Cenicienta se case con el príncipe, se vaya de casa y la deje sola.

—¿Y éstas —apuntaba a las hermanastras— por qué están enfadadas?

—Porque se querían casar ellas con el príncipe.

—¿La que se casa con el príncipe es la Cenicienta?

—Sí, cariño.

—¿Por qué?

—Porque el príncipe la escoge a ella.

—¿Y después?

—¿Después? Después fueron felices y comieron perdices y tuvieron dos niños que se llamaron Clara y Oriol. Anda, duérmete.

Pero mientras cerraba la puerta, una voz sarcástica respondió en mi interior a Clara, con acento francés: Y después, la Cenicienta siguió hirviendo arroz y fregando platos.

En la cocina, me deslumbró nuevamente, como un estallido de luz y de colores, el sobre de la galería de arte. Y tuve la sensación extraña de que esta casa, esta inofensiva casita de suburbio con una hortensia, tres abedules y un castaño de Indias, y estrellas de latón que tintinean al abrirse la puerta de la calle, es una casa de chocolate que un lobo podría derribar de un soplo, un nido de urraca donde escondo mi felicidad como una cucharilla de plata; y tras catorce años de búsqueda paciente, ahora, husmeando el rastro, aparece un hocico…

Viernes, 13 de mayo, las tres. Estoy sola: es una de las tardes que dedico a preparar las oposiciones. Encima de la mesa tengo el temario. Pero antes de abrirlo, voy a buscar un sobre y papel de cartas y escribo:

Brétigny-sur-Orge, 25 de mayo de 1990

Querida Tina:

¡Qué sorpresa, recibir noticias tuyas después de tanto tiempo! Me alegro mucho de que inaugures una exposición y te felicito. Me encantará ir a verla. Desgraciadamente no pude acudir a la inauguración ni a la cita en el café porque cuando llegó tu tarjeta yo estaba pasando unos días en Barcelona. Me temo que cuando recibas ésta (no olvidar ponerla en el correo después de la fecha

del encabezamiento) ya habrás vuelto a Ginebra. Espero que la galería te la haga llegar allá. Si alguna vez vuelves a París…

Bien. Impecable. ¿Dónde escondo entre tanto, estos quince días, mi tarjeta y la de Tina? Veamos… Aquí, en el cajón de arriba, donde guardo la mantelería que me regaló mi madre y que sólo usamos cuando hay invitados, un cajón que se abre raramente y al que no llegan los niños… Cortesía, mentira diplomática, marcar distancias. Asunto concluido.

Abro el temario. Hace, como es habitual en París, un tiempo inhóspito, de viento frío y cielo bajo, grisáceo… Empiezo a leer la lección sobre santa Teresa, pero me viene a la memoria la imagen de la plaza Cataluña, cuando de niños dábamos de comer a las palomas. Abríamos la mano llena de arvejas y ellas bajaban aleteando, con las alas a contraluz, y se nos posaban en las muñecas, clavándonos las diminutas garras y haciéndonos cosquillas con el pico en la palma de la mano… Barcelona: calles y plazas olorosas a mar, inundadas de luz, por las que me paseaba, hace quince, veinte años, soñando con París… De pronto, por primera vez en esta primavera, oigo chillidos de vencejos.

¡Los vencejos! Siempre me han desquiciado, desde pequeña, cuando me despertaban de madrugada en casa de mis padres. Llegan en bandadas, como pregoneros, chillando, anunciando una noticia sensacional y urgentísima, nos sacan de la cama, con gritos como timbrazos: abra, es el cartero, un telegrama… Aturdidos, soñolientos, rasgamos el sobre azul: un telegrama, sí, pero cifrado.

Y el vacío no ha desaparecido. Lo sigo bordeando, todavía ahora, a mis treinta y cuatro años. Hay tantos momentos en que la vida suena a hueco… Las mañanas de los lunes, sobre todo. Se oye una radio, se abren grifos, avanzan los relojes, me cepillo el pelo, busco los calcetines de los niños, tuesto pan, avanzan los relojes, huele a café, como en millones de casas a esa hora, a mi lado está el hombre con el que elegí pasar mi vida, y quisiera echarme en sus brazos, decirle: ¿así que era esto?, ¿esto es todo?… Pero ya se ha ido, ya oigo el motor del coche, y siguen avanzando, como carcomas, los relojes.

Bruscamente me viene a la memoria el cuestionario Proust, que un día nos entretuvimos en responder. «¿Cuál sería para usted la peor desgracia?», y Tina, sin vacilar: «Ser mediocre».

Querida Tina:

Gracias por tu tarjeta y por tu interés. Veo que quieres saber qué se ha hecho de la que fue tu mejor amiga. Te lo diré: se ha hundido en la mediocridad más absoluta.

El cielo se ha oscurecido; va a llover. De la cocina llega un vago mal olor, se oye roncar la nevera… Me sonroja recordar nuestra solemnidad de entonces, los juramentos, las frases lapidarias… ¿Te acuerdas, Tina, de aquella tarde del mes de junio, en la catedral, cuando acababas de romper con Ernesto, y sentada en el claustro, con la cabeza entre las manos, llorando a borbotones —con esa manera tuya de llorar, rabiosa, despechada, hipando— declaraste solemne que renunciabas al Amor para consagrar tu vida, en exclusiva, a la Revolución y al Arte? Por no hablar de mí misma, de mis sueños de poeta revolucionaria, incomprendida y póstuma, con ojeras violeta y boquilla de ámbar, bebiendo el láudano en una buhardilla…

Me tendría que reír, pero no puedo, después de haber recibido tu tarjeta. Muchas veces me he encontrado con compañeros de aquellos años, militantes, como nosotras, del amor libre, la literatura *engagée*, Monterrey pop y todo el poder para los soviets, convertidos en pacíficos dentistas. Y yo, ya ves: en lo que despreciábamos más en el mundo, tanto, que ni siquiera nos molestábamos en discutirlo: en un ama de casa. (Me imagino la cara, esa cara de no querer ofender que pone una a nuestra edad para hacer ciertas preguntas —cuando ya le ha pasado la edad de hacerlas con naturalidad y no ha alcanzado aún la de no hacerlas— con que, si nos viéramos, me preguntaría abriendo los ojos: «¿Que has dejado de trabajar para cuidar a los niños…?». Y yo, hablando de niños, ¿me atrevería a preguntarle…?) Pero yo pensaba que todos, cada uno por su lado pero todos, habíamos hecho la misma renuncia vergonzante. Y ahora me sales tú con esto: resulta que tú no. Que tú lo has conseguido. Que algunos sueños no eran imposibles.

Ahora me lo anuncias. Ahora, cuando para mí es demasiado tarde. Cuando la vida se me aparece como un papel que al cumplir los treinta o treinta y cinco se dobla, y lo que queda por vivir no es más que la huella, los vagos trazos de la tinta aún no seca del todo sobre la mitad blanca del papel, el recuerdo o reflejo de lo vivido en

los primeros años.

Y te vuelvo a envidiar. Como entonces, sólo que entonces no lo sabía; era aún demasiado inocente… ¿Cuántos años hace? Empezamos a escribirnos en el 1973; fuimos amigas, en persona, durante un año casi exactamente. Tres fechas: llegaste a Barcelona el 24 de junio de 1975, día de San Juan —lo recuerdo bien: la víspera fui a una verbena, pero no hacía más que pensar en que tú, a esa hora, estabas en el tren, precipitándote a velocidad de meteorito sobre mi vida—; la famosa noche en casa de Ernesto fue la víspera de San Juan de 1976; y ese mismo verano, el primero de agosto me marché de Ginebra dejándote en brazos de André, iluminados los dos a ráfagas azules, verdes, rojas, por los fuegos artificiales sobre el lago. Sólo nos volveríamos a ver años después, en Barcelona, fugazmente: una hora, hora y media todo lo más, tomando educadamente café en La Puñalada.

¿Tú sabes, Tina, lo que te llegué a querer? No te quería: te adoraba. ¿Cuál sería el equivalente, para la amistad, del *amour fou*? No lo sé, no tiene nombre. Pero bien mirado, la adoración no es amor, sino enamoramiento. A los quince años, a los veinte, uno se enamora; a amar se aprende más tarde. Luego te odié, ferozmente. Por celos, claro. Durante cuatro años. Con un odio tan solitario, tan impotente y desesperado como había sido la adoración de los primeros tiempos. Y después, la felicidad hizo que te olvidara. Sabrás, por cierto, que me he casado con el amor de tu vida.

¿Lo sabe, no lo sabe? Sería inverosímil que no lo supiera, sería casi monstruoso. Pero por otra parte, ¿cómo podría saberlo? Que yo sepa nunca han vuelto a verse ni se han escrito ni siquiera han hablado por teléfono. Una cosa que siempre me impresionó de Tina era precisamente su capacidad de arrancarse los sentimientos de raíz, cuando le parecía que ponían en peligro su dominio de sí misma. Pero también para André la ruptura fue radical, irreconciliable (¿por qué? ¿Será cierto lo que sospecho?). Pero ¿a mí qué más me da que lo sepa o no lo sepa? En la época en que éramos amigas, me daba miedo mostrarle cualquier cosa mía: me parecía que ella o bien la aprobaría calurosamente, con mal disimulada condescendencia, como algo adecuado para mí, o la

encontraría buena de veras, es decir, digna de ella y se la apropiaría. Como se apropió de Ernesto. Aunque no le interesara realmente, al menos al principio: su gran amor, desde los quince años, era, seguía siendo, aquel André lejano, en Suiza, el monitor de esquí… Pero Ernesto la vio y se enamoró de ella; y a mí, aunque me doliera, me pareció tan natural, tan inevitable, que ni siquiera estuve celosa. En esa época, creía que el único motivo por el que no se enamoraban de Tina todos los hombres sin excepción, es que se sabían indignos de aspirar a tal honor.

Vuelvo a ver esa escena: café Zurich, en lo alto de las Ramblas, verano de 1975; Ernesto sentado a una mesa junto a la ventana, en la planta baja: lo distinguí desde arriba y de espaldas por la cabellera negra, la chaqueta negra de pana y su inconfundible pañuelo amarillo; Tina me azuzaba: «¿Cómo no me lo vas a presentar después de todo lo que me has hablado de él?»; bajamos de la galería, yo riendo y sonrojándome; él alzó la vista del periódico y se quitó rápidamente las gafas —me sorprendió esa coquetería— y en un segundo, le vi tres caras: la primera, antes de habernos visto: una expresión que yo no podía entender entonces, la de un hombre cansado, envejecido por la penuria y el exilio; la de aburrimiento que puso al verme; y el gesto súbitamente interesado, despierto, la sonrisa juvenil y ansiosa que se le encendió al descubrir, detrás de mí, a Tina. Debo añadir que yo era flaca, de pelo corto y vestida de *progre*, género neutro, mientras que Tina era toda curvas e iba vestida de francesa.

Pero ahora ¿de qué tengo miedo? ¿Por qué me escondo? Yo no hice nada, Tina, te lo juro. Bien lo sabes… Cuando vi que estabas besando a André, aquella noche, entre los fuegos artificiales y la algarabía de la fiesta, me despedí de vosotros. André me dio las llaves de su estudio, donde nos alojábamos esos días en Ginebra, las cogí sin mirarle y me marché, abriéndome paso entre la multitud que gritaba y bebía, bordeando el lago oscuro y quieto bajo los estallidos de colores. Claro está que no pude dormir. Os oí llegar, oí cómo tu sueño, anhelado desde los quince años, se cumplía al fin.

Me levanté a las seis para coger el tren y no te volví a ver en cinco años.

Cinco años después, la última vez que nos vimos, en Barcelona,

en La Puñalada, en pleno Ensanche —barrio en el que antes, en el 1975-1976, jamás se nos hubiera ocurrido citarnos—, aquel café de camareros con chaquetilla blanca, bandeja de peltre y trapo blanco colgando del brazo, en septiembre de 1981... Yo le tenía que haber dado la noticia, tenía pensado dársela, hasta lo había ensayado. «Tina —solemnemente—, tengo que decirte una cosa...» Pero aquí me encallaba, porque no podía adivinar su reacción. Me la imaginaba cambiando de cara en lentísimos segundos, retorciéndose en silencio como un papel que se quema. La idea de hacerle daño me producía una fascinación extraña, que me atemorizaba. Aunque creo que en el fondo, lo que más temía era lo contrario: que me escuchara sonriendo, que me dijera que ya lo sabía, que se alegraba por nosotros, o incluso, que todo había sido idea suya, que era ella quien había sugerido a André que me llamase, el 22 de abril de 1980...

Estaba subiendo la escalera cuando oí el teléfono. En aquella época no había contestadores, y yo, angustiada como vivía por la soledad y el tedio, no podía permitirme desdeñar llamada alguna... Subí el tramo que faltaba corriendo, entré corriendo, dejé en el suelo el bolso, el abrigo, las llaves; me abalancé al teléfono:

—*Pourrais-je parler à Mademoiselle Casadevall?*

—*Oui, c'est moi* —aturdida, jadeando—, *c'est de la part de qui?*

—*André Albret, je ne sais pas si vous vous souvenez de moi...*

Si me acordaba de él. Tenía gracia la pregunta. Se pasa una años soñando con un hombre, antes de conocerle, por referencias, frases —*«il est beau comme un dieu grec»*, me había escrito Tina—, fotos —bello como un dios griego, sí, e intocable como una estatua—, luego en persona pero esquivo, el hombre de otra, el amor platónico de la mejor amiga... Sueña una con él aunque no quiera, con reposar entre esos brazos cálidos, con besarle en el rincón entre el cuello y el hombro, ese rincón entrevisto por el cuello un poco abierto de la camisa, que yo habría querido desabrocharle despacito: un botón, un beso, otro botón, otro beso... Le quiere olvidar, pero se vuelve bruscamente por la calle, con el corazón en la boca, cada vez que ve una cabellera roja. No contesta las cartas de la amiga, ni siquiera las abre, por miedo a leer lo feliz que es con él... Y un día, tres años y nueve meses más tarde, suena el teléfono y es él, que ceremonioso y tratándola de usted, le pregunta si por

ventura le recuerda.

Me llamaba desde Madrid; me explicó que al día siguiente tenía entrevistas profesionales en Barcelona; si yo estaba libre ¿podríamos cenar juntos?… Ingenioso pretexto, salvo por el detalle, que él ignoraba, de que el 23 de abril, Día del Libro, era festivo en Barcelona.

Sonrío feliz, triunfante. ¿Qué más quiero?… Pero vuelve el recuerdo de mi último encuentro con Tina.

Aquella tarde, Tina, en La Puñalada —apareciste elegantísima y sobria: traje negro de chaqueta y pantalón, blusa y sandalias rojas, planas; ya no olías a aguarrás, sino a Opium, el perfume de moda— tengo que agradecerte que me resolvieras la papeleta, pues no paraste de hablar ni un minuto: de ti, de tus proyectos, de tu separación de André —con displicencia, brevemente: me dijiste, recuerdo, que te alegrabas de habértelo llevado a la cama por fin para dejar de pensar en él—, de que los hombres, de todos modos, sólo te interesaban para eso; de ti, de tu trabajo en televisión, de tus amantes; de ti, de que habías dejado de pintar y no lo lamentabas; de ti, de tus viajes por todo el mundo; de ti; de ti; de ti. Y mi noticia se quedó sin estallar, como una granada enterrada en la playa. Que hará mucho más daño cuando estalle con años de retraso.

> *Estimada Mademoiselle Martine Thérond:*
>
> *Aunque con cierto retraso —siete años, para ser exactos—, me complace notificarle el enlace entre la señorita Elisenda Casadevall y Monsieur André Albret, celebrado en Brétigny-sur-Orge el 22 de abril de 1983, a las once de la mañana…*

Pero ¿por qué esa necesidad de hacerle daño, de vengarme? ¿Vengarme de qué? ¿A qué viene este rencor?

Recuerdo cómo, cada vez que volvíamos a encontrarnos, yo le decía: «Te has cortado el pelo», o «Qué blusa tan bonita», mientras que ella jamás se dignó hacerme el menor comentario.

Recuerdo con qué impaciencia corregía mis errores cuando hablaba en francés, hasta que dejé de esforzarme y desde entonces hemos hablado siempre en español.

Recuerdo sus estribillos, tan redichos: «Pues claro…», «En efecto», «¡En absoluto!». Su manera de levantar la barbilla exclamando *«Je m'en fous royalement!»*, ¡me importa un bledo! Los

leves galicismos que yo no me atrevía a corregir: «Sabes bien», «¡pero no!», «¡súper!», «ininteresante»…

Recuerdo que me decía: «He visto una película buenísima, te la recomiendo…», sin recordar que la habíamos visto juntas.

Recuerdo que un día me dijo, como si tal cosa: «A veces quieres parecer femenina, juegas a la coquetería, pero no pega».

Y a pesar de todo, la adoraba. Con esa adoración ingenua, embobada, narcisista, que las mujeres son capaces de sentir unas por otras. O algunas —pienso ahora, con despecho— por sí mismas.

Viernes, 13 de mayo, las cuatro menos cuarto. Intento estudiar, pero me viene a la memoria una canción que Clara canturrea estos días: *Bonjour ma cousiii-ne, bonjour mon cousin germain / On m'a dit que vous m'aimiez, est-ce bien la vérité?*… Buenos días priii-ma, buenos días primo hermano / Me han dicho que me queréis: ¿de veras?, ¿es verdad?

¿Qué habrá sido de su vida?

Je m'en soucie guèèè-re, je m'en soucie guèèè-re… No es que me preocuuu-pe, no es que me preocuuu-pe…

No, no me preocupa, no me preocupa lo más mínimo. Pero la curiosidad…

Curiosidad, sí. Pura curiosidad por saber qué ha hecho, qué le ha ocurrido, en todos estos años. Si sigue en televisión y pinta en los ratos libres, o si dejó su trabajo para dedicarse sólo a la pintura. Si ésta es su primera exposición. Si aquella promesa latente en ella, indefinida, pero que saltaba a la vista, se ha cumplido. Si es realmente una persona extraordinaria, fuera de lo común, o si eran imaginaciones mías. Si tiene éxito. Si se ha casado, si tiene hijos. Si sigue tan arrogante y obstinada, tan impaciente y egocéntrica, como cuando la conocí. Si sigue derrumbándose, a veces, en bruscos ataques de llanto. Si continúa viviendo en Ginebra. Si sigue siendo la niña de los ojos de su padre. Si gana dinero. Si ha madurado. Si es tan guapa como yo la recuerdo. Si es feliz.

Pero no, no, más vale dejar las cosas como están. Quizá, ni contestar siquiera… Y yo tendría que aprovechar el tiempo. Volvamos a santa Teresa. Me levanto a buscar el ejemplar del *Libro de la Vida* que tengo hace tiempo y que nunca he leído, y lo hojeo.

«Sea el Señor alabado, que me libró de mí», leo al azar. «Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen —una nota al pie explica que se refiere a novelas que prohibió la Inquisición—, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos y yo no podía ya por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo…*» «Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos…»

La mano de André, tendida para ayudarme a subir un talud, el día en que lo conocí, aquella excursión con todo el grupo de amigos de Tina… Una ayuda que yo no necesitaba, pero que por supuesto no rehusé. Su mano cuadrada y musculosa, de dedos romos, sus manos a las que una puede, sin vacilar, confiar su futuro, su vida. Las manos que sostienen a Clara, como sostiene el columpio la rama del castaño, y ella apoya la cabecita anaranjada en el hombro de su padre y cierra los ojos suspirando.

Sí, pero antes… Las manos de Tina, sedosas, suaves, frías. La mano que metía con la mía en el bolsillo de mi abrigo o del suyo cuando no teníamos guantes. Por las Ramblas en invierno, entre árboles secos, resumidos, como croquis a lápiz. Y luego en el Café de la Ópera, donde nos refugiábamos a comer ensaimada y chocolate con nata y a reírnos, a charlar, a fumar, a susurrar, a darnos codazos y reír otra vez… Sus manos. Lánguidas y curvas, sosteniendo sus cigarrillos mentolados, con la huella inconsciente, como en todos sus gestos, de los años de clases de *ballet*. Aleteando cuando, nerviosa —en esos momentos en que tensa, en lucha con fantasmas que yo no adivinaba, olvidaba mi presencia por completo— se la pasaba por el pelo, rabiosamente, despeinándose. Y cuando serena, sonriente, bailarina, apoyaba los codos en la mesa y alzaba la barbilla, sus dos manos, blancas y puntiagudas, se miraban como dos cisnes frente a frente.

> *Querida Tina:*
>
> *No sé por dónde empezar. Me parece mentira que hayan transcurrido más de quince años desde aquellas tardes que pasaba escribiéndote en la biblioteca del Ateneo, en Barcelona, y esta tarde, aquí, en el comedor de mi casa en los suburbios de París…*

Sí, ése era el tono de mis cartas a Tina, cuando le escribía una vez por semana o más, cartas de cinco páginas, de ocho, de diez…

Aquella correspondencia iniciada por azar, un intercambio entre mi colegio y su *lycée*, se había convertido en el centro de mi vida. No solía escribirle desde casa —no me gustaba estar a solas con mi madre, y mi madre siempre estaba sola—, sino desde el Ateneo, adonde iba a estudiar. Era un lugar anticuado y soñoliento: techos con vigas, baldosas resquebrajadas y mesas para jugar al ajedrez con ceniceros de latón dorado en las esquinas. Los salones olían a tabaco de pipa, el bar tenía veladores de mármol y yo escribía a Tina en la biblioteca rococó, toda oscuridad y polvo, sentada a un escritorio de tablero inclinado y felpa verde, bajo una tulipa con pie de bronce dorado, mirando, por la ventana, el patio: el estanque, los nenúfares, las palmeras que parecían elevarse buscando aire, asfixiadas por las severas paredes.

Patios, patios, patios… El patio de la escuela primaria: jugábamos al corro de la patata y en mayo le llevábamos flores a María. El patio de la escuela secundaria, por el que a la hora del recreo paseaba un profesor encargado de vigilar la invisible frontera que separaba a los chicos de las chicas —y ambos bandos nos mirábamos de reojo, como en un zoo los paseantes y las fieras—. El patio al que daba la ventana de mi cuarto en casa de mis padres, un patio angosto y húmedo por el que ascendían las interminables melopeas —historias de celos, caballos, luz de luna, gitanas fieras como leonas que apuñalaban a la rival y la volvían a apuñalar— cantadas durante horas por las criadas andaluzas mientras aporreaban la ropa y la volvían a aporrear, sobre la tabla de madera ondulada, con pastillas de jabón Lagarto del tamaño de adoquines. El patio de la universidad: un claustro de piedra y un jardín con rejas, enfrente de una comisaría… España entera era un gran patio en el que todos, niños y grandes, jugábamos a vivir, bajo la mirada paternal de Franco. Bailábamos la yenka, coreábamos la canción de Mary Poppins —*¡Super-califragi-lís-ticoexpialido-so!*—, leíamos fotonovelas y tebeos y circulábamos en biscúter, obedientes a los guardias que dirigían el tráfico con casco y guantes blancos. Los pequeños soñábamos con ver *Helga* y *La noche de los muertos vivientes*, prohibidas a los menores de 18 años, y los mayores, con ver *Gritos y susurros* en versión íntegra y *El último tango en París*, prohibidas a los españoles. Todos los años, el 5 de enero los periódicos anunciaban en portada la llegada de los Carteros Reales,

enviados especiales de Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente, y su recorrido por la ciudad escoltados por la Banda de la Cruz Roja de Mollet, las *Majorettes* de Cornellá y la Policía Armada, todos ellos lanzando caramelos. Seguían la información local y regional, la página marítima, la de religión, la de deportes, las necrológicas, los ecos de sociedad, los crucigramas, los sucesos y la cartelera de espectáculos, con algún que otro suelto comunicando que tal o cual ministro había informado a tal o cual comisión oficial «sobre asuntos relativos a su ministerio» —no se precisaba cuáles; las sesiones informativas eran siempre a puerta cerrada—. El 28 de diciembre, día de los Inocentes, los niños clavábamos monigotes de papel con alfileres en la espalda de los transeúntes y los mayores compraban periódicos cuya primera página anunciaba, por ejemplo, que unos desaprensivos habían desmontado durante la noche la estatua de Colón, columna, leones de bronce y ascensor incluidos, para venderla a un millonario americano, hasta que la coletilla final aclaraba: «Recordamos a nuestros amables lectores que hoy es 28 de diciembre»… Encarcelada en ese eterno parvulario, yo escribía a Tina suplicándole cartas, cariño y lima en el pastel.

Viernes, 13 de mayo, cuatro y cuarto… Y yo, ¿qué fui para ella?

Je m'en soucie guèè-re, je m'en soucie guèèè-re… Allez par ici et moi par là. Au revoir ma cousine et puis voilà. Id vos por aquí y yo por allá. ¡Adiós, prima, adiós!, y basta ya.

Dentro de… ¿cuántas horas? Diecisiete y media, exactamente…

Dos

SIEMPRE me ha gustado levantarme antes que los demás y salir de casa sola, en silencio, cerrando con cuidado la puerta detrás de mí… Son las ocho y media: no es que necesite una hora y media para llegar a Abbesses, pero quiero gozar de la soledad, tan poco frecuente en mi vida en estos años, y además necesito prepararme para volver a ver a Tina.

Bajo la escalera, que cruje levemente, y echo un último vistazo a la sala y la cocina, para llevarme esta paz metida dentro, como agua subterránea. Abro la puerta de la calle. Cosa rara, hace buen tiempo: un cielo azul con alguna nube, fresco y como barnizado. Las hortensias beben ávidamente la luz, que sólo reciben a esta hora. No me resisto a deslizar la mano por las flores, con el mismo gesto con que suelo pasarla por el lomo del gato y la cabeza de los niños.

A punto de subir al coche, cambio de idea. Iré a coger el tren, para recordar mejor aquella mañana del 24 de junio de 1975, cuando salí, como hoy, de casa —de casa de mis padres— y me dirigí, a pie, a la estación de Francia, a conocer a Tina.

Hacía un día nublado, uno de esos días densos, de penumbra verde y húmeda, característicos de principios de verano en Barcelona. Nada más despertarme, puse bajito el disco que ese verano, echadas en el suelo buscando el fresco de las baldosas, escucharíamos hasta la exasperación, el de Pink Floyd, ¿te acuerdas? *Wish you were here…*

Eché una última mirada a mi cuarto antes de salir, y una última mirada por la ventana, porque tenía la impresión de que ya nada sería igual después.

En el fondo del patio había una cuerda de tender ropa de la que colgaba, ante una ventana cerrada desde hacía años, una falda de color lila, solitaria, desteñida por la lluvia, acartonada por la suciedad, una falda fósil. Siempre la había visto allí. Siempre el mismo patio. Siempre, por las tardes, la misma musiquita tristona que anunciaba el consultorio radiofónico de Elena Francis, el programa que escuchaban religiosamente, a las cinco en punto, las criadas de todos los pisos. Y siempre, al llegar el buen tiempo, los vencejos, ataviados de negro como cantantes de ópera, cruzando una y otra vez el cuadrado azul de cielo que recortaban las cuatro paredes… Aburrida, anhelante de no sabía bien qué, agotada por un fervor vacío, yo me refugiaba en Rimbaud y Maupassant (leía y releía *Una aventura parisina*: «¿Para qué ha hecho usted todo esto?» «Para conocer el vicio»), Barbara y Pink Floyd, cualquier cosa extranjera, y escribía poemas incomprensibles, que transcurrían en Abisinia para mayor seguridad.

Frente a la de mi cuarto (el piso tenía forma de u) estaba la ventana de la antigua habitación de la criada, ahora vacía y preparada para ti. Tú que nunca has tenido criada, Tina, no te puedes imaginar lo fascinantes que eran para una niña como yo, que no conocía otro país, otra ciudad, ni siquiera o apenas otros barrios que el Ensanche, ni por supuesto —*vade retro!*— otras clases sociales. Nosotros éramos nosotros: *los* Casadevall, *los* Puig, *los* Serra…: las familias *de toda la vida*. Existían otros, pero muy vagamente. Nosotros vivíamos, naturalmente, en el Ensanche, por encima de la Gran Vía. Los barrios por debajo de la Gran Vía —el Gótico, el Chino— no contaban, y para qué hablar del extrarradio: *Charnegolandia*, le llamaba mi padre, que cuando tenía que hacerse entender por un obrero, un electricista, un *charnego* cualquiera, nos explicaba luego que le había hablado en *burroní*.

Y resulta que en casa teníamos un espécimen vivo de *charnega*, importada de una Charnegolandia todavía más lejana: «el pueblo» perdido por Galicia, Andalucía, Extremadura, una *charnega* auténtica, recién importada y sin desbastar, que limpiaba, fregaba y cocinaba mansamente y lo miraba todo sin decir nada, con ojillos de hurón y dientecitos puntiagudos, y que por las noches se metía en su cuchitril, un cuartucho que aunque estaba en nuestra casa,

olía distinto: a cuerpo. Tenían nombres diferentes de los nuestros: diminutivos terminados en i —Juani, Loli— o nombres estrafalarios, los del santo del día en que nacieron: Társila, Pelaya... Hablaban castellano, pero no el castellano postizo de mis padres, que hablaban catalán entre sí y castellano conmigo, sino otro, con palabras extrañas y acento andaluz, extremeño o gallego. Se vestían y se peinaban como Pili y Mili, el dúo de moda y estaban enamoradas de Raphael —un cantante para *chachas*, decían despectivamente las niñas de mi colegio—. Leían fotonovelas, que me prestaban y que yo escondía debajo del colchón porque mi madre me las tenía prohibidas; compraban *El Caso*, un semanario de violaciones y crímenes que en las últimas páginas llevaba anuncios matrimoniales: «Caballero maduro, funcionario de Correos con plaza en propiedad, busca señorita formal, 18 a 23 años, con fines matrimoniales. Chicas yeyé abstenerse». Salían dos veces por semana, los jueves y domingos, de cuatro a diez. Las que tenían novio esperaban, ya vestidas y arregladas, con medias de rejilla, botas altas y la melena lacia, junto a la puerta, mirando el reloj, a que pasaran diez minutos o veinte de las cuatro, para encontrar al chico, como corresponde, esperándolas, trajeado y con bigotito. Tuvimos una que a punto de casarse, rompió, «porque no soporto —nos contó llorando—, que un hombre me ponga la mano encima». («Querrá que se la ponga debajo», murmuró mi padre.) Tuvimos otra que traía a mi madre de cabeza desde que descubrió que un domingo, al regresar a casa, llevaba la blusa del revés. No tenía novio; a veces la venía a buscar «un primo». Mi madre la espiaba, apostada en el balcón desde las diez menos cuarto. «Conque primo, eh. *Cuanto más primo, más me arrimo*.» Yo la seguía a la cocina: venía de La Paloma, la sala de baile de la calle del Tigre, en el misterioso Barrio Chino. Olía al frío de la calle, a tabaco negro, a *perfume embriagador*, a pecado. Me hablaba abstraída, desde algún lugar invisible, remoto y exaltado como el cielo por el que volaban los vencejos, y nos servía la cena arrebatada y sonámbula, con la sopera apretada contra el pecho. No duró mucho en casa.

Hubo una, la última —desde entonces mi madre había optado por las asistentas por horas— que desapareció de forma extraña. Se llamaba Eduvina: una andaluza rubia, alta y pechugona, muy discreta, vestida de luto, que a todo decía «sí señora» con los ojos

bajos. Era eficientísima: a las cinco en punto había terminado su trabajo —nunca como entonces estuvieron tan inmaculados los jarrones de cristal, las mesas de cristal, la galería acristalada, los cristales de puertas, ventanas y retratos— y se encerraba en su cuarto a escuchar a Elena Francis. Yo la veía desde la ventana del mío pasar y volver a pasar detrás del cristal esmerilado, como un tigre en una jaula, mientras sonaba la melodía tristísima que anunciaba el programa, y luego, la voz consoladora y autoritaria de Elena Francis: «Querida amiga: Aléjese de ese hombre…». Un día llegué a casa y no estaba. Mi madre me explicó que había tenido que volver al pueblo porque su madre había tenido un ataque al corazón. Se le había olvidado —pero a mí no— que Eduvina llevaba luto por su madre, fallecida justo antes de entrar ella a trabajar en nuestra casa.

Salí cerrando con cuidado la puerta del piso, para que mi madre no me oyera. Aún recordaba con un escalofrío cierto domingo de 1973, poco después de entrar yo en la universidad y cuando estaba a punto (esto, naturalmente, no lo sabía mi madre) de ingresar en el partido. Me desperté emocionada: iba a ser —creía yo— mi primera manifestación, ilegal naturalmente. Didáctica y condescendiente, yo le había comunicado días atrás a mi madre mi intención de participar en ella, y hasta me había dignado explicarle que consideraba mi deber —y el de todo demócrata, por cierto— aportar una contribución decisiva —aun a costa de poner en peligro la propia vida— al derrocamiento del tirano. Mi madre se llevó las manos a la cabeza; primero me lo prohibió, pero en ausencia de mi padre —que estaba, como de costumbre, en viaje de negocios— no había autoridad que me pudiera prohibir nada; luego intentó disuadirme; finalmente se dio —creía yo— por vencida. El domingo en cuestión me levanté eufórica, me puse pantalones vaqueros para correr mejor, me calcé zapatos planos de deporte —sin sospechar qué pronto y con qué furia iba a devolverlos al armario—, me dirigí triunfante hacia la puerta… y allí estaba: vestida ella también con pantalones —de pura lana, con la raya impecable—, zapatos planos —de ante, con hebilla dorada— y el primer bolso en bandolera que yo le veía en mi vida —comprado sin duda para la ocasión en Román o Santa Eulalia—, mirando preocupada el reloj —siempre ha

sido la puntualidad en persona—… «Anda, Eli —exclamó amablemente al verme—, que llegamos tarde»…

Mi madre se había casado con un hombre guapo, ambicioso, trabajador, simpatiquísimo y galante, hijo de una buena familia venida a menos por un revés de fortuna, obligado a buscar trabajo a los quince años, decidido a hacerse rico —«Si el dinero está en la mierda, meteré las manos en la mierda», le oí decir más de una vez —, contratado a los veinte como vendedor en la perfumería de mi abuelo, y que ahora, a los cuarenta y cinco, ya dueño único de lo que con su trabajo había convertido en un pequeño imperio (él y mi madre se estaban construyendo una *torre* en La Bonanova, que a raíz del descubrimiento de la *carta verde* venderían sin haber llegado a habitarla), seguía siendo un hombre guapo, simpatiquísimo y galante fuera de casa, y en casa, un trasto en zapatillas, distraído, gruñón, aburridísimo, con la cabeza perpetuamente hundida entre las páginas de *La Vanguardia*. Mi madre se quejaba de que no tuviera *detalles*, no le enviara flores, no le hiciera regalos, no *la llevase* de viaje, a cenar, ni siquiera al cine. Él la dejaba hablar y leía *La Vanguardia*.

El adjetivo favorito de mi padre, que aplicaba indistintamente a coches, a casas, a mujeres, era *despampanante*. Y mi madre era cualquier cosa menos *despampanante*: una mujer flaca y seca, sobria, enérgica, fea, elegante, desconfiada y solitaria, dotada de una inteligencia excepcional y condenada a aplicarla entre cuatro paredes. Todo lo que no había podido hacer en un ministerio, en un hospital, en un ejército, lo hacía mi madre en un piso del Ensanche. Imponía a la casa un orden trigonométrico, una limpieza quirúrgica, una disciplina militar. Ella era la directora, la generala, la cirujana jefe; la criada de turno hacía las veces de cuerpo de funcionarios, infantería y enfermería, y a mi padre se le habían asignado por decreto los papeles de cliente, inspector, generalísimo y paciente, de los que sólo desempeñaba a conciencia el último.

Llevaba el pelo como se llevaba entonces: teñido de color vainilla, crepado, esférico, fijado con laca, trabajado con ahínco hasta conseguir que pareciese una peluca de nailon. Se vestía con esa elegancia impecable de la burguesía catalana, hecha a partes iguales de buen gusto y desprecio: joyas tan pequeñas que apenas se veían, pero «buenas»; trajes grises o azul marino a la medida,

discretísimos, pero perfectamente cortados; zapatos exquisitos; todo comprado en tiendas *de toda la vida*, en las que el dueño —Román, hijo de Román, padre de Román— salía personalmente a saludar a las clientas como mi madre, pues él o su padre habían sido ya los modistos o zapateros de la madre de mi madre, y a mí también me miraban sonriendo, y yo les devolvía la sonrisa mientras murmuraba para mis adentros: que te crees tú eso.

Una vez la acompañé a la policía para hacerse un pasaporte. —¿Ha traído la licencia marital? —preguntó el funcionario. —Sí señor —replicó diligente mi madre—, y el certificado de vacuna antirrábica, el collar y la correa. El funcionario se la quedó mirando con una mirada vacía. —¿Ha traído la licencia marital? —repitió pacientemente.

Un día, de pequeña, había visto en un anticuario un péndulo con una reproducción de la Mona Lisa: una mujer sentada con perfecta educación, sonriente e inmóvil, pero a cuyos ojos, que barrían incansablemente el espacio —hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia la izquierda… siguiendo el ritmo de la varilla— nada podía escapar. Era el retrato de mi madre. A medida que se acercaba el 24 de junio, yo tenía la sensación de que los ojos llegaban a extremos insospechados en su recorrido, brillaban en la oscuridad, no se cerraban nunca, se esforzaban hasta el dolor en descubrir, adivinar y radiografiar. Si nos cruzábamos en la puerta, me miraba de arriba abajo y con esa mueca que yo conocía tan bien —estirando hacia los lados los finos labios, pintados de un rojo brillante que se desviaba por las arrugas perpendiculares a la boca— me preguntaba amablemente: —¿Dónde tienes el caballo? —¿Qué caballo? —gruñía yo. —Ah, esas botas, ¿no son para cabalgar por la pampa?… Otras veces me preguntaba por Tina, en un tono de cortesía indiferente: —Esta amiga tuya… ¿tiene novio? —¿Y cómo le explicaba yo lo que Tina tenía (a razón de uno nuevo cada tres meses) si esa palabra que sonaba a extravagante, a mantis religiosa, a devoradora de diamantes, no se había pronunciado nunca en mi casa? —No —contestaba yo con voz ensayadamente neutra. Mi madre hacía una pausa, y para disimular, daba un rodeo por otro tema: —Esta amiga tuya… ¿hace mucho que murió su madre? —Cuando ella tenía meses. De una hidrocución. —¿Qué es eso? —Y yo se lo explicaba con las mismas palabras, cuya frialdad nunca

dejó de desconcertarme, que había empleado Tina en una carta: —Un choque térmico producido por meterse de golpe en agua fría. Pero su abuela le ha hecho de madre. —Y su padre, ¿en qué dices que trabaja?… Ah, gerente de un supermercado —el tono era de alivio; yo me abstenía de añadir, por si acaso, que era hijo de un zapatero.

Silencio. Nueva maniobra: —Esta amiga tuya… si dices que estudia en Ginebra, y la casa la tienen en Francia… ¿vive en una residencia?… ¿Cómo? ¿Qué es una *chambre de bonne*? ¿Una especie de buhardilla? Ah, o sea que —y mi madre adoptaba un tono mundano, cuidadosamente natural— vive sola…

Volvía a callarse, y yo también, para oír mejor cómo le hervía el pensamiento en frenética búsqueda de una manera indirecta de formular la pregunta que le quemaba los labios. —Tendrá muchos amigos, ¿no?… —decía lastimosamente al fin. —Sí, es muy sociable —respondía yo en un tono de perfecta inocencia, cruel y regocijada.

Leíamos las mismas revistas francesas, y ella sabía tan bien como yo que Tina no iba a salir del cochambroso tren-tranvía procedente de Port-Bou, con sus cristales sucios y sus retretes atascados, sino de las satinadas páginas de *Elle* o *Marie-Claire*. Una francesa: una mujer con derechos, con opiniones, con amantes… ¡Con qué avidez leía yo esas revistas! ¡Qué decepción la mía cuando tras consultar el índice —*La première fois: dix femmes racontent*, página 84—, me abalanzaba a la página 84, para encontrarme con que los señores censores, funcionarios con nómina y trienios, armados de cuchillas de afeitar a cargo de los Presupuestos Generales del Estado, habían amputado limpíamente («¿Ha visto, Álvarez?, vaya cochinadas») la página 84…!

Francesas: mujeres capaces, al reconocer en un anticuario de París a un escritor famoso, de regalarle la antigüedad bellísima y carísima que contemplaba dubitativo, de invitarle después a cenar; luego al teatro; luego… con tal de correr *una aventura parisina* («Y ahora, dígame —preguntaba él a la mañana siguiente—, ¿para qué ha hecho usted todo esto?» «Para conocer el vicio»). Mujeres capaces de espetarle al director del colegio en el que trabajaban, y que les había llamado la atención por vivir con su novio sin estar casadas: *«Ma vie privée, comme son nom l'indique, n'est pas publique»*. Desde que había leído esa historia en *Marie-Claire*, yo

también soñaba con espetarle a cualquier director de algo que mi vida privada, como su nombre indica, no era pública. Pero para eso, tenían que pasar antes muchas cosas. Que yo tuviera una vida privada, por ejemplo. ¿Y cómo iba a tenerla, estando mi madre de por medio?

Diecinueve de junio, 20, 21, 22… Con expectación creciente yo esperaba, cobarde, en mi oscuro rincón, a que tras bajar del tren, Tina fuera derecha al piso del Ensanche donde mi madre, con careta y florete, la esperaba, y se entablara por fin el combate que decidiría mi futuro… Poco imaginaba que iba a caer en mi propia trampa, que era a mí a quien atacaría mi madre, furiosamente, tras descubrir lo que descubrió en mi mochila… Poco imaginaba el azar por el que Tina presenciaría el combate desde la oscuridad, obligándome a una insolencia suicida, aquella tarde del 23 de junio de 1976, víspera de San Juan, víspera de mi primer viaje al extranjero —a Francia, con Tina—, víspera también, aunque lejos estaba yo de sospecharlo, de mi primera noche con un hombre, y pocos días antes del escándalo de la *carta verde*, que pondría al descubierto el secreto de mi padre, tan bien guardado durante siete años, y cambiaría las vidas de tres personas… Todavía recuerdo su alarido final: «¡Putas!». Una palabra que yo jamás habría creído que ella, tan orgullosa de ser, no una mujer, sino *una señora*, fuera capaz de pronunciar en voz alta. Hay que decir en su descargo que yo acababa de llamarla rancia, estrecha y —casi— mal follada.

How I wish, how I wish you were here…

Tomé el viejo ascensor de madera, con su banqueta de terciopelo raído y su espejo, que al subir y bajar hacía ruido de tripas, y después crucé el zaguán, tan oscuro, con una aspidistra en un rincón. Ornaba las paredes un alto zócalo de mosaicos —rombos negros, cuadros verdes, rombos rosa— y en el techo se adivinaba un fresco medio borrado, un pavo real sobre una escalinata frente a un lago… Yo nunca había prestado atención a todo aquello, hasta que recibí tus fotos.

¡Tus fotos! Tina, no tienes idea del terremoto que fueron para mí tus fotos. Eran imágenes de otra vida, la del otro lado de la frontera, la verdadera vida, la que mostraban esas revistas francesas que

leíamos mi madre y yo con avidez y a la que no habíamos sido invitadas, una vida en colores que contemplábamos suspirando desde el blanco y negro de *La Vanguardia* y el *No-Do*… Para empezar, tu casa: esa dirección a la que yo había escrito tantas veces, *2, Chemin du Bois-Joli, Thononles-Bains, Haute-Savoie*, y abajo, en victoriosas mayúsculas: *FRANCIA*, de pronto la tenía ante mis ojos: un chalé de madera color chocolate rodeado de césped verde esmeralda, como en un sueño; un tejado de cuyo alero colgaban, con cadenas, grandes calderos de cobre relucientes, llenos a rebosar de fucsias, y fucsias llenaban también los troncos vaciados que a modo de tiestos adornaban los alféizares; y al fondo el resplandorazulado del lago Leman, con Suiza del otro lado. Yo no había viajado como tú, y nunca se me había ocurrido pensar que no todas las casas del mundo eran de pisos, con un larguísimo pasillo, suelo de mosaico con cenefas, un balcón de hierro adornado con la palma, renovada cada año, del Domingo de Ramos, y una galería acristalada, que una cortina de terciopelo verde —destinada a tener un papel decisivo en mi vida— separaba del salón.

Eran tres fotos las que me habías enviado, cuando ya llevábamos escribiéndonos más de un año. En una, estabais tu abuela, tu padre y tú sentados a la mesa del jardín, frente a la casa. Tu padre miraba directamente a la cámara: era un hombre corpulento, autoritario, satisfecho de sí mismo, algo melancólico en el fondo. Tu abuela, arrugada y fornida, tenía los mismos ojos claros que su hijo y cara de campesina. Y tú, entre los dos, con gesto tenso, cruzabas los brazos sobre el pecho y fruncías las cejas. Yo miraba una y otra vez tu precioso óvalo de cara heredado de tu madre —y qué halo romántico te daba a mis ojos el que fueras, además de francesa, huérfana—, la piel satinada, la nariz fina, el pelo castaño, los ojos verdes… Sólo desentonaban las cejas, demasiado gruesas —las mismas cejas enérgicas de tu padre—, y la boca, roja y recta, sin forma.

En la segunda, tomada en tu *chambre de bonne* de Ginebra, estabas mucho más guapa: de frente, sentada en la cama (esa cama que yo miraba intimidada, sabiendo, pero no consiguiendo imaginar del todo, las cosas que pasaban en ella), con las piernas cruzadas, con un vestido suelto de algodón azul y unos pendientes de coral y turquesa (¿te acuerdas?: sí, los mismos), el pelo brillante, la piel

que parecía de marfil, y esa sonrisa interrogante, seductora y aprensiva que reservabas —me daría cuenta más tarde— a la cámara y a André.

Detrás de la cama, colgados en la pared, tus cuadros: vistas del lago, como las acuarelas de tu madre, aunque en óleo y más intensas, más atormentadas. Luego, en 1975-1976, tu época española y revolucionaria, te pasaste al rojo, a las figuras geométricas, a la pintura acrílica: cuadros que titulabas *Acción* o *Disidencia* que me recordaban irresistiblemente las viñetas del manual para obtener el permiso de conducir. (¿Qué tipo de pintura hará ahora?)

Y en la tercera, estabas con André. ¡Cómo miraba yo esa foto! Ya tu casa, tu familia, tus ambiciones, me parecían el colmo de lo exótico: esos calderos de cobre, esa luz color de agua dulce, ese padre que a los quince años clavaba suelas, a los cincuenta dirigía un gran supermercado y a los setenta, como culminación de su carrera, quería una hija ministro… Esa habitación en que vivías, tú sola, con un fregadero y un hornillo, sin madre que te vigilara. (Tú siempre me decías que echabas de menos tenerla, y yo, halagada —era lo único que yo conocía y tú no—, te preguntaba: ¿para qué? Para tener alguien a quien imitar o no imitar, me explicabas. Para ver cómo puedo ser yo dentro de veinticinco años, o cómo no quiero ser. Para que me aconsejara o para pelearnos… Para saltarme sus prohibiciones, insistías, impaciente al ver que yo no parecía entenderte.) Con problemas reales: el frío, el calor, el dinero, no quedarse embarazada… Y por si todo eso fuera poco, un amor imposible, el hombre del que estabas enamorada desde siempre, que se te resistía… De aplicar los criterios de mi madre, para lo que tú eras sobraban los nombres: *frescales, golfa, guarra, perdida, pelandusca, mujer fácil o ligera de cascos, calentorra*, en fin, para qué darle más vueltas: puta. Pero lo de André… Que un hombre rehusara cortésmente acostarse con una mujer que lo estaba deseando —y que no era lo que se dice un adefesio— explicándole que no quería hacer el amor sin amor, eso era inimaginable, inconcebible, era algo que no cabía en cabeza alguna, por lo menos española. Y yo miraba y volvía a mirar esa foto, en la nieve, tú con anorak rojo, gorro de lana y gafas oscuras, rígida, tensa, apoyada en los bastones, y él con tejanos ceñidos, jersey blanco, sin gorro,

cómodo y relajado sobre los esquíes. *«Beau como un dieu grec.»* Yo le miraba y le volvía a mirar: alto, ancho de hombros, simple y radiante como una estatua griega primitiva, con unos labios tan irresistibles que una vez los besé sobre la foto.

How I wish, how I wish you were here…

Enfrente de casa, la dueña de la Granja La Constancia estaba alzando la persiana metálica. En el escaparate se alineaban platos de crema catalana y tazas de chocolate con nata, todo diminuto, reluciente y colorido, como para los Siete Enanitos. De pequeña, mi madre me llevaba a merendar allí los sábados y desde entonces nada había cambiado: las mismas paredes verde claro, los mismos veladores de mármol con patas de hierro, el mismo reloj con números romanos, parado; y colgando del techo la misma tira de papel pegajoso en el que tarde o temprano, una por una, todas las moscas terminaban, fatalmente y sin gloria, sus fantasiosos vuelos.

En la esquina de Aribau con Gran Vía, la universidad exhalaba fresco por el portalón abierto que daba al zaguán y al claustro, vacíos tras el final de los exámenes. Hacía sólo unos meses que yo había descubierto, retraída y deslumbrada en mi primer día de clase, de pronto, que era libre. En aquella tierra de nadie, aún no en el Gótico ni en el Chino pero ya fuera del Ensanche, mezclándome anónimamente con chicas y sobre todo con chicos de todas las procedencias, había caído en la cuenta de que podía hacer con mi vida lo que quisiera. Y lo primero que quería hacer era algo fascinante, peligrosísimo, inaudito: hablar con hombres. Tras toda la vida de no ver ninguno de cerca, joven y exterior a la familia, como no fuera algún vendedor o repartidor de algo, de pronto me rodeaban a docenas. Hombres al alcance de la mano, sin rejas ni clases separadas ni profesores vigilantes («mucho ojo, ¿eh?», me advertía mi madre), hombres altos, morenos, bajos, gordos, delgados, rubios, niños pijos con Ray-Bans, Levi's y Lotusse, progres de chaqueta de terciopelo negro, gafitas redondas de montura dorada y abrigo con capucha, *chiruqueros* hijos de dueños de colmado que hablaban catalán y salían de excursión los domingos; hombres en increíble abundancia y variedad («todos quieren lo mismo», decía mi madre), muchos de ellos —para mí casi todos—

guapos, interesantes, seductores («en cuanto lo consiguen te dejan tirada como una colilla»), hombres que pasaban charlando, como si ellos, igual que nosotras, también fueran amigos y se contaran cosas, y yo me preguntaba boquiabierta de qué hablarían («y encima se lo cuentan a todos los amigos»), hombres que nos dirigían la palabra con naturalidad, como si habitáramos el mismo planeta y pudiéramos confraternizar («no olvides nunca que ellos tienen la sartén por el mango») y de vez en cuando, al darnos fuego o pedirnos los apuntes, nos sonreían («y luego si te he visto no me acuerdo y para casarse se la buscan virgen»).

Yo estaba enamorada de todos en general, pero especialmente de aquel que nos había dado, a unos cuantos de primer curso, con el mayor secreto, en un lugar a salvo de la policía —el despacho parroquial de una iglesia del extrarradio—, una charla sobre la Joven Guardia Roja. Yo miraba sus manos huesudas, con vello canoso; sus patillas, el pañuelo amarillo y la media sonrisa, inteligente e irónica, con que escuchaba nuestras preguntas —formuladas en temerosa voz de conspiradores—, cruzando las piernas, mientras prendía un Celta sin filtro; aquella mirada que apenas reparaba en nosotros, fija en un más allá muy por encima de las pequeñas miserias en las que uno por uno los adultos, fatalmente y sin gloria, terminaban atrapados… Le acompañaba Sati, pálido, regordete, viscoso, con el pelo negro y lacio, callado y observador como una iguana.

Era invierno, y fuera, un viento fantasmal agitaba hojas anaranjadas a la violácea luz de las farolas, agitándome a mí también con ansias sin motivo, con deseos sin nombre… Dentro en cambio, ante nuestros ojos se iba edificando, de cita de Marx en cita de Lenin y de razonamiento en silogismo, un mundo geométrico y reluciente, inoxidable y eficaz, un mundo feliz al que para acceder bastaba con dar la palabra a la razón, amordazando todo lo demás.

Sólo al abandonar el local —de uno en uno y mirando a los lados— reconocí la iglesia, que desde el principio me había resultado familiar: allí se había casado, años atrás, una criada nuestra, Manoli, con Jose, un obrero de Seat.

Pero la clase obrera de la que nos hablaban Sati (del que se rumoreaba que vivía en el exilio y pasaba la frontera clandestinamente con fines de *agitprop*) y Ernesto (a quien

identifiqué con susto un día en que acudí de oyente a una clase en la facultad de Historia: era él, vestido con traje y corbata, quien hablaba desde la tarima) no tenía nada que ver con Manoli, con su velo blanco que sólo tras la bendición del cura levantó Jose para depositarle, con mucha ceremonia, el primer beso —en la frente—, Manoli cuya mayor ilusión era tener un piso en propiedad que incluyera un armario de baño con puertas de espejo, ni tampoco con Jose, que iba de putas y se lo contaba («ésas de ahí trabajan muy bien», le explicaba al pasar por delante del Arco del Teatro, y Manoli, que no tenía nadie más a quien contárselo, me lo contaba a mí ofendida, y yo se lo decía a mi madre, indignada, y mi madre se encogía de hombros, sarcástica: «pues vete acostumbrando»), Jose que no participaba en las heroicas huelgas proletarias porque le habrían descontado mil pesetas del sueldo, y cuyo sueño era ser policía y zurrar a los estudiantes hijos de papá que se manifestaban por las calles. No, la clase obrera de la que nos hablaban Ernesto y Sati era pura como una ecuación, benévola y radiante, uniformada con idénticas chaquetas azules, idénticos libros rojos, idénticas sonrisas confiadas en las caras amarillas, en un país sin putas, perfumerías ni criadas.

Recorrí la calle Pelayo hasta el Café Zurich, y enfilé las Ramblas en dirección al mar. La fuente de Canaletas, el bar Nuria, la esquina de la calle Canuda —donde estaba el Ateneo—, la Rambla de las Flores, el Liceo, el Café de la Ópera, la Rambla de Santa Mónica, el Arco del Teatro… Allí empezaban los barrios bajos —el Chino a la derecha, el Gótico a la izquierda—, *terra incognita* que yo sólo cruzaba por las grandes avenidas: Ramblas, calle Fernando, Vía Layetana, Paseo de Isabel II, como pasarelas sobre un pantano infestado de caimanes.

El día en que reconocí al dirigente de la Joven Guardia Roja bajo el camuflaje de profesor suplente de Historia de América, no dije nada, pero tuve la estrafalaria idea de seguirle al terminar la clase. Compró un periódico, bajó la Rambla, se tomó un carajillo en el Café de la Ópera, y de allí se fue derecho al Arco del Teatro, que cruzó distraído, como si tal cosa. ¿Acaso vivía en el mismísimo Barrio Chino…? Me quedé contemplando largo rato la boca angosta por la que respiraba un mundo desconocido, turbio y torvo, meditando un paso que no me atreví a dar.

A ambos lados del Arco, pintarrajeadas como tótems, armadas bajo la blusa de un par de pezones puntiagudos, enjoyadas como momias aztecas, con doradas melenas de león, pintadas las afiladas uñas de un rojo sanguinario, hacían guardia esas mujeres que mi madre llamaba, en un siseo rencoroso, «de la vida».

Ya aparecía Colón: llegaba al final de ese paseo que iba a recorrer con Tina infinitas veces.

Ramblas arriba, de la estatua de Colón al Café de la Ópera, primera parada, y de ahí a la fuente de Canaletas y al Café Zurich, segunda parada, aquel primer día, 24 de junio de 1975, en la luz clara y salada del mediodía de verano, ella recién salida del tren, caminando uno o dos pasos delante de mí, mirando en torno con curiosidad distante, desde su altura —le sacaba una cabeza a todo el mundo—, con los grandes pendientes de coral y turquesa tintineando a cada paso. La gente se volvía para mirarla. Yo hablaba, hablaba sin parar, borracha de felicidad, de efervescencia, de telepatía, ansiosa de decirlo todo, confirmando lo que ya por carta había empezado a sentir: mi vida sólo existía de verdad cuando se la contaba. Tina me oía como se oye un ruido de fondo, y yo seguía hablando, hablando, y bebiendo esa luz que sobre mí derramaban su estatura, su aplomo, su extranjería. Había empezado ya, sin saberlo, a desempeñar el papel bien definido y venerable de amiga fea de chica guapa. Hablaba sin parar mientras subíamos por Pelayo, luego Aribau arriba, y lo contemplaba todo, hasta la maldita Granja La Constancia, con una mirada distante y divertida, como si no fuera conmigo. Y así, parloteando yo, admirando Tina para mi sorpresa las palmas en los balcones, la aspidistra en la penumbra, el techo con su desteñido fresco modernista, y mirándolos yo a mi vez con sus ojos y encontrándolos por primera vez, en lugar de tristones y agobiantes, casi exóticos, así, estallando yo de adoración y aposentada ella en su tranquila supremacía, llamamos a la puerta, y yo, en un silencio hipócrita, me dispuse a presenciar el tan esperado cara a cara de mi amiga con mi madre.

Entonces vino la sorpresa. Pues mi madre apareció sonriente y juvenil, apenas maquillada, con pantalones —cosa en ella rarísima — y tendiendo la mano a Tina anunció cordialmente: —Hola, soy Dolors— (¿«Dolors»? ¿Qué confianzas eran ésas?).

Pero lo peor fue Tina. Súbitamente encogida, esbozando una

sonrisa intimidada, le tendió en silencio, con gesto amoroso, el regalo que traía para ella —una lujosa enciclopedia de cocina francesa—. Mi madre lo desempaquetó sonriendo, y entre exclamaciones de conmovida sorpresa —todo mentira: odiaba cocinar—, segura ya —lo vi en sus ojos— de su triunfo, le estampó a Tina un par de besos. («Te equivocas respecto a tu madre —me diría Tina algún tiempo después, con su habitual tono tajante—. No es convencional en absoluto, es otra cosa: es que ha entendido las reglas del juego y se somete a ellas porque no tiene más remedio, pero en su *foro* interno las desprecia.»)

Ramblas abajo, un año después —víspera de San Juan de 1976 —, cargadas con las mochilas, acaloradas aún tras la pelea, muertas las dos de falsa risa: falsa la de Tina, dolida por lo que mi madre había dicho de ella; falsa la mía, que estaba muerta de miedo —¿dónde iba a vivir, y de qué, al volver de Francia, tras haber declarado solemnemente que me marchaba de casa para siempre?—; riendo a carcajadas que sonaban a hueco, en la oscuridad creciente, entre transeúntes cada vez más escasos y farolas macilentas, en dirección al único lugar que habíamos encontrado para alojarnos esa noche. Así, entre carcajadas cansinas, sepulcrales, con paso artificiosamente decidido, nos fuimos acercando al Barrio Chino, a casa de Ernesto, a lo que la protagonista del cuento de Maupassant, esposa de un notario de provincias, llamaba, sedienta, «conocer el vicio»…

Debían de ser las once cuando cruzamos, entre dos putas que montaban guardia, el Arco del Teatro.

Abbesses. Vuelvo en mí: estamos en 1990, tengo treinta y cuatro años y vivo en el país con el que tanto soñé, Tina tiene treinta y cinco y voy a volver a verla después de muchos años.

Se abren las puertas del vagón, pongo el pie en el andén…

Hace quince años, eras tú la que llegabas. Yo tenía diecinueve y tú veinte; yo no había cruzado nunca la frontera; tú acababas de cruzarla para venir a verme. Llegabas por primera vez a Barcelona. Yo te estaba esperando en la estación de Francia.

En el país cerrado, la estación era una ventana abierta. Una luz clara y densa, filtrada por vidrios polvorientos, como si hubiera uno entrado en una bola de cristal. Hasta los sonidos eran diferentes: no los ruidos opacos, tajantes y sin réplica de las casas y las calles, sino

ruidos de basílica o de puerto, que desplegaban transparencias, horizontes, lejanías. La estación era una ventana por la que podría, contigo, fugarme: a París o a Islandia, a los hombres por los que perderíamos la cabeza, los pendientes y el sostén, a la pintura, a la poesía, al infinito.

Yo te esperaba con veneración anticipada. Acababa de cortarme el pelo y una sensación de libertad y de indecencia me cosquilleaba la nuca. Te esperaba fumando un Ducados detrás de otro, nerviosamente. Te esperaba vestida con prendas escogidas con exquisito cuidado, una por una, en atormentadas deliberaciones con el espejo: una camiseta, una falda larga, un par de zuecos, un capacho al hombro y un pañuelo indio al cuello.

Te esperaba avergonzada de mi cuerpo demasiado flaco, de mi estatura española, de mi nombre, Elisenda, mucho nombre para tan poca cosa. Avergonzada de Franco. Avergonzada de no haber conseguido averiguar qué es, exactamente, un pachá con siete colas, y no haber entendido por tanto la misteriosa frase, cien veces secretamente releída, de *Una aventura parisina*: «No se entendieron en la cama. Ella era la esposa de un notario de provincias y él era más exigente que un pachá con siete colas». Avergonzada… Pero ya los altavoces anunciaban: «Va efectuar su entrada, por la vía cinco, tren-tranvía procedente de Port-Bou…».

Con un inconfesado deseo de verte yo antes de que me vieras, recorrí sigilosamente el andén.

Allí estabas. Enmarcada por la portezuela como por el marco de una fotografía, de la que estabas a punto de salir para poner el pie en un andén de cemento.

—¿Elisenda?

—¿Martine?

Saltaste a tierra. Eras altísima y guapísima y olías a aguarrás, como tus cartas.

Salgo del metro bajo una marquesina modernista verde bronce, con un cartel verde claro que pone *Métropolitain* en sinuosas letras verde oscuro, y oigo una campana pausada, solemne, que da las diez.

Camino muy despacio, a pasitos, respirando hondo. Luces y sombras vivas, inestables, recorren las hojas de los castaños de

Indias como recorrían la superficie movediza del mar que Tina y yo pasábamos horas mirando, sentadas en las escaleras del puerto.

En el otro lado de la plaza hay una iglesia de ladrillo, de formas orientales, rematada por un fino arabesco de azulejos, como una joya de coral y turquesas. En el centro, una de esas fuentes parisinas esmaltadas en verde oscuro con cuatro cariátides en torno a un surtidor.

A la derecha se alinean sólidas casas parisinas, de tres o cuatro pisos, color hueso, con tejados de pizarra en los que asoman ventanitas de buhardillas con jardineras llenas de geranios, y una calle empedrada que sube hacia el Sacré-Coeur.

A la izquierda, una terraza de café.

En la terraza, una mujer sola.

Una mujer —me acerco poco a poco— vestida descuidadamente con una camiseta color turquesa, pantalones holgados de algodón azul marino y alpargatas, con la cabeza inclinada y un cigarrillo en la mano. Reconozco el pelo, castaño oscuro, liso, brillante, y un escalofrío me recorre los nervios, desde la coronilla hasta los dedos de los pies.

Ella alza la vista del periódico que hojeaba y me mira sonriendo, inocente y afable. Se levanta, diciendo:

—Cuánto tiempo… —Con aquella hermosa voz, clara, de fuertes consonantes, que casi había olvidado, se me acerca y me da un par de besos… Y todo vuelve de pronto. El olor a aguarrás. Tu suavidad, al besarme. Aquella tarde que te consolé en la catedral. La palabra *André* pronunciada por ti, oscura, acogedora como un cuarto cerrado. La mañana en que salí titubeando de la habitación de Ernesto y olía a puerto y a basura y me deslumbró la luz de julio y tú llevabas un vestido rojo y bebías café y me preguntaste sonriendo—: ¿Y bien…? —El mundo abriéndose de par en par para nosotras. Tus manos de dedos largos, de tacto frío, en el bolsillo de mi abrigo o el tuyo, en la luz blanca y el silencio de una mañana de domingo en las Ramblas vacías…

Por un instante, todo el amor que le tuve se deshiela y me inunda. Pero es sólo un instante.

TRES

—BUENO, ¿cómo estás?

—Yo bien, ¿y tú?

—Bien también.

Y nos reímos las dos, tontamente, incómodas. *Bonjour ma cousii-ne, bonjour mon cousin germain…*

Nos miramos un poco de reojo, con esa mirada —lo pienso ahora por primera vez— que se adquiere sólo después de los treinta. Una mirada que juzga, que compara calladamente el presente con el pasado —antes de los treinta no teníamos pasado—, y que a la vez radiografía la mirada del otro, intentando descubrir, bajo la obligada sonrisa, su verdadera opinión.

¿Cómo encuentro a Tina? Se me hace tan raro verla con gafas… ¿De veras era guapa? Es atractiva, sí, pero no llama la atención. Y esa sonrisa tranquila, ese silencio… Necesito interrumpirlo, decir algo.

—Felicidades por la exposición —empiezo—. ¿Desde cuándo vuelves a pintar?

—Mmmm… —suspira Tina, y arqueando la espalda estira los brazos con el mismo gesto sensual, de gata de ojos verdes, que en los viejos tiempos—. Es una historia muy larga…

—Pero te va muy bien, ¿no? —insisto. Noto que Tina se eriza.

—¿Muy bien? —salta, como un zarpazo—. Hace más de cuatro años que me dedico exclusivamente a pintar y ésta es mi primera exposición individual.

Me callo, irritada contra ella —¿con qué derecho me habla en ese tono?—, pero sobre todo contra mí misma. Lo de siempre: yo ingenua y Tina tajante, yo adulándola y ella irritada, yo sintiendo que he dicho alguna inconveniencia y no sabiendo muy bien cuál…

Allez par ici et moi par là…

—Cuéntame tú —dice Tina, conciliadora—. ¿Qué es de tu vida?

—Estoy casada, vivo en las afueras de París, cerca del aeropuerto de Orly, tengo dos hijos, una niña de cuatro años y un niño de tres, y estoy preparando oposiciones —digo atropelladamente.

Pausa. Tiemblo: ahora Tina me va a preguntar… Pero ella no dice nada y su silencio me incomoda. ¿Por qué se calla? ¿Por qué no hace la pregunta lógica, obvia?… Me la imagino encogiéndose de hombros en su fuero interno, contestándose a sí misma: «Con cualquier insignificante como ella»… Y noto cómo vuelve la vieja, la agria marea del resentimiento.

Tampoco hace el menor comentario a propósito de los hijos. ¿Qué querrá decir eso? Que ella no los tiene, supongo. Pero ¿por qué? ¿No ha querido? ¿No ha podido? ¿Se lo está pensando? ¿O es que todo ese asunto le parece tan prosaico, tan absolutamente desprovisto de interés, que no merece siquiera un comentario de cortesía?

—¿Trabajas?

—Bueno, ahora mismo, no estoy trabajando, quiero decir… preparo oposiciones, ya te digo… es que, ¿sabes?… Trabajaba en una empresa de formación para adultos, por cierto, ¡no adivinarás nunca quién era mi jefe!, ya te lo contaré. —Aquí, casi espero que Tina me interrumpa, espoleada por la curiosidad… pero no, se limita a medio sonreír—. En fin, al nacer la niña, tomé la baja… luego me reincorporé, sólo que… bueno, cuando tuve al segundo, pensé que era una buena oportunidad para…

—¿Oposiciones a qué? —me interrumpe Tina. Impaciente, como en tiempos.

—¡Huy, claro, no te lo he dicho, qué tonta soy! A profesora de instituto. Profesora de español, claro. Es que… decidí cambiar de rumbo profesional. Quiero decir… el espíritu de empresa no es lo mío. Además, tenía ganas de volver a estudiar, sobre todo literatura, que en una empresa de formación, bueno, enseñas español para los negocios… Pensaba presentarme este año, pero son muchos temas y… con dos niños pequeños, y la casa…

Ya está. Ya me estoy justificando. Ya estoy esperando su juicio. No soy la misma de hace quince años, pero con ella me comporto

como si lo fuera. Estas viejas relaciones son como el cauce de un río: aunque el agua sea nueva, discurrirá por los mismos meandros… No puedo más. Qué error ha sido venir, qué ganas, ya, de marcharme… *Au revoir ma cousine et puis voilà!*

Viene un camarero a preguntarnos qué queremos tomar. Tina pide un café solo, yo con leche. Cuando se va, nos quedamos en silencio. Finalmente, le pregunto:

—¿Cómo supiste mi dirección?

—Muy sencillo, llamé a tu madre.

—¿A mi madre…? —me sobresalto.

—Sí. Se mostró muy *gentil*. —Simpática, cordial, amable, corrijo mentalmente, pero no digo nada. Tampoco me atrevo a preguntar qué le contó mi madre de mí, o de sí misma, o qué le contó Tina. Y me viene a la memoria aquella vez que volví a casa y escuché, desde el recibidor, las carcajadas de Tina, inexplicables, y luego la voz sardónica, brillante, cargada de inteligencia y de intención, de mi madre. Estaba contando alguna de las pequeñas historias que atesoraba y que llegado el momento —llegado el interlocutor capaz de apreciarlas— sabía desplegar con todo el fasto de la ironía, sobre la burguesía catalana. A la que ella pertenecía por cierto en cuerpo y alma, por los cuatro costados, con soberbia y convicción.

—¿Te contó que este verano se va a dar la vuelta al mundo?

—¿Tu-ma-dre, la vuelta al mundo? —dice Tina con un asombro en el que me parece notar una punta de envidia. Eso me asombra a mi vez: ¿Tina envidiosa? Pero ¿no lo tenía todo?

—Sí, en fin, no es exactamente la vuelta al mundo, pero es un gran viaje, se va a Londres, de ahí a Japón, de ahí a San Francisco… Tres meses en total. Y sola.

—¿Al Japón, y encima sola? *¡Olalá!*

—Ha cambiado mucho. Trabaja, se ha aficionado a ir en bicicleta, se ha hecho vegetariana… y se ha vuelto una fanática de los viajes. —Recuerdo, mientras hablo, otra frase de Tina, en tiempos: «Tu madre no es nada provinciana. Todo lo que no ha vivido, lo ha leído»; y el énfasis con que contesté: «¡Pues yo quiero vivir!»—. Cuando se decidió a buscar empleo, no porque lo necesitara, porque mi padre, como se siente culpable, le pasa muchísimo dinero, sino para hacer algo, pues lo buscó en una empresa de viajes: así puede tener descuentos, aprovechar ofertas…

Su trabajo no es nada del otro mundo, secretaria de dirección, como no tiene estudios… Muy limitado, pero estoy segura, conociéndola, de que lo hace a la perfección.

—Lo único que se puede hacer a la perfección es lo muy limitado —observa Tina, y la observación me sorprende en ella. La observación y el tono: llano, imparcial… Pero su manera de hacer preguntas no ha cambiado: una detrás de otra, metódicas y directas, como si rellenase un boletín informativo—: Y ¿tiene novio?

—No estoy segura. Hubo una época en que me pareció que sí, porque noté que de la noche a la mañana se volvía más… más receptiva, más tolerante, más alegre… Pero nunca hemos hablado de eso. —Qué alivio, pienso: mi madre tiene su vida privada y yo tengo la mía—. En todo caso, estoy segura de que ya ningún hombre representará para ella lo que representó mi padre, afortunadamente… quiero decir que ya no espera su salvación de un hombre, o en general, de los demás. Pero no ha sido fácil, no te creas… Después de separarse de mi padre, mi madre tuvo que separarse de mí, o yo de ella. Fue largo, doloroso… ella cree que sólo lo fue para ella, pero lo fue para mí también.

Hago una pausa. No es algo que pueda contar de corrido, sin más ni más… Hemos terminado los cafés. Tina se levanta para ir al lavabo. Y yo, retomando el hilo de aquella escena que recordé hace unos instantes, pienso en algunas de las historias de familiares o conocidos que contaba mi madre. La hija que durante cuarenta años, ya casada, iba una vez por semana, como está mandado, a comer a casa de su madre, todos los martes, y la madre que todos los martes preparaba riñones al jerez, sabiendo que su hija los detestaba. La señora multimillonaria que cuando encontraba en el supermercado un lote rebajadísimo de latas de sardinas, no podía resistirse, y durante seis meses toda la familia comía y cenaba sardinas: aquí nada se tira. La suegra que la víspera de la boda de su hijo pidió a su futura nuera que la acompañara a una joyería para regalarle la joya que más le gustase, pero cuando la chica eligió un broche, dijo que era demasiado caro y le compró otra cosa; al día siguiente apareció ella en la boda luciendo el broche… Eran familias en las que se guardaban las formas en toda circunstancia, en las que se dio el caso de alguien que, sintiéndose repentinamente enfermo durante la comida de Navidad, esperó a

que todos hubieran comido el turrón y brindado con champán antes de pedir que le llevaran a Urgencias, familias en las que nadie levantaba jamás la voz, en las que nueras, yernos, hijos, nietos y parientes pobres escuchaban siempre cortésmente a padres, abuelos, suegros y parientes ricos, en las que la incidencia de úlceras de estómago era llamativamente superior a la media nacional, y en las que el día que el venerado padre, suegra o abuelo moría de un ataque al corazón tras haber ido al huerto a coger unas judías, los hijos, yernos, nueras, nietos, que habían encontrado el cadáver con la bolsa de judías aún en la mano se calaban las gafas y se sentaban, a efectuar el reparto de la vajilla de plata, pero también de la de duralex; de los abrigos de *renard argenté* y de las bombillas, de las joyas —cuarenta años después, ya viuda, la nuera sin decir nada se prendía el broche— y de los felpudos, las tazas desportilladas y los pisapapeles… mientras en el puchero hervían las judías: aquí nada se tira.

Bien mirado, me digo, mi madre y yo tuvimos la inmensa suerte de pelearnos. Sólo así nos hemos podido reconciliar.

Tina ha vuelto a su silla y yo retomo el relato:

—Como te decía, hubo una segunda separación, que fue la nuestra. —¿«Nuestra»?… la ambigüedad queda un momento en el aire—. Porque durante un tiempo, los primeros meses, ella esperaba de mí solidaridad, compañía… pero el problema era que más que esperar exigía, y con una actitud acusadora, como si yo tuviera algo que hacerme perdonar… ¡Me hacía unas escenas!… Porque yo no la iba a ver tanto como ella quería, aunque yo al final no entendía por qué ese interés en que la visitara, si cuando estábamos juntas lo pasábamos tan mal. O porque iba a verla pero le parecía notar que yo estaba deseando marcharme. O porque ella empezaba a hablar mal de los hombres y yo no la secundaba… —Estoy hablando a borbotones, con un tono ansioso que no había vuelto a emplear desde hace años, y en el que reconozco un sentimiento olvidado, el sentimiento contradictorio que me atenazaba siempre con Tina: la necesidad imperiosa de contarle las cosas, pues a nadie se las podía contar como a ella, y el apresuramiento, la urgencia de encontrar rápidamente las palabras, de resumir, por miedo a aburrirla—. Ella quería que yo me casara, claro, pero al mismo tiempo, en el fondo, pretendía que mi principal alianza fuese con ella. Que me casara, sí,

pero como se había casado ella: porque no queda más remedio, porque conviene, para no ser una solterona… pero la verdadera solidaridad y el verdadero cariño sólo lo espera de las mujeres. —Y mientras hablo me doy cuenta de que ésa era también mi actitud cuando Tina y yo nos hicimos amigas, y me pregunto si podremos volver a serlo ahora que mi lealtad fundamental, y quizá también la suya, es con un hombre—. Hasta que un día…

Nos interrumpe la llegada del camarero, que trae un nuevo café para Tina.

—¿Tú quieres algo?

—Un agua sin gas, por favor. —Y mientras pido, me doy cuenta de que Tina ha aprovechado su entrada al interior del café para pedir algo para ella, y sólo después me pregunta si quiero algo yo. Hace quince años esos detalles me pasaban desapercibidos. Ahora no puedo evitar registrarlos, pero procuro que no me irriten.

—Hasta que un día en que yo había ido a verla —prosigo—, sin ningunas ganas… era un domingo, yo tenía que quedar con unos amigos y les había dicho que me llamaran a casa de mi madre… me llamaron, hablé con ellos… yo misma me di cuenta, mientras hablaba, del contraste entre la atmósfera lúgubre de la casa y mi animación al teléfono. Cuando colgué, sentí que iba a pasar algo. Mi madre no me dijo nada, simplemente había encendido la televisión, ella que no la mira jamás, y estaba sentada en el sofá con la vista fija en la pantalla, y cuando yo le hablé me contestó con monosílabos, sin mirarme… Aguanté un rato, no te creas… siempre atrapada por ese sentimiento de tener algo que reprocharme, sin saber muy bien qué… el ser joven quizá, el poder aún ser feliz… o quizá tenía miedo a desencadenar… a hacer o decir algo irreparable, a que todo se rompiera… Estábamos en la sala, ¿te acuerdas?, con sus mesas de cristal, sus puertas de cristal, sus *bibelots* de cristal, y ella inmóvil frente al televisor… Hasta que de pronto tuve una especie de revelación, me dije: ¿Por qué tengo que aguantar esto? Y no encontré respuesta. De modo que me fui. Así, sin más… Pasamos más de un año sin vemos, sin hablar siquiera por teléfono. Yo estaba decidida a no visitarla hasta estar segura de que quería verla por gusto y no por obligación… Porque una cosa he aprendido con esta historia y es que nadie tiene derecho al amor de nadie.

Me callo, recordando cuánto dormí esos meses: nueve, diez horas seguidas todas las noches. Nunca he dormido tan a gusto. Y mezclado con el alivio, la tristeza, y también la sensación curiosa de que mi vida era ahora más real y más mía. En cambio, la ruptura con Tina unos años antes me había dejado desolada, vacía y vulnerable. Con Tina al lado, cualquier objeto, cualquier escena, cualquier lugar, hasta lo más nimio, era como la habichuela mágica del cuento: de ahí, en un santiamén, trepábamos hasta las nubes. Sin Tina, todo era lo mismo —el Ateneo y el Zurich, la plaza del Duque de Medinaceli con su fuente y sus palmeras, la Rambla con sus floristas y sus sillas de alquiler atadas con cadenas, las estatuas de bronce con antorchas en la mano y las farolas en forma de dragón de los portales modernistas, la penumbra verde de los amaneceres de verano—, pero con una diferencia esencial: nada era más, ni otra cosa, que lo que era.

—Y al cabo de ese tiempo, ¿te llamó ella? —me pregunta Tina, no sé si porque le interesa la historia (todo lo relativo a mi madre le interesó siempre especialmente) o para que abrevie.

—Sí, me llamó. Como si nada, sin hacer ninguna alusión a todo lo que había pasado. Me invitó a tomar un café, no en su casa, sino en una cafetería, y advirtiéndome que no tenía mucho tiempo, tenía que volver al trabajo… No sé qué hizo en todos esos meses, aparte de ponerse a trabajar, pero lo cierto es que había cambiado, estaba más distante, cuando yo le preguntaba qué tal le iba esto o aquello, a todo me contestaba «estupendo», con una punta de despecho, como diciendo ya sé que te da igual… pero aparte de ese detalle, la vi convertida en lo que casi cincuenta años no habían conseguido convertirla hasta entonces, ¿sabes?: en adulta. Quiero decir con eso que ya no cree que su felicidad dependa, como había creído siempre, de que su marido o su hija hiciera o dejara de hacer tal cosa… Y ha adquirido… no sé cómo decirte… dignidad, no la que tenía antes, que era puramente de fachada, que consistía en no llevar una mancha o un descosido, sino una dignidad interna. En fin —y temiendo haber hablado demasiado para su paciencia, me apresuro a preguntarle—: ¿Y tu padre y tu abuela?

—Mi abuela muy viejecita, pero por lo demás como siempre, haciendo de ama de casa… —dice Tina encogiéndose de hombros, y yo me revuelvo en la silla, como temiendo que si me descuido, me

salpique su desdén. Tina no se da cuenta. Siempre ha querido mucho a su abuela, pero despreciándola a la vez con un desprecio tan inevitable, tan de cajón, que ni siquiera es ofensivo—. Y mi padre, pues ha tomado su… ¿cómo dices *retraite*?

—Jubilación —respondo, obediente.

—Eso, pues *ha tomado su jubilación*. —Y no me atrevo a corregir: *se ha jubilado*—. Pero parece un joven. ¡Figúrate que tiene novia!

—¡No me digas! ¿Y quién es?

—Una viuda de cincuenta y tantos, dueña de una pequeña empresa; tenían relaciones comerciales. Es una mujer *súper*.

—¿La conoces?

—Sí, es bastante bella, discreta, trabajadora… Estoy tan contenta de que mi padre se haya emparejado de una vez que estoy segura de que me llevaré bien con ella.

Se hace un silencio, y recuerdo las cenas en casa de su padre, en aquel gran chalé con ventanales. Su padre aprovechaba mi presencia para hablar por los codos: con autoridad, con satisfacción, y también con una especie de inocencia, disertaba sobre las ventajas relativas de los calentadores eléctricos y los de gas, sobre las fechas de caducidad de los yogures, sobre el sistema de pensiones, sobre la proporción de funcionarios en la población total en tal o cual país… Tina asentía nerviosamente con un *mmm, mmm* casi imperceptible, más bien un resoplido a intervalos regulares, soltando el aire por la nariz, con los labios apretados y las cejas fruncidas. («Para saber de qué va a hablar mi padre a la hora de la cena —me había dicho una vez—, no tienes más que leer *Le Monde* de esa tarde.») Para ella el mundo se dividía en unas pocas cosas y personas —éstas de género masculino— que le inspiraban un interés apasionado, por una parte, y por otra, todo lo demás. Su padre estaba en la otra.

Ahora que hemos acabado de hablar de mi madre y de su padre, ahora que lo lógico sería hablar de nosotras mismas… temo que no podamos, que hayamos perdido la costumbre, que no sepamos encontrar ese tono, esa sintonía de hace quince años. *On m'a dit que vous m'aimiez, est-ce bien la vérité?*

Tina, frunciendo sin darse cuenta las cejas, mira vagamente hacia la plaza, que ahora huele —como todo París a última hora de la mañana los sábados y los domingos a esta hora— a pollo asado,

mientras yo jugueteo con un pendiente que acabo de quitarme. Estos pendientes, por cierto, me los regaló mi madre. Era —sigue siendo— uno de sus rasgos menos burgueses y que yo más aprecio en ella: su generosidad para regalar, prescindiendo de las fechas.

La campana de la iglesia da las once.

Yo termino mi botella de agua. Tina enciende un cigarrillo. Cada una en su fuero interno, está claro, busca desesperadamente un tema del que hablar, una frase…

Veo ante mí la perspectiva de una larga conversación forzada, banal, interrumpida por larguísimas pausas… Le he dicho a André que pasaré todo el día fuera (con una amiga que está de paso en París, le expliqué ayer, mintiendo por omisión solamente), pero a Tina puedo decirle que tengo que volver a casa a comer. Comeré sola en algún restaurantito de la rue Saint-Sévérin y después me iré al cine. Buen programa: es tan raro que tenga unas horas para mí sola… Sí, me despediré dentro de una hora o dos, y ambas disimularemos el alivio con besos, sonrisas y promesas de volvernos a ver pronto.

Mientras tanto, matar el tiempo como sea. A ver qué se me ocurre preguntarle.

—¿Y tú dónde vives?

—Aquí al lado, en un estudio de treinta metros cuadrados. Luego te lo enseño si quieres.

—Ah, pero ¿vives en París?

—Claro, ¿qué pensabas?

—Te hacía en Ginebra.

—*¡Pero no!* Cuando dejé la televisión, dejé también la ciudad. Ya sabes lo poco que me gustaba.

—Sí, claro, ya me acuerdo.

Y volvemos a quedarnos en silencio. Ese silencio, pienso con despecho, que yo tengo que romper una y otra vez preguntándole por ella y por sus cosas, porque ella no me pregunta. O si lo hace, sólo es para recibir una respuesta breve y concisa. Sí, lo que le he contado de mi madre la ha aburrido, ahora no me cabe duda.

Claro que se me ocurren temas de conversación, pero serían… demasiado personales. Y no es sólo por el tiempo que llevamos sin vernos o por nuestras diferencias: es que con más de treinta años, una ya no habla de según qué cosas con la libertad, con el

desparpajo de entonces. Ni siquiera —qué horror— con Tina.

Nada que decir. Estar con Tina y no tener nada que decir. Así que la madurez era esto… Tantos aspavientos, Rambla arriba, Rambla abajo, tantos fuegos artificiales, lágrimas y *Wish you were here*, para quince años después pasarse los días cambiando pañales y revisando cuentas y no tener nada que decir.

Se ha ensombrecido la plaza. En el cielo, una nube friolera se arrima en vano a un sol frío y pálido como el platino.

Se me ocurre por fin una pregunta que me parece lo bastante inofensiva:

—Por cierto, ¿cómo fue que te decidiste a dejar la televisión? Parecía un buen trabajo, ¿no?

—Buenísimo, en efecto. Salvo que no me interesaba, lo demás era fantástico.

—¿Que no te interesaba? Pero si cuando nos vimos en Barcelona, en el ochenta y uno… —Y creo verla de nuevo: sobria, de negro, con el pelo recogido en un moño y los labios agresivamente rojos, abriendo la puerta de cristal del provinciano, polvoriento café del Ensanche en que la había citado, La Puñalada, y en cuya penumbra, bajo el espejo, yo la esperaba mordiéndome las uñas.

—Lo que me interesaba —me explica Tina, inclinándose hacia mí (y me sobrecoge ver cuántas canas tiene en las sienes)— era demostrar que podía hacerlo, que valía tanto como cualquier hombre. —Nuevamente, una observación que me sorprende—. Me quedaba todas las horas que hiciera falta, no decía nunca que no a un viaje, todo eso… Quería *llegar*, ¿entiendes? Hasta que al final, ¿sabes qué pasó?

—¿Qué? —pregunto, como una niña escuchando un cuento.

—¡Que llegué! —exclama Tina riendo, y me sobresalta su risa. Es una risa nueva, serena y remota, agridulce—. Y entonces me di cuenta de que no era ahí donde quería estar. Me hicieron jefa de la sección internacional del noticiario. Un buen puesto, en efecto. Pero comprendí que todo aquello no me interesaba. Al menos, no a ese precio.

—¿Qué precio?

Tina cambia de postura, aprieta los labios y alza una ceja mientras frunce la otra, como en los viejos tiempos:

—Pues sencillamente, que no hacía casi nada más. Mi vida se había convertido en el trabajo, el dinero, y algún amante, casi siempre —suelta una risita— casado.

—¿Otra vez? —se me escapa. Tina sonríe confusa: una sonrisa como de disculpa que nunca le había visto. Pero es un segundo: enseguida adopta una expresión frívola que me suena falsa.

—Sabes perfectamente, *ma chère*, que la mujer es el único animal que tropieza diez veces con la misma piedra.

—Pero… ¿tú aceptabas esa situación? ¿O querías que dejaran a su mujer?

—¿Dejar a su mujer? —dice Tina con sarcasmo—. Pues claro que yo quería, pero ¿ellos? ¿Para qué? Aunque la situación les resulte un poco incómoda, objetivamente lo tienen todo: el hogar, los hijos y todo eso… y por otro lado, la aventura, ¿entiendes?

Silencio. Hay algo que… No sé, no me convence. ¿De verdad lo tienen todo? ¿Y la entrega mutua, total, sin reservas, sin sombras, secreta y alegre? ¿Y la lealtad a toda prueba? ¿Y la tranquilidad de no mentir? ¿Y la de no hacer daño?… No sé si *objetivamente* lo tienen todo, pero subjetivamente me parece que no.

—Te noto resentida, ¿no? —digo sin querer; y me callo a tiempo: podría haber añadido que es algo que me sorprende en ella y me da lástima. (¿Lástima? ¿*Tina* me inspira *lástima*?…)

—Mmm… No, ya no… —dice sin mucha convicción—. Pero lo estuve.

—No sé si tienes derecho —replico, sorprendiéndome a mí misma—. Tú buscaste esas situaciones, tú te mantuviste en ellas… ¿no? —Ayayay, Tina me va a odiar… pero no: veo que me escucha. Y me asombra una idea: yo siempre cifré la autonomía en la independencia económica, y ahora que he renunciado a ella, aunque sea por un tiempo, y me siento tan disminuida por eso, pienso por primera vez que la madurez quizá no consiste sólo, ni principalmente, en ganar un sueldo—. Además, seguramente a ti también te interesaba, porque un hombre casado es una garantía de… Quiero decir, te permite entregarte a tu trabajo, ¿no?

—Pero yo quiero entregarme a mi trabajo —dice Tina. Y aunque lo dice en un tono suave, sin aquel fervor un poco histérico con que hace quince años afirmaba las cosas de las que en el fondo no estaba muy segura, me molesta: Tina sigue siendo, pienso, capaz de

decir lo que sea, aunque se contradiga a sí misma, con tal de no dar, de no darme, su brazo a torcer—. Quiero trabajar, quiero viajar, quiero disponer de mi propia vida sin tener que rendir cuentas a nadie, quiero libertad. Siempre he oído decir que soy egoísta, pues muy bien, soy egoísta, ¿y qué? No le hago daño a nadie. Detesto la convivencia, la idea de compartir un cuarto de baño, las peleas por quién lava la ropa y todo eso.

—Pero entonces —replico, intentando disimular mi irritación por su deliberada falta de tacto—, ¿qué tiene de malo ser la amante de un hombre casado? Seguro que así es todo muy romántico y a la luz de la luna, sin ropa sucia de por medio.

—No tiene nada que ver. No es eso en absoluto —me responde con ese tono tan suyo, cortante y condescendiente: no como quien explica al otro su punto de vista, sino como si esgrimiera una evidencia que sólo un ciego no vería—. En esas situaciones, no tienes libertad, ¿entiendes? No puedes llamarle a cualquier hora, no puedes irte de fin de semana con él, no puedes pasar una noche entera haciendo el amor…

Tengo ganas de decir algo sardónico, algo sobre la dosificación exacta exigida al pobre diablo, so pena de quedarse corto y dejar insatisfecha a la señora, o de cometer el pecado imperdonable de olvidarse unos calcetines sucios debajo de la cama… O sobre la noche haciendo el amor, no durmiendo como el vulgo… Pero la ironía se me da muy mal y además temo, como temí siempre, con un temor exagerado, supersticioso, mitológico, atraer las iras de Tina… Y una vez más me pregunto por qué rompieron ella y André. No fue una aventura de una noche, duró meses o por lo menos, semanas. ¿Fue suficiente para que André le propusiera vivir juntos y ella se negara, fue por eso? Entonces, ¿André quería a Tina —y si antes de las fiestas de Ginebra no lo había manifestado era porque dudaba del amor de ella, porque la veía tan inmadura, tan joven— y sólo porque ella no quiso comprometerse, se conformó conmigo?… Me dan ganas de romper la baraja, de preguntarle a Tina, a bocajarro, qué pasó con André, y una vez aclarado, una vez resuelto, marcharme… Pero ¿soportaré la verdad? Y ella ¿qué sabe?…

—¿Pedimos otro café? —dice Tina, y hay un matiz conciliador en su tono.

—Vale —acepto, sin sonreír.

—¿Y *croissants*? ¿Te parece?

Me llama la atención esta actitud nueva en Tina, de disponibilidad, de disfrutar del presente sin pretender, como antaño, empujarlo, estrujarlo, sacarle partido. La Tina que yo conocía ya estaría mirando el reloj, frunciendo las cejas, diciendo «¿Vamos?»: lo primero era ir; luego ya nos preguntaríamos a dónde… Pero estoy aún demasiado dolida por su tono agresivo de hace un momento para abandonar mi rigidez.

—Como quieras —contesto secamente.

Tina apoya el codo en la mesa, la barbilla en la mano, y me mira con una curiosa sonrisa, desconocida para mí hasta ahora, de insolencia cariñosa, de complicidad irónica, como si fuéramos dos actrices amigas durante el entreacto de una obra cuyo texto las obliga a insultarse, o como dos combatientes que se quitan la careta y se estrechan la mano tras un torneo de esgrima. Y casi a mi pesar, sonrío a mi vez. Nunca he podido resistirme al atractivo de Tina, cuando quiere ejercerlo… Algo en mí se despierta y se despereza voluptuosamente: disfruto del olor del café, de los *croissants* que partimos con las manos, de la plaza con su marquesina, su fuente, sus castaños, de esta mañana de sábado en París, indolente y hermosa… Siento que somos amigas, a pesar de todo, a pesar de lo que aún puedo descubrir, y soy feliz.

—Oye —le pregunto—, y volviendo a lo de tu trabajo en televisión: ¿cómo se tomó tu padre que lo dejaras? Con lo orgulloso que estaba… —iba a decir: de ti, pero temo herirla— de tu cargo, ¿no? Todo ese interés que se tomaba, que se tomó siempre, no como el mío, por cierto, y no sabes cuánto te envidiaba yo a tu padre… ese interés por tu carrera, por tus estudios…

Tina suspira.

—Pues… No será fácil que olvide el día en que se lo anuncié a mi padre, te lo aseguro… —Vuelve a suspirar, bebe café y prosigue —: Fue en diciembre del ochenta y cinco. Yo le había llamado para decirle que iba a comer ese domingo y que tenía una noticia. Tremendo error, como comprendí después. *¡Olalá!* Porque yo esperaba a que hubiéramos comido y a que mi abuela se fuese a dormir la siesta; a mi abuela no quería decírselo porque se moriría de miedo: pensar que yo renunciaba a un sueldo, a una seguridad,

por algo tan arriesgado… Pero lo que yo estúpidamente no había previsto era que mi padre se había hecho ilusiones.

—¡Se imaginaría que te habrían nombrado directora general!

—Pues… en la nevera, eso lo descubrí luego, cuando ya iba a marcharme… encontré una botella de champán puesta a enfriar. —Tina suelta una de sus nuevas risitas agridulces, pero la noto angustiada—. Imagínate la comida: él sin dejar de sonreír y yo cada vez más nerviosa, y él además no entendía por qué yo no quería que estuviera mi abuela… Cuando por fin ella se fue a descansar, nos sentamos en esos sofás que hay bajo las ventanas y con los ojos brillantes me preguntó: «¿Cuál es la noticia?»… Yo me había aprendido casi de memoria lo que le iba a decir. No le reproché que me hubiera presionado para estudiar periodismo, mejor dicho, ciencias políticas, ya sabes que lo de periodismo fue un compromiso entre lo que él quería y lo que quería yo, en cualquier caso fue por su culpa que yo no hice Bellas Artes… pero no le reproché nada; sólo le expliqué la decisión que había tomado y por qué. Tampoco le pedí su opinión, claro; se lo di como un hecho consumado. Yo ya había notificado a televisión mi intención de dimitir. Supongo que si esperé a tenerlo todo hecho antes de darle la noticia fue porque en el fondo, aún temía que él pudiera convencerme de lo contrario… —Hace quince años, pienso para mis adentros, Tina no habría confesado esa debilidad—. Pensaba que iba a hacerme una escena… que era capaz incluso de escribir a mi jefe en televisión, como aquella vez en la escuela que fue a quejarse del único profesor que no me había puesto sobresaliente.

—O cuando terminaste la carrera y él no sólo buscaba en los periódicos las ofertas de empleo que te podían convenir, sino que incluso escribía las cartas para que tú sólo tuvieras que firmarlas…

—Sí —dice Tina sin escucharme, demasiado absorta en un recuerdo que visiblemente la altera—. Me esperaba *une engueulade*, ¿cómo se dice en español?

—Una bronca.

—En efecto. Pero no fue eso en absoluto. Fue mucho peor. No intentó disuadirme, no hizo ningún comentario, ni siquiera preguntas. A medida que yo hablaba, iba bajando la cabeza, se iba apagando…

Tina hace una pausa y yo imagino al padre y a la hija sentados,

solemnes, circunspectos, frente a frente, en aquellos dos grandes sofás negros de cuero, bajo los enormes ventanales, en el pesado silencio, la claridad avara y gris de una tarde de diciembre en Haute-Savoie, en medio de aquel chalé grande y lúgubre atiborrado de objetos, que parecían comprados por comprar y olvidados inmediatamente, como por un niño rico y aburrido: un despertador en forma de vaca que al llegar la hora tocaba el cencerro, una jeringuilla gigantesca que según me explicaron era un emisor de ultrasonidos para alejar a los topos… Objetos inanimados, desanimados, sobre los cuales la presencia de Tina producía un efecto pasmoso: como si todo se iluminara y se pusiera en movimiento. En cuanto ella cerraba la puerta, padre y casa volvían a sumirse en un melancólico limbo.

—Fue espantoso, le vi convertirse en un viejo ante mis ojos, y por mi culpa, ¿entiendes?… Al final, dijo que tenía sueño y que se iba acostar. Eso fue todo. —Tina suspira—. Ahora por suerte está bien… pero han sido unos años tan duros… Para él y también para mí… sentía que le había traicionado, o que le estaba desobedeciendo, desafiando… ¡y tenía un miedo a fracasar! Pero bah, ya pasó. —Y Tina sonríe, triunfante, aunque aún tensa.

Pero yo he dejado de escucharla: nos estoy imaginando a André y a mí, sentados en los sofás de la gran casa para la que estamos ahorrando, a la luz gris de grandes ventanales, solos, cariñosos, aburridos, viejecitos, esperando como agua de mayo la visita de Clara o de Oriol… Una de las diferencias, pienso ahora, entre quienes tienen hijos y quienes no los tienen es que éstos ven las generaciones desde un solo punto de vista.

Se hace un silencio. Siento una punzada de hambre, pero no miro el reloj por miedo a que Tina diga que ha quedado para comer, que se tiene que ir…

—Precisamente —digo al fin— hace poco vi a mi padre. Me invitó a comer para anunciarme que se casa.

—Así que tus padres ¿se divorciaron, legalmente?

—Sí, fueron de los primeros, en cuanto hubo ley de divorcio, en el ochenta o en el ochenta y uno… Mejor dicho, mi padre fue de los primeros en pedirlo, pero como mi madre no le dio ninguna facilidad, no pudo ser por consentimiento mutuo y por eso ha tardado tanto, pero sí, ya están divorciados.

—Mmm… ¿Y tú qué opinas? —Y me sorprende que Tina me pregunte, en vez de zanjar el tema con una sentencia inapelable, como habría hecho antaño.

—¿Yo?…

Me quedo en silencio, recordando el fin de semana después de que mi madre me contara lo de la *carta verde*. Me lo pasé encerrada en mi cuarto en el piso vetusto y campesino que compartía con otras estudiantes frente al mercado de San Antonio, sin poder hacer otra cosa que llorar, humillada y ofendida por mi madre, por mí, por todas nosotras, y odiando no sólo a mi padre sino a todos los hombres, españoles por lo menos, con un odio anticipado y preventivo. Sabía que mi madre estaría haciendo lo mismo en su piso del Ensanche, pero que jamás, bajo ningún concepto, podía ir yo a llorar y maldecir con ella, so pena de nunca más salir de allí… Sólo había una salvación posible: un extranjero. Pero Tina se me había adelantado.

—Que mi padre ha sido un egoísta y un cobarde. No sé si podré volver a quererle. Pero intento comprender… ¿Sabes? Cuando me invitó a comer, al sacar la tarjeta para pagar dejó abierta la cartera como al descuido, pero evidentemente para que yo pudiera ver una foto de ellos dos. Lo que sobre todo quería que yo viese, me parece, es que ella ya no es una *charnega*; se ha convertido en una *señora*… aunque con un toque exagerado: mucha peluquería, mucha ropa de marca, muchas joyas… Más que una verdadera señora, está hecha una *señorona* —y me imagino el resoplido de mi madre si la viera—… Eso no me sorprendió, como tampoco me sorprendió el aire triunfante de ella: siempre sospeché, y ahora estoy segura, que lo de la *carta verde* lo había hecho expresamente, que era una jugada desesperada, su última baza… Lo que sí me sorprendió fue el gesto manso de mi padre, y me di cuenta de que así como mi madre ha resultado ser más fuerte de lo que yo, o ella misma, creía, mi padre es más débil de lo que parecía… Pero ¿sabes lo que más me llamó la atención? Vi en ellos una actitud cariñosa que entre mis padres no había existido nunca. Y me di cuenta de que mi madre había sido una esposa perfecta, sí, salvo en un detalle: le faltaba el amor.

Tina guarda silencio.

—¿A ti qué te parecía mi padre? —le pregunto.

—No le vi muchas veces, siempre estaba de viaje. Pero había algo en él que no me gustaba, la verdad. Algo en la manera de mirarme, de hablarme… esos hombres mayores un poco demasiado galantes, ya sabes a qué me refiero.

—¿Nunca te he contado el chiste que contaba mi padre de las francesas?

—¿Cuál?

—«¿En qué se parecen una francesa y una cucaracha?»

—A ver, en qué…

—«En que la mejor manera de matarlas es a polvos.»

Tina tarda un momento en comprender el juego de palabras, y después nos echamos a reír como en los viejos tiempos.

—Mmmm… ¿y sabes qué decía de ti Ernesto, en la misma línea?

—¿Qué?

—«Tu amiga lo que necesita es —señalándose el cuello— que se la metan hasta aquí.»

—¡¿Pero tú le habías dicho que yo era virgen?!

Tina se sonroja.

—En absoluto. Yo le había dicho, como tú me habías pedido… que… que habías tenido algunos novios… pero supongo que… se te debía notar que mucha, mucha experiencia no tenías…

Comprendo que miente, pero ¿qué puede importarme, a estas alturas? Además, no quiero poner en peligro el buen humor que se ha instalado por fin entre nosotras.

—¿Todavía tienes orgasmos de colores?

—¿Qué? —dice Tina, y le noto en la cara la sorpresa de habérmelo contado alguna vez. Ya no recuerda qué cosas llegábamos a contarnos entonces.

—Colores rarísimos además: turquesa con vetas amarillas, lila por fuera y verde por dentro…

—*¡Olalá!* —exclama Tina echándose a reír, y se ilumina la plaza.

Aunque sé —lo estoy viendo— que acaba de asomar el sol entre las nubes, estoy, en el fondo, convencida de que si se iluminan las hojas de los castaños y brillan los azulejos de la iglesia, si salen volando las palomas, si brota el agua entre las cariátides, si en las ventanas, bajo los tejados de pizarra, florecen los geranios, es porque Tina ríe.

Cuatro

TINA se está riendo. Se ha quitado las gafas y sin ellas, se parece más a la Tina de hace quince años, aunque tiene arrugas y el pelo mate y la mirada vaga de los miopes cuando no llevan gafas. Nunca sabré si aquella belleza radiante de la Tina que bajó del tren en la estación de Francia era real o sólo el resplandor que mi veneración proyectaba sobre ella.

—¿De qué te ríes ahora?

—Pues me estaba acordando de aquella vez con Ernesto, *sabes bien*, cuando desesperados porque el amigo que nos prestaba siempre el piso no nos lo había podido prestar, nos metimos en casa de tus padres en plena noche. *¡Olalá!* ¡Qué número!

Yo también me echo a reír. Contaron con mi complicidad: la amistad, y sobre todo el atractivo de la hazaña, eran más poderosos que los ce los. No parecía haber ningún riesgo: Tina me prometió que no llegarían antes de las dos de la madrugada y que a las cinco, como mucho, Ernesto estaría en la calle. Pero a las siete pasadas me despertaron unos desesperados golpecitos en la puerta. Abrí y Tina se coló en mi habitación, asustadísima. Me explicó que se habían dormido, y que estando Ernesto a punto de salir habían oído a mi madre trajinando por la casa. Yo tenía que buscar cualquier pretexto para alejarla de la sala, del pasillo y del recibidor. Ernesto estaba en ese momento oculto tras la cortina de terciopelo verde que separaba la galería acristalada del salón.

—¿Cómo conseguiste distraer a tu madre, encerrarla un rato no sé dónde?

—Huy, ¿no te acuerdas? ¿No recuerdas que me puse la bata, fui corriendo a buscarla, le dije muy alborotada que tenía que hablar con ella, que fuéramos a su habitación…? Y, bueno, una vez allí…

estuve mareando la perdiz, fingiendo que no sabía cómo empezar y que se me saltaban las lágrimas, mientras intentaba desesperadamente inventar algo, y ella: «dime, Elisenda, dime, si ya sabes que conmigo puedes contar, hayas hecho lo que hayas hecho…». Total, cuando calculé que ya habíais tenido tiempo suficiente le dije que no me veía con fuerzas de confesarlo, pero que de todos modos, en fin, le estaba tan agradecida, nunca olvidaría la comprensión y el apoyo que, etcétera, etcétera.

—¡Pobre mujer, qué tortura para una fisgona como ella!

—Bueno, realmente se portó bien, ¿no? Estaba dispuesta a ayudarme… Eso fue una semana antes de que descubriera el diafragma en mi mochila, que fue lo que le abrió los ojos, le hizo darse cuenta de que…

—De que todo el mundo follaba menos ella —apunta Tina, en un tono acerbo que me disgusta—. ¡Pensar que lo habíamos puesto en tu mochila porque estabas segura de que iba a meter la nariz en la mía!

—Ya ves, metió la nariz en las dos, y después de eso, cualquiera la convencía de que yo era virgen…

—… y de que el diafragma era de la corruptora de menores…

—Lo que no impidió que esa misma noche me lo prestaras.

—Te presté algo más que un diafragma esa noche, si no recuerdo mal…

Nos reímos las dos, Tina de buena gana, yo un poco confusa. Me vuelve a la memoria esa noche en casa de Ernesto. Su aparte con Tina, en el sofá: cabezas juntas, tintineo del hielo en los vasos, cuchicheos. El de Tina conmigo, en el balcón: susurros, risitas, la fascinación por la herejía… mientras en el salón Ernesto y Sati, que acababa de llegar con un maletón negro de emigrante para pasar varias semanas en su casa (eso creía él), fumaban gravemente, concentrados en una conversación en voz baja de la que nos llegaba alguna que otra palabra misteriosa: «pope», «vietnamita», «cita de seguridad», «la Cuarta»…

Estoy a punto, ahora, de confesarle a Tina la pregunta incrédula que me quemaba los labios, a la mañana siguiente, cuando me miré en el espejo del ropero, buscando en esa cara desgreñada y boquiabierta, a la luz agria y olorosa a lejía que se colaba desde el patio interior, las marcas de la mujer triunfante y sabia, maléfica y

perdida en que esa noche tenía por fuerza que haberme convertido. La pregunta que me acosaba y me avergonzaba —y ahora me hace reír— cuando salí del cuarto tambaleándome en la luz blanca y movediza de la mañana de verano que olía a mar, a pescado, a cloaca… Pero al encontrarme a Tina que tomaba café, vestida de rojo, majestuosa, con una sonrisa enigmática, y que en un tono cordial, levemente sarcástico, me preguntó: «¿Y bien…?», sólo exhalé un suspiro mundano de gata satisfecha.

—¿Te acuerdas de la postal que le enviamos luego, desde Thonon, cuando nos dimos cuenta de que nos había contagiado la misma infección a las dos?

—¿Le mandamos una postal?

—Sí, ¿no te acuerdas? Terminaba: «Los estreptococos te saludan».

Volvemos a reírnos como colegialas. ¿Herejías, dije? Más bien travesuras.

Ernesto, pienso ahora, fue entre nosotras una moneda de cambio, un peón en una partida de ajedrez entre ella y yo. Que al final yo he ganado, me digo con una satisfacción malévola… inmediatamente disipada. ¿Acaso no rechazó ella la vida que yo llevo? ¿Acaso lo que a mí me hace feliz no es lo que ella desdeñó? ¿O fue André quien la dejó? Algo sucedió entre ellos, algo definitivo, imperdonable, lo bastante doloroso como para que André nunca haya querido hablar de ello.

Tarde o temprano, el nombre de André tendrá que salir… Nos veo desde fuera: dos personajes, en una obra de teatro, charlando como si nada, mientras que el público sabe, y uno de ellos sabe, y quizá el otro también, que el amante está dentro del armario… Pero ¿cómo voy a sacar el tema así, sin más ni más?… No, tendré que esperar que venga a cuento. Y ahora es más cómodo proseguir esta charla; hace tanto tiempo que no reía como me estoy riendo…

—Por cierto, ¿cómo es que esa noche dormimos en su casa? ¿Y su mujer?

—Se había ido de vacaciones —me explica Tina—. Hacían las vacaciones separados.

—¡Bueno! La típica pareja *progre* de los años setenta… ¿Se contaban los ligues?

—Pues claro, *ma chère*…

—Pero entonces, ¿por qué se enfadó tanto ella cuando encontró mis pendientes en la mesilla de noche?

—*Mis* pendientes, querrás decir.

—Cierto. Ya van tres cosas que me prestaste esa noche. —Y nos reímos.

—Mmm… Supongo que a ella en realidad no le hacía ninguna gracia…

—Naturalmente —apostillo, antes de pararme a pensar que de acuerdo con nuestras ideas de entonces, lo que no era razonable, sino visceral, como los celos, no tenía derecho a existir.

—Y se acogió a ese pretexto. Que se acostara contigo, ella pensaba que conmigo, qué más da, vale, ¡pero en su cama…! Le montó un número, le echó de casa… Eso lo he sabido mucho más tarde, claro, me lo contó Ernesto la última vez que le vi, en el ochenta y uno.

De esa entrevista, Tina, en La Puñalada, me dijo curvando los labios furiosamente rojos: «¿Quieres creer, *ma chère*, que durante la hora que hemos pasado juntos, después de cinco años sin vernos, sólo ha hablado él?». ¿Quieres creer, *ma chère*, le respondí mentalmente, que en una hora que llevamos juntas, después de cinco años sin vernos, sólo estás hablando tú?

—Luego se reconciliaron y en el ochenta y uno seguían como siempre, juntos y en crisis —prosigue Tina, y añade—: Hay parejas así: necesitan sufrir.

Me sorprende la frase. Si sé de alguien que necesitara sufrir cuando se enamoraba, era precisamente Tina en aquellos años… ¿Estará enamorada ahora? Nunca he conocido a Tina sin un hombre en su vida. O más de uno… Ya llegará el momento de saberlo. Por ahora me limito a observar:

—Tiene gracia que todo ese drama se produjera justo cuando Ernesto y tú acababais de romper.

—Mmmm… Ahora que lo dices recuerdo que él le había anunciado a ella que había roto conmigo. Y una semana después, ella encuentra los pendientes… Ponte en su lugar: imagínate que él te explica que sí, que te había dicho la verdad, que rompió con esa chica, pero que dos días después ella le ha llamado urgentemente para decirle que la amiga en cuya casa se aloja se ha peleado con su madre, y que si las puede albergar por una noche… Vamos, no sé si

él llegó a darle esa explicación, pero yo no me lo habría creído.

—Yo tampoco. Pero la fidelidad, entonces, estaba muy desacreditada, ¿no? *Capitalismo sexual*, le llamaba no sé quién.

—Ernesto.

—Oye —le pregunto—, ¿cómo era Ernesto, tú que lo conocías bien?

Tina parece sorprendida.

—Pero si tú le conocías tan bien como yo… Antes de que yo llegara a Barcelona salíais juntos, ¿no?

—¿Eso creías? —le pregunto, asombrada ahora yo. Y por primera vez se me ocurre atribuir el enamoramiento de Tina no simplemente a que Ernesto le gustara y yo no me opusiera (¿cómo habría podido oponerme?) sino a que creía quitármelo. Pero entonces, ¿ella rivalizaba conmigo? La idea me deja atónita—. No era así. Yo le había visto muy pocas veces, la primera en una reunión del partido para captar nuevos militantes, luego en la universidad, pero ni siquiera había llegado a hablar con él a solas. —Y me guardo el comentario que podría añadir: que no lo sepas demuestra, *ma chère*, lo mal que leías mis cartas y lo poco que me escuchabas.

—Mmm… Pues Ernesto para mí era un hombre, ¿entiendes? Yo estaba rodeada de adolescentes, mis compañeros de facultad, que sólo pensaban en los deportes de invierno y en el trabajo que iban a encontrar cuando terminaran la carrera. Ernesto no sólo tenía diez años más, es que había vivido cosas que nadie que yo conociera había vivido, la militancia, el arresto, el verdadero peligro, el exilio y todo eso. A su lado, los chicos de mi edad me parecían tan *ininteresantes*… Lo que me había atraído en él desde el primer momento, cuando me lo presentaste en el Zurich, era la angustia que noté en él, saltaba a la vista. Yo misma era una persona muy angustiada, ya lo sabes —y en efecto, recuerdo que Tina fue la primera persona a quien oí emplear, y mucho, la palabra «angustia»; observo que ha hablado en pasado, y es cierto que el cambio se le ve en la cara, en los gestos—, pero aunque el sentimiento era real, los motivos de mi angustia eran imaginarios, sobre todo comparados con los de la suya… Y por eso tenía ese respeto y esa fascinación por Ernesto. Pero claro, el *rol* que yo *jugaba* con él era el de la jovencita ingenua, ¿entiendes? Era un

enorme malentendido: yo quería que él me iniciase a la verdadera vida, la vida adulta, incluso la más dura, que me salvara de ese vacío vital en el que vivía. Y él en cambio me apreciaba precisamente porque yo le distraía de sus preocupaciones. Me veía como una jovencita encantadora, tontamente feliz, que no pensaba más que en follar. El reposo del guerrero, vamos. Y como en mí sólo veía eso, el sexo, pues cuando yo empecé a estar harta, a decir que no soportaba nuestra situación, él pensó que el problema era que me aburría en la cama y me propuso lo de la negra.

—¿Qué negra?

—Ah, ¿no te lo había contado?

—No, no me hablaste nunca de ninguna negra, que yo sepa.

—Pues nada —dice Tina en un tono fingidamente frívolo—, que nos acostáramos él y yo y una negra.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Pero… ¿una negra determinada o cualquier negra?

—Una que había conocido en una asociación de refugiados y que según él se le estaba insinuando. Pero ahora que lo dices, creo que en efecto él no la veía como persona, sino como objeto exótico.

—Dios mío, qué horror —exclamo.

—¿Por qué? —replica Tina, disfrutando, se le nota en la cara, de miaire escandalizado.

Resoplo de rabia: tengo la sensación de que en cuanto fluye entre nosotras una corriente de simpatía, Tina necesita cortarla en seco, como si temiera que se convirtiese en una cadena capaz de atarla. No es de extrañar, me digo con rencor, que ningún novio le haya durado más de unos meses.

—¿Entonces por qué no aceptaste? —le espeto.

—¿Quién ha dicho que no acepté?

Me quedo sin habla y Tina se ríe, tras un segundo de silencio, lo justo para hacerme dudar.

—No, no acepté —me explica, conciliadora—. No acepté porque yo sabía que ése no era el problema, que se trataba de otra cosa. Y porque no me atrae la idea. Pero no tengo nada en contra. Si son personas adultas y están de acuerdo, ¿en nombre de qué lo condenas?

No sé muy bien cuál es la respuesta, pero la encontraré. Si ella se resiste a aceptar que pensarnos lo mismo, yo me resisto a dejarle

la última palabra:

—¿Y quién dice que lo condeno? No es que lo condene, es que… Me parece que las cosas no son tan sencillas, que por mucho que se quieran dejar de lado los sentimientos, para bien o para mal eso no es posible… Vamos, si tú misma lo acabas de decir.

—Mrnrn… —murmura Tina. Se hace un breve silencio, hasta que yo digo:

—Pues yo también te tengo que contar una cosa que nunca te había dicho…

—¿Qué?

—Esa noche, la que pasé con Ernesto… cuando estábamos empezando a besarnos, me murmuró al oído: «¿Llamamos a Tina?».

—No me extraña. Debía de sospechar lo que estaba pasando en la habitación de al lado.

—Por cierto, ¿cómo crees que lo descubrió, a la mañana siguiente? Porque si echó a Sati de casa fue porque algo le vino a demostrar que sus sospechas eran ciertas.

—Muy sencillo, vio que la cama que me correspondía, en la sala, estaba intacta… Y volviendo a Ernesto, ¿tú qué contestaste?

—Que no, claro. Y él no insistió, pero eso ya era empezar con mal pie, porque yo me sentí *una estrecha*, como se decía entonces… No tenía argumentos, en nuestra ideología de esa época, para justificar mi rechazo y… en fin, sentí que no estaba a la altura o algo así.

—Mmm… He conocido muchos como él y te aseguro que no quiero más. Necesitan tener varias mujeres para no comprometerse con ninguna. A cada una le dan un *rol*. El mío estaba muy claro: puro sexo. ¡Al final me sentía actriz de una película X!

—*Colegialas viciosas* —sugiero, y nos echamos a reír.

Se hace un silencio. Me quedo pensando que no me extraña, bien mirado, que entre Ernesto y Tina saltaran chispas: se parecían demasiado. Ambos establecían una división tajante entre la inteligencia por una parte y el sexo por otra, sin el cemento del amor para unirlos. Pero es que Tina… ¿sabe amar? No me consta… Y eran igual de egocéntricos. Cuando en La Puñalada Tina me contó con despecho que Ernesto no había hablado más que de sí mismo, dejé de sentirme ofendida por su indiferencia para sentirme vengada: has encontrado la horma de tu zapato, pensé.

—Ahora dirás lo que quieras de Ernesto —digo, mientras caigo de refilón en la cuenta de que no sólo Tina habla siempre de sí misma, sino que yo también desvío constantemente la conversación hacia sus asuntos—, pero en esa época… me parece que nunca en mi vida he visto a alguien tan enamorado como lo estabas tú de él… Más que de André —lanzo al pasar, audazmente, y me callo, expectante.

Pero Tina no recoge el guante. ¿Puede ser que ella no vea, no oiga, esa puerta de armario cuyo crujido al entreabrirse me está helando la sangre? ¿Que de veras no sepa que me he casado con él? Pero en tal caso, ¿por qué no me ha hecho la pregunta lógica, inocente, la más normal, por qué no me ha preguntado quién es mi marido?… ¿O es que teme, como yo misma temo, que en cuanto hablemos de André nos pelearemos, que heriremos de muerte lo que queda de nuestra amistad… y aunque sabe que es inevitable, prefiere retrasar ese momento?

Nos quedamos, pues, mirando las palomas, en un silencio a la vez afable y un poco incómodo.

—Y tú, ahora, cuando te acuerdas de esa época, ¿cómo la ves? —me pregunta Tina.

Su pregunta ilumina, como una chispa, todo un cúmulo de detalles —los buenos modales con que bebemos el café a sorbitos, los pequeños silencios que interrumpen la conversación constantemente, los pendientes de oro regalo de mi madre, el bolso de cuero que he dejado en la silla y que contiene tarjetas de crédito, llaves de coche y fotos de niños—, y de pronto nos veo como dos *señoras*, que recuerdan entre sonrisas su lejana juventud.

Nuestros sueños… Tina soñaba con ser una pintora de éxito. Y ahora, disipada la emoción del reencuentro, la miro de reojo con toda la imparcialidad de la que soy capaz y pongo, al lado de aquella imagen radiante que tanto ella como yo teníamos de su futuro —Tina haciendo exposiciones en Milán, en Nueva York, en Tokio, Tina en los periódicos, Tina sofisticada y famosa, entre viajes y amantes y amigos músicos, pintores, directores de cine—, la que tengo ante mí: esta mujer cordial, pero endurecida y cansada, anónima, con camiseta y alpargatas… Recuerdo la historia, tantas veces leída, del brillantísimo condiscípulo al que uno se encuentra muchos años después convertido en alcohólico o mendigo… No es

que sea ése el caso, pero… ¿Éxito, fracaso? No consigo ver claro.

¿Y yo? Yo también soñaba, aunque más vaga y modestamente, con ser una escritora. Y nunca renuncié; sólo lo fui postergando. Durante años tomé notas para la gran novela que pensaba escribir algún día. Las iba metiendo en una carpeta que perdí en la mudanza. Pensé entonces que casi era mejor así: empezaría de cero, escribiría la novela de un tirón… más adelante, cuando tuviera tiempo, cuando hubiera leído más, cuando los niños fueran mayores, cuando… Y en mi fuero interno, ahora me doy cuenta, hace tiempo que sé que ese impreciso futuro nunca llegará.

Por un momento, un momento angustioso, tengo la sensación de que por caminos distintos, ambas en definitiva hemos fracasado, y de que los silencios que agujerean nuestra charla son los descosidos por los que asoma la desilusión que nos avergonzaría confesar… Pero me digo que no, que no es cierto, me lo repito. Mi vida está llena aunque desde fuera no se vea, como un pozo.

Tina en cambio parece que tiene ganas de reír y sólo de reír, porque rompe el silencio exclamando:

—¿Te acuerdas de aquella manifestación a la que fuimos juntas?
—Y yo, aliviada, le sigo la corriente:

—¿Cómo no me voy a acordar si fue la primera a la que asistí en mi vida? Era en octubre del setenta y cinco, un mes antes de la muerte de Franco… La cita era en Canaletas a las ocho, para luego bajar por las Ramblas y cuando llegaran los *grises*, salir corriendo por las calles laterales. Tú y yo, muy solemnes, nos habíamos dado una «cita de seguridad» una hora más tarde en el Café de la Ópera…

—En efecto. ¿Te acuerdas de cómo echábamos ojeadas al reloj, aquel que está encima del Zurich, mientras fingíamos mirar escaparates, y cómo espiábamos a la gente de nuestro alrededor, dándonos codazos?

—¿Espiábamos a la gente? ¿Por qué?

—Para adivinar quiénes estaban disimulando, como nosotras, esperando que dieran las ocho… Los que llevaban tejanos y zapatillas de deporte seguro que eran de los nuestros. Tú y yo en cambio íbamos maquilladas y con tacones porque tú estabas convencida de que ése era el mejor camuflaje. ¿Te estás riendo de cuando tropecé por culpa de los tacones y me caí en plena carga de

la policía?

—No, es que me acordaba de una precaución que había tomado y que me parecía el colmo de la astucia: en la agenda que llevaba en el bolso había apuntado para ese día: *Comprar jersey*, convencida de que en caso de detención, ésa sería la coartada irrefutable para demostrar que yo no era de los manifestantes.

Nos reímos las dos, recordando cómo, a los cinco minutos de haber empezado, llegó ululando el coche de la policía, bajaron los *grises* y en vez de rogarnos que tuviéramos la bondad de mostrarles nuestras agendas, nos molieron a golpes de porra sin más preámbulo.

—¿Sabes que yo te admiraba mucho? —dice Tina.

—¿Que me admirabas? —repito estupefacta—. ¿Por qué?

—Por tu militancia —me explica con naturalidad. No sé si creerla, pero me halaga.

—¡Pero si eran chiquilladas! Yo nunca hice otra cosa que hablar, hablar en las asambleas, hablar en las reuniones de célula, hablar con los simpatizantes… Todo lo más, pegar algún cartel.

—Pero contribuisteis a cambiar el país. ¡Qué ambiente, el de España en ese año! Verdaderamente *súper*. Había una solidaridad, una fraternidad que se notaba en todas partes, en los bares, en el metro… y la sensación de estar haciendo la Historia. ¡Francia, en comparación, era tan insípida! Barcelona, ¿te acuerdas?, estaba toda llena de pintadas: «Franco asesino», «Revolución proletaria y campesina», «Viva la Cuarta Internacional» y todo eso. Cuando volví a casa después de mi primer viaje, al bajar del tren en Thonon lo primero que vi fue una valla publicitaria con la foto de un señor que proclamaba: *Les Français ont le droit de payer leur moquette moins cher!*

Yo pienso para mis adentros que a mí también, hoy en día, me preocupa más el precio de la moqueta que la revolución obrera y campesina, pero procuro que esa reflexión humillante no se me note en la cara.

Se hace un nuevo silencio.

—No sé si te conté —digo al fin—, por carta seguro que no me atreví, creía que vigilaban la correspondencia de las personas tan peligrosas como yo… la reunión en la que conocí a Ernesto y a Sati, los primeros «popes» que yo veía de cerca…

—¿Los primeros qué?

—«Popes.» Se llamaba así a los jefecillos del partido. Había toda una jerga que fui aprendiendo en esos años, como lo de la «vietnamita»: yo creía que era una dirigente enviada clandestinamente por el Partido Comunista del Vietnam, y era una máquina de ciclostil.

—¿De qué?

—Una especie de imprenta de estar por casa. O lo del Barrio Chino. Durante años creí que allí vivían chinos.

—Y ahora que lo dices, ¿por qué tiene ese nombre?

—Por imitación del de Chicago. Quería decir el barrio de las prostitutas y los gángsters. Eso me lo explicó una vez Sati, siempre tan enciclopédico… ¿Sabes que le he vuelto a ver?

—¡No me digas! ¿Dónde?

—Bueno, él se ha quedado a vivir en París. Me lo encontré un día en la Cinémathèque, en un ciclo de cine español, me contó que tenía una empresa de formación profesional, y yo justamente andaba buscando trabajo… En fin, ésa es otra historia. Al principio no me reconoció. Yo le hablé de esa noche en casa de Ernesto y me pareció que recordaba haberse acostado con una de nosotras, pero no recordaba con cuál.

—A mí tampoco me ha dejado un gran recuerdo —dice Tina encogiéndose de hombros—. Es de esos que te manejan como si fueras un electrodoméstico y terminan en diez minutos.

—Volviendo a lo que contaba, lo de mi primer contacto con el partido… Era un sábado, y al salir, mientras volvía a casa, tan exaltada, iba mirando a los transeúntes, a la gente que paseaba, tomaba café, compraba ropa… en fin, la vida de todos ellos, que era también la mía, me pareció de pronto de una banalidad insoportable. Me sentía entusiasmada de haber encontrado otra cosa, un ideal, un sentido. Era como lo que dicen de las anfetaminas: que cuando las tomas, de pronto te parece que lo entiendes todo… Las clases sociales, la familia burguesa, los celos… de pronto lo veía como un mecanismo que podríamos desmontar para volverlo a montar de otra manera. Empecé a leer libros marxistas importados de América Latina, que conseguíamos en las trastiendas de las librerías, o de las mercerías o los estancos, y que nos prestábamos unos a otros. Les poníamos encima de las tapas la

sobrecubierta de cualquier libro inofensivo para poder leerlos tranquilamente en público… ¡Lo útiles que me resultaron los cinco volúmenes de la enciclopedia de cocina que regalaste a mi madre! Luego los escondíamos envueltos en bolsas de basura dentro de la cisterna o en los tiestos del balcón.

Me río, pero yo sola, porque Tina, como antaño, no me escucha: siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, salta:

—¿Te acuerdas del gato?

—¿El de Ernesto? ¿El que estaba zombi de tanto canuto que se fumaba en esa casa?

—Tú, que nunca lo habías visto, le mirabas con ojos como platos… ¿Y te acuerdas de una vez que tus padres nos invitaron a cenar a un restaurante? Tú estabas un poco avergonzada porque era un sitio caro, y empezaste a hablar de la explotación del proletariado y todo eso y acabaste gritándoles: «¡Vosotros estáis a un lado de la barricada y yo en el otro!».

Me río sonrojándome, mientras me pregunto qué ideas enarbolarán nuestros hijos para distinguirse de nosotros. Pienso en cómo he tenido que aceptar, al tenerlos, la evidencia de que he pasado a un segundo plano y a otra generación. Tina, al no tener hijos, ¿se ha salvado de esa particular forma de envejecimiento?… No sé si podremos hablar de eso… Pero si lo hiciéramos le explicaría que esa generación que en algún momento, inevitablemente, vemos con antipatía, porque es la que nos expulsará del escenario, deja de ser enemiga cuando en ella están nuestros hijos: ellos son nuestra muerte, pero también nuestra supervivencia.

—Bueno, ahora que lo pienso, me deja estupefacta esa naturalidad con que yo misma y mis amigos nos otorgábamos el papel de portavoces de la clase obrera, de la que en realidad, lo que se dice en carne y hueso, sólo conocíamos a las criadas que teníamos en casa.

—… y a las que llamabais con una campanilla cuando estabais en la mesa…

—Huy, había olvidado ese detalle. Ahora que vivo en Francia, comprendo que te escandalizara; pero es que nosotros no somos herederos de una revolución.

—Supongo que ya no idealizas Francia como cuando te conocí

—dice Tina, en un tono perdonavidas que me irrita.

—Te equivocas —replico secamente—. Me sigue pareciendo un país admirable, hermoso, creativo, inteligente… pero tan pendiente de sí mismo, tan complacido en mirarse y escucharse, tan convencido de ser el centro del mundo… —Y me callo: me acabo de dar cuenta de que en realidad estoy hablando, no de Francia, sino de Tina—. Volviendo a la clase trabajadora, yo me enteré de golpe de lo que era en el setenta y seis, cuando volví de Ginebra y de la noche a la mañana me tuve que ganar la vida. Por las mañanas iba a clase, por las tardes hacía encuestas, daba clases particulares, vendía enciclopedias… y de noche estudiaba. Total, estaba siempre agotada y sin un duro. ¿Qué ibas a decir?

Le brillan los ojos, con una expresión que me intriga, porque nunca la había visto en ella: indica que se guarda lo que piensa, que no tiene una apremiante necesidad de proclamarlo, como antaño.

—Luego te lo cuento; sigue.

—Fueron unos años horrorosos. ¡Me sentía tan estafada! Así que la verdadera vida era esto, pensaba… Luego me he dado cuenta de que pasar de una etapa a otra de la vida significa, en primer lugar, renunciar a algo, con todo el dolor que eso conlleva, y después, se puede empezar a construir otra cosa. En el fondo, se trata sencillamente de cambiar unas posibilidades, y unas limitaciones, por otras posibilidades y otras limitaciones…

Se hace un breve silencio, melancólico o reflexivo, no sé, un silencio sereno, algo que quince años atrás era incompatible con la presencia de Tina. Estoy recordando —pero no sé si decírselo— que hace unos meses, la última vez que estuve en Barcelona, tuve que ir a la universidad a pedir un duplicado de mi diploma y se me ocurrió pasar por el departamento de Historia de América y preguntar por Ernesto. Pero ¿para qué contárselo? ¿Para decirle que no conseguí saber nada, sólo que ya no trabaja allí desde hace por lo menos cinco años, los que lleva en el departamento la persona con quien hablé? ¿Para confesarle mi debilidad, dejarle ver que mientras que ella sigue viviendo, como ha vivido siempre, con la vista puesta en el futuro, yo ya empiezo a mirar con nostalgia el pasado? ¿Para explicarle cómo esa información, que no sé si indica que Ernesto ha vuelto a su país o ha cambiado de trabajo o algo más grave, pero que en todo caso significa que aunque quisiera —

que no quiero; no es ésa la cuestión— no podría volver a verle, me dio escalofríos, porque tuve la impresión de haber llegado a una edad en que todos los elementos de mi vida ya están dados, y las novedades ya no consistirán en adquirir, sino en perder? ¿Tendrá ella también la sensación de ser un estanque en cuyo fondo descansan los recuerdos y en cuya superficie se reflejan, ignorantes, otras vidas como árboles en el agua?

De pronto miro el reloj e impulsivamente exclamo:

—Oye, ¿has visto la hora que es? ¿Y si comiéramos?

—De acuerdo. ¿Quieres venir a mi estudio, y comemos allí?

Me sorprende la sugerencia: Tina nunca fue casera. Pero instintivamente me pliego a mi vieja costumbre de aceptar todo lo que ella propone.

—De acuerdo. Pero antes, espera, ¿qué ibas a decirme cuando te hablaba de esos años… cuando te decía que la clase trabajadora, vista desde dentro…?

—Pues estaba pensando que lo que te pasó a ti con la clase obrera, que una cosa es verla de lejos con un aura romántica y otra muy distinta estar dentro, es lo que me ha pasado a mí con los artistas… Deja, deja, te invito yo. ¿Vamos?

El cielo está despejado ahora, aunque sigue soplando viento. Tina se pone la chaqueta, una chaqueta malva, bordada, barata pero exótica —combinación típicamente parisina— y se levanta. Por un momento, viéndola así, de pie, una mujer grande, hermosa, sana; con la cabeza muy alta, la mirada franca y clara, recortada sobre el azul frío del cielo, vuelvo a verla envuelta en un halo de luz, capaz de conseguir todo lo que se proponga, de enamorar a cualquiera, de inventar, de crear, de caminar sobre las aguas.

—Hacia allá —me indica.

—¿Qué te pasa en la pierna? —pregunto impulsivamente al observar que cojea.

—Nada, me caí de una roca a la que me había encaramado para pintar —contesta Tina, con una despreocupación que me suena estudiada.

Cinco

Son cuadros de gran formato, todos ellos variaciones sobre la misma idea. Un paisaje urbano, o el interior de una habitación, pintado al óleo, con vaguedad, a grandes pinceladas, en tonos grises y pardos, ocupa casi toda la superficie; pero en ella se abre un pequeño espacio —una puerta entornada, una ventana, una franja de cielo entre dos muros— donde se concentran el color y las formas, sólo sugeridas: se adivina un jardín verde y lila con estatuas de mármol, una silueta con sombrero y boa de plumas, un lago con cisnes… En algunos de los cuadros, el óleo se mezcla con otros materiales: serrín, papel de periódico, billetes de metro, ruedecillas dentadas, para la parte gris, y en la de colores, terciopelo, cintas de seda, plumas, papel charol…

Uno de los cuadros, el mayor, todavía en el caballete —aún no está seco y exhala ese olor a pintura al óleo y a aguarrás que fue siempre el misterioso olor de Tina—, es una tela vertical, aunque da una impresión de profundidad más que de altura. Representa un lienzo blanco, en penumbra, con relieve como si tapara un bulto y colocado sobre un caballete cuyas patas parecen las de algún animal. De entre ellas asoma una caracola, o un cuerno de la abundancia, del que se derrama un desorden de colores y brillos, una profusión de pedacitos de pasamanería, abalorios de colores, lentejuelas, trocitos de papel de plata.

—Me gustan muchísimo —digo, con toda sinceridad—. Mucho más que todo lo que había visto tuyo.

Tina sonríe y se ilumina.

—¿Cuáles prefieres: los óleos o los *collages*?

—Los *collages*, de lejos.

—Sí, yo también. Hace sólo un año que he empezado con esa

técnica, y es todo un mundo de nuevas posibilidades.

Callamos. Saboreo el silencio del estudio de Tina, tan distinto al bullicio de mi casa. Ésta, pienso, podría haber sido mi vida, si la hubiera consagrado a escribir. Aquí, en lo alto de estos cinco pisos, tras subir una escalera que cruje y huele a cera y polvo. En esta antigua *chambre de bonne* con el techo inclinado, casi sin muebles: la mecedora de mimbre en la que estoy sentada, el sofá-cama donde se ha recostado Tina, una mesita árabe de metal dorado sobre patas de madera calada, en el techo una lámpara árabe con facetas de cristal de distintos colores, y un biombo pintado que oculta la escueta cocina y el aseo. Arropada por el olor a pintura y aguarrás que la recibe a una con los brazos abiertos en cuanto abre la puerta, y que para Tina es sin duda el olor de la felicidad. En este estudio diminuto con una inmensa ventana, que da a una calle inconfundiblemente parisina: tejados de pizarra, un florista en la esquina, un *café-tabac*, y una estrecha escalera que baja hacia otra calle, recordándonos que estamos en Montmartre, el único barrio en pendiente de París. Aquí, en esta habitación toda ventana, con París a mis pies… Nostálgica y celosa, imagino una vida con un norte, imantada, electrizada, agua clara nunca enturbiada por la pregunta ¿qué sentido tiene todo?…

—Debe de ser maravilloso instalarse con una caja de pinturas delante de una tela en blanco —suspiro—. ¡Qué envidia!

—Pues yo me he pasado años envidiando a los que no pintan —contesta Tina inmediatamente; y ante mi expresión incrédula añade, con irritación—: Nadie te cree cuando dices esto, ya lo sé.

—Pero, pero… ¿por qué?

—Porque para vosotros… —dice Tina gesticulando; y de pronto calla, con exasperación. De la mesita coge un paquete de Philip Morris mentolados—. ¿Me pasas el cenicero?

Al cogerlo, observo que junto a las colillas de los finísimos mentolados hay otras de Gitanes. Qué raro: Tina nunca ha soportado el tabaco negro… Pero no digo nada.

—Pues porque para vosotros —me explica— la vida se puede vivir sin más. Es soportable, ¿entiendes? Estáis a su mismo nivel. Como mi padre: el mundo no le está grande ni pequeño, es su talla. Está convencido de que entiende cómo funciona y es verdad que lo entiende a condición de poner los pies en la tierra y olvidar que

también existen el agua y el aire. —Da una chupada rabiosa al cigarrillo y prosigue, con una voz tensa, discordante en el perezoso silencio, en el luminoso azul de la mañana—. Mientras que yo estoy o por encima del mundo o por debajo. ¿Entiendes?

—No estoy segura.

—Cuando no consigo pintar, o no me gusta lo que pinto, cuando se me cierra esa puerta… no es que me deprima, es algo mucho peor, como si los cables que me unen al mundo hubieran sido cortados.

Suspira brevemente con un suspiro que reconozco de inmediato: era aquel suspiro, jadeo más bien, de cuando de tan angustiada no podía hablar, ni llorar siquiera; pero ahora amortiguado, contenido, domesticado.

—Pero cuando pintas… cuando terminas un cuadro, ¿no sientes una satisfacción increíble?

—¿Satisfacción? No exactamente. La satisfacción es otra cosa, algo completo, que encaja, ¿entiendes? Satisfacción es volver a casa después de tus ocho horas de trabajo, sabiendo que has cumplido, que te has ganado un sueldo y un lugar en la sociedad y todo eso. ¿No era eso lo que sentías cuando trabajabas?

—¿Por qué me preguntas a mí? Tú también has tenido un empleo. ¿No estabas tranquila entonces?

—En absoluto. Sentía que estaba mintiendo, que me alejaba de… Me pasaba el día asistiendo a reuniones, seleccionando imágenes en el vídeo, buscando temas para programas… Envidiaba a quienes no tienen vocación; no a los que la traicionan como hacía yo, o la rehúyen. Porque la vocación da mucho miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? —pregunto, sintiéndome, como me sentía siempre con ella hace quince años, irremediablemente ingenua.

Se encoge de hombros, resoplando.

—Te encierras en un delirio solitario que puede durar horas, días… hasta que tienes hambre, no tienes nada que comer en casa, bajas a comprar algo y resulta que es domingo, que no te habías enterado y todas las tiendas están cerradas, o que no tienes un céntimo en tu cuenta. Un puesto de trabajo es un formulario que ya existe y tú sólo tienes que rellenarlo; pero una vocación es otra cosa, algo desmesurado, sin un marco. Y además, pretender ser artista ¡parece tan vanidoso! Ahora ya me he acostumbrado, pero al

principio… ¿Cómo se llamaban esos esclavos que huían, siguiendo la estrella polar? Pues haces algo así. Te fabricas unas alas con plumas y cera mientras los demás te miran con el rabillo del ojo… Estás intentando demostrar que se puede vivir de otra manera, que es lo que yo me decía a mí misma muchas mañanas al despertarme, cuando trabajaba en televisión, antes de poner en marcha el engranaje del día, tan parecido al día anterior, pensaba: hay otras vidas posibles, tiene que haberlas…

—Pero ¿cómo puedes decir que era monótono, si viajabas por todo el mundo?

—Por supuesto —replica con impaciencia—, pero al final todos los lugares terminan pareciéndose, si en todas partes llegas al aeropuerto, te alojas en hoteles que siempre parecen el mismo y vas a buscar una cosa determinada que siempre es la misma: información, imágenes… Ahora mis viajes consisten en coger el metro e ir a otros barrios de París, con el caballete y la caja de pinturas. Busco barrios feos, con algo roto… Esos barrios con calles empedradas, provincianas, un poco adormecidas, con su *bistrot* y su *épicerie*, y al fondo un monstruo de veinte pisos: la Butte-aux-Cailles, la Goutte-d’Or…

Tina suspira y bebe un trago del vino tinto que ha descorchado al llegar. Está medio echada sobre el sofá-cama blanco, recostada en los cojines de colores, con la mirada fija en la ventana y la copa en la mano. Me acuerdo de una foto que le tomé una vez, recostada en unos escalones del puerto, con la misma expresión que tiene ahora, mirando al mar. Era en julio y ella acababa de pelearse con Ernesto. ¡Cuánto me impresionaba aquello! Pelearse con un hombre me parecía el colmo de lo real: más, incluso, que acostarse con él. Ahí estaba, mirando al mar y pensando en sus cosas, cosas de persona mayor —la cama, el dinero, la mujer de otro…—, para mí desconocidas hasta el punto que ni ella ni yo pensamos ni por un momento que yo pudiera darle algún consejo. Tan guapa, tan mayor, tan francesa, vista desde mi adoración pueril, rendida, intimidada.

—Un día —dice— iba por la calle pensando en si me iba a comprar tal sofá o tal otro, porque me sobraba el dinero y no tenía otras satisfacciones, o casi, que las que el dinero proporciona, ¡qué miseria!… y en un contenedor vi un colchón de espuma y me

acordé de cuando era estudiante y por las mañanas iba a la facultad para complacer a mi padre, pero por las tardes pintaba; me acordé porque en la buhardilla donde vivía tenía un colchón como ése. Y esa obsesión por comprar, en ese momento me di cuenta de que era una esclavitud, ¿entiendes?; que a los veinte años era mucho más libre, porque vivía en una buhardilla, pero donde realmente vivía era en mis cuadros.

Vuelve a suspirar, pero esta vez con un deje triunfante. Yo pienso con melancolía que habría podido vivir en mis libros. En un mundo donde todo sería hermoso, porque misteriosamente tendría sentido. No en este mundo de horarios e hipotecas, de cebolla picada y metros cuadrados… Pero ¿sólo vivo en él? ¿No vivo también, a la vez, en otro, no tengo un atisbo de eso que en los cuadros de Tina se vislumbra por las puertas entornadas? ¿No lo conozco, no lo disfruto, aunque no sepa pintarlo ni darle nombre?

Tina se incorpora, aplasta el cigarrillo en el cenicero, y se sienta, ahora de cara a mí.

—A los veintidós años tuve que elegir, y elegí mal. En todo. —Se me encoge el estómago: ¿vamos a hablar de…? Pero no; continúa—: No me atreví a ser yo misma. A decir: yo lo que quiero es esto, contra viento y marea. A desafiar el criterio de mi padre. Para él, el valor de cualquier cosa se mide por el dinero. Y por la envidia de los demás. Todo su sistema de valores se sustenta en eso. Es incapaz de hacer algo, hasta de desear algo, que no sea aplaudido por la sociedad.

—Pero él se interesaba por ti, Tina —le hago notar—, por tus estudios, por tu carrera… Si eres ambiciosa, se lo debes a él.

—Mmm… Sí, él quería a toda costa que yo triunfase; pero no en lo que yo eligiera, sino en lo que él había elegido para mí, que era lo que a él le faltaba: estudios, una profesión prestigiosa, una trayectoria brillante…

—Todos los padres… —iba a decir «queremos» pero opto por una expresión más impersonal— quieren que sus hijos puedan hacer lo que ellos no pudieron.

—Que puedan, de acuerdo, pero no forzosamente que lo hagan. Que no nos impongan la obligación de compensarles por lo que ellos no tuvieron.

—Sí, por supuesto… Bueno, pero sigue contándome. Me decías

que a los veintidós años elegiste mal…

—Y a los treinta y dos volví a elegir, elegí bien esta vez, de eso estoy segura, pero ha sido tan duro… —y suspira—, tan duro… Pero yo quería esto, esto que ahora tengo: dedicarme a pintar, ser capaz de hacerlo, disfrutar haciéndolo… A cualquier precio. —Y sin darse cuenta, aprieta los dientes.

Si tu te fais anguille, anguille dans l'étang / Je me ferai pêcheur pour t'avoir en péchant. Si tu te fais no-nette, nonette dans un couvent / Je me ferai prêcheur pour t'avoir en prêchant… ¿Y yo?, me pregunto. ¿He luchado por algo o simplemente me he dejado arrastrar por la corriente?

—Aunque a veces pienso —prosigue, hablando como siempre habló conmigo: como si hablara sola— que si no conociera las penalidades, no me refiero a los problemas económicos, sino a la angustia, mi pintura sería más pobre, sería superficial… No te puedes imaginar lo mal que lo pasé los primeros tiempos. Quería pintar, lo deseaba desesperadamente, pero no lo conseguía porque previamente necesitaba tener la garantía de que tenía talento. Pero justamente, si no pintas, si no empiezas por pintar durante años, a ciegas, sin saber lo que vales ni adónde vas, nunca llegarás a tener una obra, ¿entiendes?… Para mi padre todo se mide en dinero; que algo tenga valor, pero no precio, no le cabe en la cabeza. ¿Sabes qué definición ha encontrado al final para mi modo de vida, la única manera en que puede entenderlo?

—No sé, dime.

—¡«Una inversión a largo plazo»!

Nos echamos a reír y Tina se relaja.

—Una de las cosas que finalmente he comprendido es que el criterio del éxito o fracaso —aguzo el oído, curiosa por saber qué piensa Tina de sí misma a ese respecto— no sirve. Es muy limitado, rudimentario.

Vuelve a suspirar. Yo miro los cuadros.

—Pero cuando pintas, tienes una libertad maravillosa, ¿no? Puedes crear un mundo según tu fantasía, y vivir dentro de él…

—Por supuesto, pero esa libertad tiene unos límites, que son tus propios defectos, no sólo técnicos, que son importantísimos, pero superables, sino lo limitado de tu talento. —Esta modestia es nueva en Tina y curiosamente, me incomoda. Quizá por el énfasis con que

la expresa: una modestia agresiva—. La obra que no has empezado es un campo a oscuras, por el que corres con una antorcha. Pero luego, por este lado tropiezas con una pared; por aquél, corres hasta perder el *soplo*, pero por el otro, te enganchas en una alambrada… Te das perfecta cuenta de los defectos de tus obras, pero eres incapaz de resolverlos, y eso es tan deprimente que a veces, aunque te mueras de ganas de empezar un cuadro, que en tu imaginación ves clarísimo, no lo haces porque te desanimas de antemano… A veces tengo la sensación de haberme encaprichado de una joya que ni siquiera es de verdad, sino de papel de plata y cristales de colores, pero que vale un precio desorbitado. Y yo pago ese precio para comprar un espejismo.

—Sí, claro, pero… ¿tú no sabes lo que echamos de menos ese espejismo quienes no lo tenemos? —exclamo, interrumpiéndola—. Y tú lo tienes, lo has conquistado, es tuyo.

Si tu te fais alouette, alouette dans les champs / Je me ferai chasseur pour t'avoir en chassant…

—*¡Pero no!* Ese espejismo nunca lo conquistas. Imaginas lo que quieres pintar, lo ves, y esa visión te guía; te acercas a ella, pero nunca la alcanzas. Tu visión es en colores, pero en tu paleta sólo hay blanco y negro. Nunca lo consigues del todo, y nunca te resignas tampoco. Sigues intentándolo hasta que te mueres, seguro.

—No es sólo un espejismo —insisto yo—. Esto es real —señalo los cuadros—. Los demás tenemos la impresión de que la vida se nos escurre entre las manos, de que pasamos por ella sin dejar rastro, como fantasmas cruzando las paredes…

—¿Cómo puedes decir eso si tienes hijos? —salta Tina, sorprendiéndome.

—Bueno… una obra es tuya, mientras que los hijos… No son de una, sólo pasan por una, como por un puente.

—Con los cuadros es lo mismo. No eres más que un intermediario. Cuando llevas mucho tiempo trabajando en algo, cuando te obsesionas, llega un momento en que te das cuenta, te dices: yo soy la mano que pinta ese cuadro. No eres nada más… Lo curioso, y esto es algo que me ha costado mucho entender, y es lo que me consuela, es que eso que tú querías poner en el cuadro y no lo has conseguido, lo pone el espectador. Es como si el cuadro fuera una llave: a ti te ha servido para abrir un baúl que tenías dentro, y

al que mira el cuadro le sirve para abrir otro baúl, el suyo.

—O sea que esa pacotilla que para ti es oro, también es oro para los demás…

—No lo había pensado —dice Tina riéndose, y me siento puerilmente orgullosa. A su vez, eso me pone triste. ¿Es que nunca voy a conseguir comportarme como una igual con ella?

—Oye, y sin querer ser indiscreta, ¿cómo te ganas la vida?

—Pues… he hecho un poco de todo —suspira Tina, y mentalmente anoto en la lista de cambios uno más: ese suspiro leve, de resignación, o al menos de aceptación, nunca se lo había oído—. Ahora no me puedo quejar, tuve una pequeña beca, hace un año gané un concurso, dibujo retratos para una revista… Pero hubo una época espantosa, cuando se me estaban acabando los ahorros y no tenía ningún otro ingreso.

—¿Y entonces, qué hiciste?

—Pasé unos meses procurando gastar lo mínimo, mínimo, mínimo… figúrate que las bolsitas de té las usaba varias veces… y viviendo de… ¿cómo dices en español *expédients*?

—Yo diría *trabajillos*.

—Pues eso, trabajillos, cosas rarísimas…

—¿Como por ejemplo?

—Pues por ejemplo, pasar el día de Navidad con personas que viven solas. Viejos amargados que te tratan a patadas, como si tú fueras ese hijo o esos nietos que ni siquiera ese día han ido a verles… Yo me he hecho a la idea de pasar la vejez sola. No me da ningún miedo. Lo único que pido es poder seguir pintando.

Me sorprende su estoicismo y lo admiro. Pienso cuánto me costaría a mí pasar una vejez solitaria, perder el tesoro del que ahora disfruto. Pienso en el miedo, que es la otra cara de la alegría, pienso en todas las emociones nuevas que he descubierto en los últimos años, algunas terribles… Quizá no tener hijos difumina el contraste entre las distintas edades de la vida, quizá le preserva a uno del dolor, al preservarle del amor. ¿Es ése el precio de una serenidad como la suya?… Pero no, qué digo. Tina conoce el amor, claro que sí, incluso en sus aspectos más terribles. Si antes, cuando me hice esa pregunta, dudé, fue porque sólo pensé en el amor a las personas. Y lo que Tina ama, con cariño, con sensualidad, con abnegación, incondicionalmente, es la pintura.

—Voy a ver qué podemos comer —dice Tina, levantándose, y desaparece detrás del biombo.

Sentada en el sillón de mimbre, miro otra vez los cuadros, con su pasamanería y sus lentejuelas, y me acuerdo de la mercería de Brétigny. Hace poco han puesto en el escaparate unos jerséis de perlé, uno blanco y azul, otro verde con lunares rojos. El otro día me quedé mirándolos: parecía que quien se los pusiera se convertiría en nube o en cerezo… Y los ovillos de lana, las cintas de colores, los botones de azabache como pupilas, de nácar como escamas de sirena, de cristal coloreado como caramelos… Pero el espíritu que en mí se maravillaba con tan poca cosa, el que soñaba contemplando el deshabitado salón con mesita y tresillo ante el escaparate de una tienda de muebles, encontraba inquietante la inmovilidad de los maniquíes y admiraba la transparencia verde que proyecta en la acera la cruz de plástico de una farmacia, ese espíritu ha muerto: lo ha aplastado el otro, el que sabe perfectamente qué es, cómo se llama, para qué sirve y cuánto cuesta. Para mí no hay ya otra luz que la blanca y plana de la madurez, luz sin misterio, de supermercado, de hospital. Mientras que Tina tiene una ventana abierta por la que sigue contemplando aquella luz de fervor, de ambigüedad, de sugerencia, que durante los primeros años de la vida ilumina hasta las cosas más nimias…

Recuerdo la última vez que paseé por las Ramblas, no hace mucho. Llevaba a Clara de la mano y a Oriol en el cochecito. Y me vino a la memoria toda aquella turbulencia, aquella angustia, aquella exaltación que teñía los innumerables paseos de Tina y yo por aquel mismo lugar. Pero ¿qué imaginábamos?, me pregunté con sorpresa. ¿Qué esperábamos, qué temíamos, qué buscábamos? Y sentí el alfilerazo de una duda: ¿y si a fin de cuentas existiera esa otra vida más intensa, más plena, más total… y yo la hubiera dejado pasar?

—Espero que te guste el cuscús de lata —me dice Tina desde detrás del biombo—. Se hace muy rápido y no sale del todo mal. No queda sal, voy a bajar a comprar.

Antes de que haya podido decirle, recordando su misteriosa cojera, que no se moleste, que puedo bajar yo, oigo el chasquido de la puerta.

Aprovecho que estoy sola para acercarme a los cuadros. La presencia de Tina me cohibía; sabía, además, que si no me gustaban, no tendría valor para decírselo. Aunque lo cierto es que me gustan… ¿Alguna vez me consolaré de no haber tenido la perseverancia, la valentía, la temeridad quizá, de dedicarme a escribir? Si me hubiera arriesgado… Ahora poseería un tesoro como el de ella, un mundo portátil, a mi medida, en el que podría encerrarme con llave. Pero es demasiado tarde. Ser mayor es esto: saber que lo perdido se ha perdido para siempre. Y en momentos como éste, en que el dolor es casi físico, quisiera ser, no mayor, sino muy mayor, con la vida ya irremediablemente hecha, las espinas limadas por el tiempo, la acidez disuelta, como el placer, en una soñolienta indiferencia.

Me detengo en uno de los cuadros, el que representa un fregadero de cocina, cuyo grifo gotea; las gotas han formado en la pila un charco, que se convierte en un lago con cisnes. El cuadro muestra sólo una pequeña parte de ese lago, el inicio de la metamorfosis; los cisnes, alejándose, parecen señalar un camino; uno de ellos, el último, vuelve la cabeza, como para ver si le seguimos.

Ahora que lo observo con atención, sorprendo algo que no había visto la primera vez, engañada por el tono poético —que me había parecido un poco almibarado— del conjunto: ese cisne que nos mira tiene los ojos rojos, encendidos, y dientes afilados en el pico entreabierto.

Vuelvo a mirarlo con asombro y reviso los demás cuadros. Y en todos encuentro algún detalle que me había pasado por alto. La estatua en el jardín —un efebo de mármol— tiene colmillos. Una de las nubes del crepúsculo que se vislumbra a lo lejos entre dos muros urbanos se está desgarrando —¿o desangrando?— y por el desgarro asoma… no se sabe muy bien qué. Me acerco al cuadro que representa un lienzo y tengo la angustiosa sensación de que el bulto que recubre es humano, como un cadáver tapado con una sábana. Entre los abalorios y las lentejuelas que fluyen de la caracola, hay también mondaduras de patata, un algodón manchado de rojo, pedazos de hojalata aplastada… Y de pronto me doy cuenta de que en la esquina del cuadro hay una figura diminuta: una silueta alada que cae de cabeza… ¿de un castillo?, ¿de una roca?…

—¡Hola! —exclama Tina abriendo la puerta, y yo contesto «¡Hola!» precipitadamente, y mientras me aparto del cuadro y me siento en el sofá-cama, percibo con horror que me he manchado de pintura roja la manga derecha de la blusa.

Rápidamente busco la mejor manera de sentarme: sí, así, medio echada, apoyada con negligencia sobre el codo, de modo que la manga culpable quede pegada al respaldo… aunque no demasiado cerca, que podría mancharlo…

Se oye un breve trajín detrás del biombo —un pie firme, un pie arrastrado, alternando—, y ahora asoma Tina, con una bandeja en la mano; Tina mirándome con sus ojos verdes demasiado redondos, con una ceja alzada y la otra fruncida y el labio inferior húmedo y reluciente, excesivamente rojo, Tina terrible como un demonio tibetano, Tina que fuerza una sonrisa y dice:

—¿Y bien? No me has contado… ¿Qué tal es André como marido?

Me enderezo casi de un salto, como el combatiente esquivando un golpe. Noto que me arde la cara.

—¿Cómo lo sabes?

Tina se ríe de mi sorpresa, y observo con alivio que es una risa sin rencor. O eso me parece.

—Por el anillo.

—¿Qué anillo?

—Ése, cuál va a ser.

Las dos miramos el anillo que llevo en el anular izquierdo, junto a la alianza. Un anillo muy discreto, de plata, con un diminuto brillante.

—Yo conocí a la abuela de André, ¿no lo sabías? Y me había fijado en ese anillo. Ella lo llevaba en el meñique porque tenía las manos hinchadas por la mala circulación.

Asiento con la cabeza, mientras voy atando cabos. Cuando volví a ver a André, en abril de 1980, su abuela acababa de morir y le había legado ese anillo. Mejor dicho, se lo había entregado, estando ya enferma, encomendándole expresamente que se lo regalase a la mujer con la que se casara. Él era su único nieto. André me lo dio la tercera vez que estuvo en Barcelona, cuando decidimos que viviríamos juntos. Es decir, en el verano de 1981, poco antes de mi encuentro con Tina en La Puñalada.

De pronto comprendo la razón de que Tina aquel día no me hiciera la menor pregunta, y me avergüenzo de la injusticia que cometí atribuyéndolo a su egocentrismo.

—Me llamó él —explico, a la defensiva—. Estaba de paso en Barcelona —miento a medias—, no tenía nada que hacer y buscó mi teléfono en el listín.

Tina me interrumpe, encogiéndose de hombros:

—¿Te sirvo?

—Sí, gracias…

Nos quedamos en silencio, y me vienen a la memoria imágenes de André, retazos de aquel primer día. Habíamos quedado a las ocho de la tarde en Santa María del Mar, y allí estaba, de pie en la escalinata —siempre observador, siempre distante, siempre buscando las alturas—, enmarcado por el portal gótico. Me tendió la mano, y mientras se la estrechaba, muy correctitos los dos, todo mi cuerpo reclamaba a gritos disfrutar de esa mano. Aquella primera cena, en un restaurante del barrio de la Ribera, en la que el nombre de Tina no fue pronunciado una sola vez. Un silencio que para mí era respuesta suficiente a la pregunta que no llegué a formular.

Pero André estaba tan reservado, tan serio… Tan perfecto en su papel de hombre de negocios aprovechando una noche libre para ver a una persona que por azar conoce en esa ciudad, que yo tenía que repetirme a cada tanto que el 23 de abril es festivo en Barcelona… ¿Y si yo le estaba defraudando? ¿Y si había cambiado de idea y ahora sólo esperaba que aquello terminara de una vez?… No, no era posible. La risa en los ojos vivaces, los labios en relieve, que yo me moría de ganas de probar, imaginándolos cálidos y dulces, desmentían la seriedad impersonal de su traje y corbata. Después de cenar, seguramente, me propondría ir a dar un paseo. Bajaríamos por las Ramblas, entre farolas malvas, lánguidas, farolas cómplices que nos abrirían paso. Llegaríamos al puerto, arropados por una oscuridad acogedora… Nos acercaríamos al agua, silenciosa, anhelante y llena de secretos. *Si tu te jais anguille, anguille dans l'étang*… Miraríamos el mar sin decir nada, hasta que él…

«¿Te acompaño a casa?», preguntó, en un tono absolutamente neutro, después de pagar la cuenta.

«Ah… muy bien», repliqué levantándome y volviéndome un poco, para restregarme los ojos. Me escocían de decepción y de despecho. Qué mal le conocía entonces, qué poco sabía de su prudencia, de su orgullo y de su timidez.

Fuimos a pie; mi casa no estaba lejos. Caminando a su lado, yo admiraba de reojo su espalda erguida, su andar recto. Como un tronco de sólidas raíces. Y yo, despeinada por el viento que olía a sal, era las ramas y las hojas, y sólo quería una cosa: que con la puerta cerrada a doble llave y la lámpara encendida debajo de la cama, me hiciera florecer, esa noche y todas las noches de mi vida.

Me tendió la mano, formal como un eclesiástico. *Sí tu te fais nonnette, nonnette dans un couvent…* Mi futuro, mi amor, mi vida, se tambaleaba al borde del barranco. No cogí su mano: le eché los brazos al cuello.

La voz agria de Tina me arranca de la ensoñación.

—¿Nunca has pensado —pregunta con frialdad— que hiciste conmigo lo mismo que la criada con tu madre?

La observación me deja sin habla. No puedo negar que salta a la vista y sin embargo, es cierto que no se me había ocurrido. Me defiendo ciegamente:

—¿Cómo te atreves a compararlo? André y yo no engañamos a nadie, jamás hubo mentiras ni golpes bajos…

—Si no te parece un golpe bajo que tú le contaras, aquel verano en Thonon, lo mío con Ernesto… Yo nunca le había dicho nada, no era cosa suya.

Vuelvo a enmudecer: es verdad, y lo había olvidado completamente. Pero contraataco:

—Y ya que hablamos de Ernesto, ¿a ti nunca se te ocurrió pensar que lo que hice con André es muy parecido a lo que tú hiciste con Ernesto?

—No es lo mismo —replica ella—. André era mi gran amor desde los quince años, por más que fuese una inmensa equivocación, mientras que lo tuyo con Ernesto era *infantillaje*.

—*Chiquillada* —corrijo con acritud.

—Como quieras. No pretenderás convencerme de que Ernesto era el amor de tu vida.

Me revuelvo en el asiento con furia. No puedo soportar a Tina, no puedo soportar esa certeza, llena de suficiencia, de que ella,

siempre ella, sólo ella, tiene razón…

—Cuánto te gusta tener la última palabra —murmuro con despecho.

Nunca me había peleado con Tina, nunca. Nunca había intentado tener razón contra ella. Siempre temí su ira. Ya era bastante soportar su desinterés, esos *mmm…* distraídos mientras yo hablaba, las interrupciones que demostraban que no me había estado escuchando… Y ahora temo que su venganza me destruya, que me aniquile. ¿Y si me levantara y me fuera? ¿Y si la dejara, groseramente, con la palabra en la boca?

Se me están saltando las lágrimas, y para disimularlo, miro por la ventana. Las bandejas con la comida siguen en la mesita, intactas. Tina se levanta y cuando vuelve, con un paquete de cigarrillos, yo he conseguido serenarme un poco. Nos miramos sin sonreír, tanteando el terreno.

—Vamos a ver, Tina —empiezo, intentando controlar mi voz—. Me parece que no has entendido… ¿No viste que…? —Y caigo en la cuenta de que es la misma frase que me dijo André la noche del 23 de abril: «Eli, no entendiste nada. ¿No viste que yo, desde que nos conocimos…?», y al explicarle yo que había ocultado mis sentimientos, se rió: «Los ocultaste tan bien que no los descubrí ni yo»… Comprendo, de pronto, que la única que se dio cuenta de todo, aquel mes de julio de 1976 en Thonon, fue Tina.

—Tú sabes, tienes que saber, Tina, no eres tonta, estoy segura de que tú desde el primer momento te diste cuenta de que yo me estaba enamorando de André. Pero no hice nada, ¿o es que no me vas a reconocer ese mérito? Llámalo respeto, principios, llámalo cobardía o como te dé la gana, pero lo cierto, Tina, lo irrefutable, es que yo te dejé libre el camino, que desaparecí. Me fui, volví a Barcelona, me tragué los celos, pasé unos años horrorosos… No sólo por eso, claro —añado, en un intento de ser imparcial o quizá de enfriar mis palabras, por miedo a que todo explote—… La vida adulta se me vino encima de golpe, el tener que ganarme la vida, la euforia política que se quedó en nada, mis sueños literarios fracasados, las aventuras de una noche o de un mes que eran siempre tan tristes al final… Tú tuviste tu oportunidad, tú tuviste a André y tú le perdiste, o le dejaste o no te interesó… Porque vamos a ver, si te duele que yo me haya casado con André, dime, ¿no es

puramente por orgullo? Porque tú a André… él representa un fracaso en tu vida, por eso te duele, pero quererle, no le querías, no le has querido nunca. —Y me muerdo la lengua cuando estaba a punto de añadir: no sabes lo que es querer.

Tina no dice nada. Seria, grande y callada, vestida de colores, como un tótem, se encastilla en una seriedad que casi me da miedo. Pero ya he empezado, y ahora no puedo dejar de formular la pregunta que me roe desde que vi que cojeaba, y se la hago a quemarropa:

—Dime: ¿cuándo te caíste de la roca?

Si me dice: en septiembre, o en octubre, de 1981… no sé qué haré. Se me ocurre la loca idea de devolverle el anillo, como prenda de un pasado que le pertenece y que yo usurpé… Espero la respuesta temblando… y al mismo tiempo, aunque sea terrible… quizá… quizá no me disgustaría del todo saber que he sido tan importante para ella… que estuve a punto de costarle la vida. Siento vergüenza, mientras espero ansiosamente sus palabras.

Tina se vuelve hacia mí sinceramente sorprendida:

—La semana pasada, en Thonon, ¿por qué?

—No, por nada, porque hacía rato que te lo quería preguntar —contesto, sonrojándome como si ella pudiera leerme el pensamiento; y prosigo atropelladamente—: Yo siempre te he admirado mucho, eso ya lo sabes, pero me parecía que… que tú no me escuchabas… o yo no me atrevía a decirte ciertas cosas… siempre hablabas como si… como si nadie pudiera tener razón fuera de… fuera de lo que tú piensas…

Tina me mira con una seriedad suave, y su cara, saliendo de la austera camiseta azul, me parece ahora antigua y sólida. Una cara de madera, y también de madera es su voz:

—Es posible, yo era entonces, espero no seguir siéndolo, muy egocéntrica y dogmática… Pero es que… —hace una pausa, suspira, y adivino que va a decir algo importante, que le cuesta decirme y que a mí me costará escuchar— tú me admirabas, como dices… pero me admirabas demasiado. Todo lo que yo hacía te parecía bien. Yo no podía contar contigo para criticarme —estoy a punto de replicar preguntándole si es que alguna vez soportó ella la menor crítica, pero prefiero escuchar hasta el final—, para hacerme ver lo que yo sola no podía ver, o no quería. Seguramente yo me había

buscado una amistad así porque en esa época necesitaba que me admirasen. Pero al mismo tiempo me incomodaba: me daba una mala impresión de mí misma, la de alguien que se rodea de personas que la halagan porque en el fondo duda de su propio valor… Yo estaba dividida en dos, a veces me encontraba a mí misma maravillosa y otras veces estaba segura de que nadie podía quererme, de que sería siempre desgraciada. Y tú me ayudabas a creer que era maravillosa, pero yo tenía la impresión de haber hecho trampa, de haberme buscado un espejo favorecedor. No sé si te diste cuenta, pero durante mucho tiempo me esforcé en que nuestra amistad fuera más igualitaria, en hacerte hablar de ti —¿será posible?… no creo que mienta, pero no recuerdo nada parecido—, pero no había manera, parecía que tus cosas a ti misma no te interesaban, y al final me cansé de intentarlo. También podría decirte, Eli, si tengo que ser absolutamente sincera —me encojo, como tapándome la cabeza con las manos: ¿qué va a decir?…—, que notaba en ti algo que no era deliberado —se apresura a matizar—, pero que existía, y es que tenías, respecto a mí, un… un resentimiento… del que tú no eras consciente sin duda, pero a mí me daba miedo, pensaba que algún día surgiría y me haría daño… Y mientras tanto, tu actitud tan sumisa, tan admirativa… para decírtelo todo —noto que hace un esfuerzo por vaciar el saco hasta el fondo—, llegaba a avergonzarme. Por eso dejé morir nuestra amistad, por eso no insistí cuando no contestaste a mi última carta.

La carta que me entregó mi madre un día que había ido a verla —yo no había comunicado a Tina mi nueva dirección— y que tiré rabiosamente, sin abrirla, a la primera papelera que encontré por la calle… Me sonrojo, mintiendo precipitadamente, sin darme tiempo a pensar que tal vez sería mejor, ya que estamos en ello, decir la verdad:

—¿Qué carta? No la recibí —y añado, servil—: Como había cambiado de domicilio…

—*Ah bon?*… —exlama Tina, y añade impulsivamente—: ¡Y yo que pensaba que no me habías contestado porque lo que te contaba te parecía tan mal, tan mal, que no querías volver a hablar conmigo!

La frase me deja estupefacta. Bien mirado, confirma mis sospechas. ¿O me equivoco, es otra cosa…? Pero Tina se ha dado

cuenta de mi sorpresa y sonrojándose —cosa en ella rarísima— añade, tras una breve pausa:

—¿Asíque no sabespor qué nos separamos André y yo?… Te lo tiene que haber contado André…

—No me ha contado nada. Te lo juro. Ya sabes lo reservado que es.

Tina suspira, mirándome. Veo a su través: se está preguntando si me lo va a contar… y decide que no. Me contará otra cosa.

—Lo que me pasó con André —empieza; tengo la sensación de que está improvisando— es que… para mí, André era una garantía contra los desastres de… mis aventuras y todo eso. Después de lo de Ernesto, que me había hecho sufrir tanto, André representaba la paz.

Yo estoy recordando las palabras de André (¿pero eran sinceras?…), André por primera vez en mi casa, en mi dormitorio, besándome, aquel 23 de abril: «Eli, no entendiste nada… Yo flirteaba con ella para provocarte, para ver si reaccionabas…».

—Pero enseguida se me hizo insoportable —prosigue Tina—. Era tan insípido todo… Hay algo que André no sabe —estoy a punto de asegurarle que no seré yo quien se lo diga, pero me callo: la aclaración, de puro inútil, resultaría casi ofensiva—, y es que al poco tiempo de estar con él, ya salía con otros hombres. Me aburría.

¿Será eso lo que me contaba en aquella carta? No, no puede ser sólo eso. Tina nunca ha hecho de la fidelidad cuestión de principios. Más bien exhibía sus conquistas, las contaba, hacía muescas en un fusil, como cantaba Janis Joplin: *Some girls they want to collect their men. / They wear them like notches on a gun…*

Oh honey, but I know better than that. / I know that a woman only needs one, one good man… I don’t want much out of life / I never wanted a mansion in the south / I just want to find one good man…

—Pero hubo otro motivo —prosigue Tina—, el que realmente me hizo tomar la decisión. Y es que me di cuenta de que si seguía con él no pintaría nunca, ¿entiendes? De que llevaríamos una vida… una vida… —está buscando, lo noto y se lo agradezco, un adjetivo que no me hiera— sin interés… para mí, claro —se apresura a añadir—. Me acuerdo de un día, ese verano, el del setenta y seis, en que estábamos en una piscina en Ginebra, éramos

los últimos, se estaba poniendo el sol… era bellísimo… cada vez que llegaba al final de la piscina y daba media vuelta veía cómo el cielo y su reflejo en el agua habían cambiado de color… y yo no sentía nada, ¿entiendes?, estaba dejando pasar ese momento sin retenerlo, sin hacerlo mío, lo miraba distraídamente mientras pensaba en la cena o no sé qué… ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza, agobiada por su ansioso bombardeo de «¿entiendes?». Como la Tina de hace quince años, apremiante, esa que, si el interlocutor no le daba la razón, parecía dispuesta a zarandearle agarrándole por las solapas. Pienso en mi vocación fallida, en aquella idea de mí misma como escritora, dispuesta a sacrificar la felicidad al arte… y en lo agradecida que estoy a André por haberme salvado de esa identidad falsa, vanidosa y llena de sufrimiento, en la que estuve a punto de extraviarme. Comprendo de pronto que si Tina ha rechazado la vida que yo llevo, yo también he rechazado la suya. La rechacé con mis actos, pero me ha costado quince años —y un reencuentro— entenderlo y aceptarlo. Siento algo casi físico: me enderezo, respiro mejor, con alegría, como si hubiera desaparecido de pronto un peso que me oprimía.

—Hay algo —dice Tina— que siempre te he envidiado… —Y antes de que yo pueda gritar: «¿cómo dices?», explica—: Siempre pensé que a ti te sería más fácil ser feliz.

—¿Tú crees? —murmuro, y me echo a llorar.

Tina fuma mirando hacia la ventana, mientras da golpecitos al suelo con la punta del pie para mover la mecedora.

—¿Tienes un pañuelo?…

Tina va a buscarlo y cuando me lo da, propone, con una voz leve como el contacto de la mano que venda con la herida:

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

—Vale —acepto mientras me enjugo las lágrimas.

En la puerta, casi tropezamos. Nuestros ojos se encuentran. Y hay tantas cosas en esa mirada que cruzamos, tantas cosas…

SEIS

EL cielo está despejado ahora: hace un tiempo delicioso. Un tiempo de primavera recién salida del invierno, un tiempo de perspectivas azules, de cúpulas doradas y estatuas de mármol, uno de esos días de ventanas abiertas y ramos de flores encima de las cómodas, en que todos andamos un poco desquiciados, anhelantes e inquietos, tropezando con los muebles, mientras las nubes se desperezan en los espejos y la brisa ríe y agita las cortinas y se oye algún portazo, algún estrépito lejano, como un rumor de mástiles cuando sopla el viento, y huele a mar y a jardines, a fresco y a amarillo.

Hemos subido hasta la place du Tertre por calles empedradas, por escaleras, junto a una viña —la única viña, me explica Tina, que todavía queda en París— entre fachadas cubiertas de hiedra y casas pintadas de rosa, calles con banderolas y altos muros de los que sobresalen árboles. Es un París pintoresco y antiguo, de obreros con camiseta y boina, de cabarés y artistas tísicos, de *titis parisiens* con bastón y botines de charol, de *demi-mondaines* y *becs de gaz,* de vino tinto y *patronnes* pechugonas llamadas Mimine o Georgette, el París que yo soñaba cuando leía a Pagnol y a Verlaine, veía las películas de Carné o escuchaba a Edith Piaf, a Barbara, a Brassens… Canturreo: *Les amoureux qui s'bécottent sur les bancs publics, bancs publics, bancs publics*… Tina me hace coro, pero las dos hemos olvidado el resto de la letra.

—Rimaba con *pathétique*, me parece —dice Tina.

—¿Con *pathétique*? Quizá, en alguna estrofa… pero terminaba en *sympathique*. Espera, ya me acuerdo: *Ils ont des gueules bien sympathiques*. Los enamorados que se besuquean en los bancos

públicos / tienen unas caritas muy simpáticas… En español no rima.

—Pero es una canción nostálgica —insiste Tina—. Habla de cómo luego viene la rutina y todo eso.

Me encojo de hombros:

—Hay rutinas muy agradables.

Tina no dice nada. Yo pienso en André: tengo de pronto unas ganas irresistibles de venir aquí con él. Pasearíamos abrazados, sin pensar en nada, uno empujando a Oriol en el cochecito, el otro con Clara de la mano, frenando el paso para adaptarlo a sus pasitos diminutos, entusiastas, jadeantes.

Ahora estamos medio echadas, apoyadas sobre los codos —yo, a la derecha de Tina; sería más sencillo ponerme la chaqueta, pero quedaría raro con este calor—, tomando el sol, en la escalinata del Sacré Coeur. Hace un tiempo dulce, dulcísimo, de azúcar, y me arrellano voluptuosamente, prolongando el silencio. Me acordaréde este momento: en medio del camino, en el fiel de la balanza. Uno de esos instantes rarísimos, preciosos, en que alzándonos por encima de las labores cotidianas, desde un mirador, fugazmente, contemplamos nuestra vida: aquellos pedregales que nos parecieron eternos, los huertos que estamos sembrando, los árboles en flor, los que ya han dado fruto, las tierras en barbecho… Siento una inmensa gratitud hacia Tina, porque de ella he aprendido a mirar alrededor.

Recuerdo la primera vez que me senté en esta escalera, con Tina, en julio de 1976. Era un día muy caluroso, y casi nos acostamos sobre los escalones para refrescarnos. A nuestras espaldas, alguien tocaba flautas y guitarras andinas, y por todas partes había chicos de nuestra edad, como estatuas milagrosamente vivas y acariciables… En medio del colorido, de la algarabía, del olor a *crêpes*, la amplia escalinata resonaba y reverberaba, como una cascada en la que nos bañáramos desnudas. Me vino a la mente aquella escena de Balzac en que el protagonista, un provinciano, contemplando la ciudad al alba, exclama desafiante: «*À nous deux maintenant!*». Yo también, aquel día de julio, junto a Tina, libres y felices, sentadas en los escalones como en un umbral radiante, yo también le habría dicho a París, a la vida, al universo: «¡Ahora tú y yo, cara a cara!»…

No sabíamos, ni ella ni yo, cuánto íbamos a tener que luchar. ¿Contra qué? No sé cómo llamarle: las circunstancias, la realidad, la vida… Habíamos creído que todo nos sería regalado, que sólo tendríamos que elegir y rechazar con desgana. Y en vez de eso, tuvimos que arrancar, con las uñas sangrantes, que pelear a brazo partido, a golpes y arañazos, desesperando a veces… Tiempo de luchar: años… ¿hasta vencer?, ¿hasta aceptar la derrota? Las dos cosas. Y entonces llega —ha llegado, para ella y para mí— el tiempo de abrazar. Miro de reojo a Tina: con los ojos cerrados, toda curvas y azules, sensual como una gata ronroneando al sol… A fin de cuentas, me parece, es feliz. Humildemente feliz… De pronto comprendo cuál es la respuesta a la pregunta que me hice en las Ramblas: existe esa vida intensa que soñábamos; sólo que de ella no se puede —nadie puede— tener y disfrutar más que un pedacito.

Me desperezo, como si esta tarde radiante me tuviera entre sus brazos, y tarareo una canción de Barbara: *Est-ce la main de Dieu, est-ce la main du diable / Qui a tissé le ciel de ce beau matin-là?*

Est-ce Dieu, est-ce le diable ou les deux a la fois / Qui un jour s'unissant ont fait ce printemps-là?

Est-ce l'un, est-ce l'autre? / Vraiment je ne sais pas / Mais pour tant de beauté merci et chapeau bas. Et pour cet amour-la merci et chapeau bas.

Merci, et chapeau bas.

—¿Tomamos un café? —propone Tina.

El café se llama *L'Été en Pente Douce*, el verano en pendiente suave, y estáen una placita con vistas a París, entre escaleras: unas suben al Sacré Coeur, otras bajan a la ciudad, que el atardecer está empezando a colorear de malva y de dorado. Nos sentamos —yo a la derecha de Tina— y pedimos café. Tina fija la vista en París, absorta en sus pensamientos, mientras yo la miro de reojo, admirando sin querer, una vez más, esa belleza suya —los ojos verdes, el reluciente pelo castaño, la espalda erguida, las manos suaves y afiladas cruzadas bajo la barbilla— que ella nunca apreció: atraía a los hombres por un malentendido.

Recordando cuánto detesta que la miren, aparto los ojos y me reclino en la silla. ¿Quién debe ser, me pregunto, el fumador de

Gitanes? ¿Le habrá hecho olvidar a André? ¿Qué recuerdo guarda de él? ¿Y por qué no quiere contarme el motivo de su ruptura? Ahora que lo pienso, lo de la piscina data de 1976, cuando ella estaba aún muy lejos de decidir dejarlo todo para pintar, decisión que no tomaría hasta 1985.

Nos traen el café. Yo me incorporo; Tina se acerca a la mesa, y mientras enciende un cigarrillo, me espeta:

—¿Te puedo hacer una pregunta indiscreta?

—Cómo no, *ma chère* —digo sonriendo. Tina sonríe a su vez, pero sin darse cuenta frunce el ceño.

—¿Qué fue —noto que intenta controlar su voz pero no lo consigue del todo, como un caballo que se le encabritara por más que ella tirase de las riendas—, qué fue lo que te atrajo de André?

Es decir, si hubo —traduzco— algo más que el triunfo de quitárselo… Tengo que contestarle, claro, pero ¿cómo? ¿Qué nombre darle a eso que André irradiaba y que desde el primer momento me imantó?

—Bueno, creo que… era la primera vez que conocía a un hombre que… no sé cómo decir… que en vez de exhibirse se escondía, que tenía algo misterioso.

—Mmm… ¿Y has descubierto cuál es el misterio?

Me muerdo los labios, exasperada. Pero he de ser paciente…

—A André nunca se le llega a conocer —le explico, refrenando las ganas de añadir: no se deja destripar, disecar y etiquetar, como a ti te gusta—. Hay algo en él… mudo, hasta para sí mismo. Pero no es que oculte algo concreto, que se pueda decir en una frase.

Tina no suelta la presa:

—¿Y qué tal os va? —dice en el mismo tono falsamente despreocupado.

—Bien, gracias —contesto con retintín. Y Tina, cosa rara, se disculpa:

—Perdona —dice sonriendo—, ya sé que soy como un elefante en una tienda de porcelanas.

—Un caballo en una cacharrería, diríamos en español. —Y se hace un silencio.

Qué tal nos va… Curiosa paradoja la de alguien como Tina, que conoce los países más exóticos, las situaciones más enrevesadas, los más diversos papeles, pero a quien ha sido negado conocer lo más

común: como los reyes y reinas, que pueden tenerlo todo, menos el humilde placer de sentarse a leer el periódico en una terraza de café.

Cómo nos va… ¿Cómo explicar, a quien no conoce el matrimonio, esa mezcla de…? De platos sucios, bombillas fundidas, cuentas y más cuentas… y abrazarse y reconocerse en la oscuridad murmurando frases que sólo pueden decirse en susurros y entre sábanas. De disputas, malas caras, zarpazos… y hacer planes, cogidos de la mano, para cuando nos jubilemos: viviremos en una casita con jardín, en pleno campo, y podaremos juntos los rosales, y seremos un par de viejecitos cursis que se dirán uno a otro: «¿Te traigo un jersey, cariño? ¿A qué hora quieres comer? ¿Te ayudo a subir la escalera?». De tardes enteras aparejando calcetines, preguntándose cómo, de las infinitas posibilidades que contiene el universo, ha ido una a caer nada menos que en ésa… y de morirse de risa un día en que para distraer a los niños en el coche nos pusimos a imitar animales: André mugía; yo rebuznaba; André ladraba; yo maullaba; André rugía; yo piaba; André cacareaba; yo zumbaba… Circulábamos por una carreterita de Provenza, hacía una mañana espléndida, nos reíamos los cuatro a mandíbula batiente y comprendí con sorpresa —porque jamás, cuando a los veinte años soñaba yo con la felicidad, se me había ocurrido representármela de esa manera— que estaba viviendo uno de los momentos más felices de mi vida.

—Pues voy a hacer yo también de caballo —le digo a Tina, para romper el silencio—: ¿Tienes novio?

—Pues claro, *ma chère*, qué preguntas tienes… ¿Me has conocido alguna vez sin novio?

—¿Si te he visto sin novio alguna vez?… Confieso que en general, más bien te he visto con más de uno.

—Con éste, aunque no te lo creas, mi único engaño es que hay noches que cuando le oigo subir por la escalera apago la luz como si no estuviera, porque una noche leyendo en la cama me parece un lujo exquisito…

—¡No me digas…! ¿Y quién es ese fenómeno?

Sonríe con esa expresión que es una de las novedades de esta Tina adulta: de buen humor. Un estado de ánimo al que hace quince años jamás se habría rebajado.

—Un marroquí, profesor de matemáticas en la universidad, siete años más joven que yo. Le conocí en el café Abbesses; vive por el barrio. Es un amante *súper*, el mejor que nunca he tenido.

—¿Mejor que Ernesto? —digo, por decir algo, para alejar del pensamiento la envidia que me ha dado siempre ese aspecto de la vida de Tina. Aunque a la vez, me incomoda ese hábito suyo, que por lo visto no ha perdido, de calibrar y apreciar a las personas con quienes se relaciona según su utilidad específica. ¿Con qué etiqueta debo figurar yo en su herbario?

—Pues claro. Ernesto era más rebuscado, siempre necesitaba cosas nuevas… Entonces, tienes que estar siempre inventando algo, te deja la impresión de que… ¿cómo dices *toi-même tu ne suffis pas*?

—Tú misma no eres suficiente, no bastas.

—Eso. Era angustioso. Con Mohamed al contrario tengo la sensación de que somos suficientes, incluso inagotables.

—Pero ¿es sólo un asunto de cama o hay algo más?

—Mmm… —resopla Tina, y su tonillo impaciente me devuelve una imagen de mí misma con rebeca azul marino, zapatos planos y medallita al cuello—. No son dos cosas separadas. El amor viene haciendo el amor —dictamina.

Me muerdo los labios para no replicarle que se está contradiciendo respecto a las consideraciones que me hizo antes sobre Ernesto. No quiero discutir y salgo por la tangente:

—Bueno… según las personas, ¿no? Yo guardo bastante mal recuerdo de la época en que me acostaba con cualquiera… te hablo de finales de los setenta… era lo que había que hacer, era… una rutina. Nos acostábamos todos con todos, por riguroso turno. —Y me viene a la memoria, una vez más, el diálogo con que terminaba el cuento de Maupassant: «Y ahora dígame, ¿para qué ha hecho usted todo esto?». «Para conocer el vicio.» «¿Y bien…?»

—Es que en una noche no… —dice ella, apartando mis objeciores con un gesto—. El placer requiere tiempo, requiere conocerse bien.

—Y en lo que a mí respecta —insisto, con una obstinación que no me conocía—, requiere estar enamorada.

—Para mí es al revés: me enamoro de quien me da placer.

—En fin… somos distintas —concluyo, y me sorprende lo que

acabo de decir y que suene tan sencillo—. ¿Sabes cómo fue que decidí poner punto final a todo eso?

—No, dime…

Me río, aunque en su momento lo que voy a contar no me pareció nada cómico:

—Fue exactamente el primero de enero de 1980. Una pareja de amigos míos me había invitado a pasar el fin de año en el Montseny en casa de un amigo suyo, soltero y sin pareja como yo. Estaba claro lo que Podía pasar… pero también podía no pasar, ¿no? Bueno, pues resulta que la cama que nuestro amable anfitrión había preparado para mí, sir haberme visto en su vida, era una plaza en la slya.

—*¡Olalá!* ¿Y qué pasó?

—Pasó lo que estaba previsto lo que caía por su propio peso, lo que exigía la versión *progre* de los buenos modales… Además, no había otra cama.

Nos echamos a reír.

—No me acuerdo ni de cómo se llamaba, ni de si era alto o bajo, gordo o flaco, ni por supuesto de cómo hacía el amor.

—Entonces, es que no lo hacía muy bien.

—Bueno… no sé, no soy ninguna experta.

—Mmm… Veo que los esfuerzos de la puta francesa fueron en vano…

—Oye, ¿no crees que ya va siendo hora de olvidar la pelea con mi madre? ¿Qué nos importan sus opiniones, si no les hemos hecho el menor caso?

—Pero tú… —empieza Tina, y su ceja alzada y la pausa que interrumpe su frase me hacen presagiar que va a decir algo que no va a gustarme—… tú finalmente… —adivino lo que va a venir y no me equivoco— has seguido su ejemplo, ¿no?

¿Cómo puede ser tan adulta en algunas cosas y tan adolescente en otras? Y yo, ¿voy a conseguir explicarle…?

—Mira, Tina… —empiezo, armándome de paciencia—, creo que confundes el envoltorio, la etiqueta, con el contenido. La diferencia es muy sencilla pero fundamental: yo he elegido libremente. Ella no, ella se pasaba la vida quejándose y no le faltaba razón. No había deseado lo que tenía. No había podido probar otra cosa: no pudo vivir sola, ni ganarse la vida con su trabajo, ni conocer otros

hombres. Y ahora que lo pienso mi padre tampoco fue del todo libre… En fin, la *carta verde*, aunque cayó en casa como una bomba, resultó ser lo mejor que les podía pasar. Les obligó a reconocer la verdad.

—A tu padre, de acuerdo, pero ¿a tu madre?

—A ella también. La diferencia es que mi padre mentía a sabiendas y mi madre sin saberlo, por falta de término de comparación.

Callamos. Tina se levanta para ir al lavabo —aprovechando su ausencia y que ha refrescado me apresuro a ponerme la chaqueta— y me quedo rumiando pensamientos agridulces. Qué difícil me resulta no estar de acuerdo con ella —y no ocultarlo ni temer su reacción—. Con André, en cambio, las diferencias son tan obvias que no ofenden… Pero me reconforta haber entendido que no tengo por qué imitar a Tina y despreciar a mi madre, ni someterme a mi madre y abominar de Tina.

—¿Sabes cuál era el problema con mi madre? —le digo cuando regresa—. No el hecho de que ella tuviera unas ideas y yo otras, sino que ella era como un muro que yo tenía que saltar para lanzarme a vivir. Un muro que ella había levantado con la mejor intención, para protegerme, como se protege o se protegía a sí misma: con el miedo. La libertad a ella no le inspiraba alegría, ni siquiera curiosidad, sino aprensión. Era una de esas personas que, si les das una bicicleta, sólo quieren saber si frena bien. Luego tuvo que ser libre a la fuerza y ha descubierto que no está tan mal…

—Mmm… Supongo que yo me hacía ilusiones sobre lo que es una madre y que esperaba mucho de la tuya. No me di cuenta de que ella me estaba utilizando para influir sobre ti, o al menos para saber cosas que tú no le contabas.

—Bueno, no era sólo eso, realmente tenía interés por ti, y simpatía… pero al mismo tiempo… estábamos en plena guerra larvada. Pero fueron sólo unos años. Antes, es un amor muy… —busco un adjetivo que no parezca cursi, mientras recuerdo cómo, de pequeña, cuando mi madre había salido, yo abría su armario para que me envolviera el perfume de su ropa; y recuerdo a la vez el olor de Oriol o el de Clara, dormidos, húmedos de sudor, arropados, en sus camas rodeadas de red, cuando subo la persiana y entra la luz a raudales: siento que he lanzado mis redes a la noche y he pescado

dos soles—. No sé cómo definirlo, es algo que no se parece a nada… Y después, después de la crisis, es algo así como una amistad, aunque diferente… una amistad no demasiado íntima —¿como todas las de la edad adulta?, se me ocurre pensar—, pero irrompible. Yo lo paso muy bien con ella cuando viene a pasar una temporada con nosotros. Es una persona inteligente y divertida… y además, así como tiene los defectos de las mujeres de su generación… también tiene las cualidades, como el desinterés, el hacer las cosas porque sí, por deber y por gusto, no porque sean rentables o prestigiosas, como cuidar a los hijos o a los nietos o a un pariente enfermo… o por amor al conocimiento… como la afición a leer, que es algo que le agradezco infinitamente.

—Mmm… Yo también me he convertido en una buena amiga de mi padre. Además, finalmente, estoy contenta de cómo soy y pienso que se lo debo a él, a cómo me ha educado… Pero primero ha sido necesario que él aceptara que yo no era su apoyo, ni la encamación de sus ambiciones. Algunos padres creen que los hijos van a vivir su vida, la de ellos, y ellos, la vida de los hijos, *por procuración*.

Hay cierta melancolía bajo el tono firme de Tina, y se me ocurre pensar que esa ambición que su padre proyectaba sobre ella, y que a mí me hacía notar, tan cruelmente, el desinterés del mío por mi futuro, tiene también su revés: Tina cree que sólo a su padre le ha costado renunciar a ese sueño de entendimiento perfecto, de satisfacción completa entre ellos dos, pero sospecho que también a ella le ha costado resignarse a no ser lo que su padre soñaba, a bajar del pedestal en que la había colocado.

—Tarde o temprano —añade Tina— te das cuenta de que los padres te quieren para siempre, sin condiciones, y no hay muchas personas de las que puedas decir lo mismo.

Cuento, en mi fuero interno, las personas a las que amo: cuatro, quizá cinco. Cinco entre dos mil millones. Y me digo a mí misma que no puedo, no quiero, no debo, desperdiciar la sexta.

Tina calla. Está declinando el sol y hace casi frío. Podría irme, quizá incluso debería, para no llegar muy tarde a casa, para dar la cena a los niños… Pero hay todavía demasiadas cosas que quiero hablar con ella. No sólo de su ruptura con André; no es eso lo que de veras me importa. Lo que quiero es poder hablar como sólo hablo con ella: de todo, de nada, de lo que salga… De lo que nunca

hablo con nadie porque ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Y si diéramos una vuelta? —propone Tina.

Hemos estado deambulando en silencio por el parque, siguiendo los senderos en zigzag, cruzando puentecitos y bajando escalones hechos con falsos troncos de cemento, y ahora estamos voluptuosamente echadas sobre un cuidadísimo césped al que la luz rasante de los últimos rayos del sol, fríos, dorados, da un brillo de esmeralda. Sé que recordaré este momento, que lo atesoraré y lo abriré para mirarlo de vez en cuando, como una joya guardada en un estuche.

—¿Cómo fue que dejaste el trabajo? —me pregunta Tina, que siempre ha sido incapaz de estar sin hacer nada y en silencio más de cinco minutos. Suspiro. Como hace quince años: esas preguntas abruptas, esa voracidad que todo lo tritura… Cuando volvíamos a vernos después de algún tiempo, yo sabía que ella iba a recibirme con un: «¿Qué hay de nuevo?», e intentaba tener preparada alguna historia original, alguna noticia sorprendente, como las sardinas que arroja el domador a los delfines.

—Bueno… Al principio, cuando tuve a Clara, me preocupaba mucho no… no fallar. Demostrar que no por ser madre, etcétera. Puse a la niña en una guardería, contraté a una canguro para la tarde… No la veíamos más que por la mañana, una hora escasa, y lo mismo por la noche. Y a mí me sabía tan mal…

—El típico sentimiento de culpa —sentencia Tina.

—No. No fue eso. Contra eso estaba prevenida. Lo que me cogió de sorpresa fue otra cosa. No sentía que estuviera faltando a un deber, sino perdiéndome una felicidad… regalándosela a unos desconocidos.

—Mmm… —murmura Tina, escéptica o despectiva o incómoda, no lo sé. Y eso me hace recordar la irritación que me producían a mí misma, hace años, esos padres recién estrenados, cuya exhibición de felicidad parecía estarnos diciendo a todos los demás que nuestras búsquedas, aspiraciones, perplejidades, nuestra insatisfacción perpetua, eran inútiles, un poco ridículas incluso. Esas mujeres absortas, ciegas y sordas al mundo, sin vacío alguno que llenar, embelesadas e imperiosas, que parecían haber hallado la justificación definitiva, rotunda, irrefutable, de su existencia…

Convertidas, si no en el centro del universo, al menos en su portavoz autorizado y exclusivo: No hagáis ruido, que el niño… Alguien tiene que ir ahora mismo a la farmacia, porque el niño… Nos tenemos que marchar: el niño…

—¿Y no te preocupa pensar que algún día te pelearás con tu hija como te pasó con tu madre?

Un caballo en una cacharrería, desde luego. Suspiro para mis adentros… Pero a la vez que me irrita, también le agradezco, debo confesarlo, que me obligue a formularme a mí misma sin ambages preguntas que nunca he querido afrontar cara a cara. Reflexiono un rato antes de responder.

—Al principio yo pensaba que… que eso no podía pasar porque si yo tenía una hija no le transmitiría todo ese rencor contra los hombres, ni la vigilaría, ni… Luego empecé a comprender que las peleas, si no son por ese motivo, serán por otro… y eso me desanimaba tanto que durante años no tuve ganas de tener hijos… o un hijo sí, pero ¿y si era una hija?… Pero ¿sabes?, al final he aceptado que nos toca vivir ciertas etapas, representar papeles que hasta cierto punto están predeterminados. No queda más remedio.

—Mmm… —asiente Tina, con ese gesto afirmativo de la cabeza que tan bien conozco: pretende ser cortés, pero deja al descubierto su impaciencia. Y es que ella ha elegido otra cosa. No ha querido someterse a esos papeles de los que estoy hablando. Pero yo sí, y tengo que asumirlos sin reservas, por entero. Y sigo hablando, quizá más para mí misma que para ella:

—Yo sé que me toca ser para mis hijos, entre otras muchas cosas, la pared contra la que han de golpearse o que tienen que saltar. Conmigo tienen que aprender el amor, el desacuerdo, la complicidad… el enfrentamiento, la rivalidad, la reconciliación… la negociación, la cordialidad distante… tienen que ensayar toda la gama. ¿Con quién si no?

—Precisamente una cosa que nunca pude conseguir con mi padre hasta hace pocos años fue el desacuerdo. Hiciera lo que hiciese, dijera lo que dijese, él siempre aseguraba que pensaba lo mismo que yo. Era desesperante.

—Sí, recuerdo esas pesadillas que me contabas… eso de que te ibas a Johannesburgo o a Pekín y al llegar a tu habitación de hotel te lo encontrabas esperándote.

Tina asiente sin crispación y nos quedamos en silencio, hasta que salta:

—Por cierto, ¿qué es eso que me dijiste antes, de que trabajaste con Sati? ¿Qué se ha hecho de él?

—¡Huy!… Se ha convertido en un personajillo intrigante, adulador con los poderosos, despótico con los subordinados… El poder que no pudo ejercer en la gran política lo ejerce en el politiqueo de una ernpresita de veinte empleados.

—¿Está casado?

—Sí, con una española que le idolatra y que no trabaja; tienen dos hijos… Cuando yo me quedé embarazada, noté en él una especie de satisfacción, como si dijera: ahora por fin las cosas están claras; una mujer menos en nuestro camino. Me dio tanta rabia que me juré ser más profesional que nunca, no faltar jamás al trabajo, no hablar de mis hijos, no llegar tarde… Pero finalmente vi que estaba actuando por motivos erróneos. Que había algo más importante que ser respetada por hombres como él, algo más importante que el prestigio y el dinero, y era hacer lo que… lo que yo quería hacer. Quería y debía.

Tina enciende un cigarrillo. Yo saco del bolso un chal y me lo pongo sobre los hombros, por encima de la chaqueta. Empieza a oscurecer.

—Y ahora, ¿estás contenta de… —Tina adopta un tono precavido— de ser ama de casa?

Me esfuerzo en contestar sin irritación, y en ser sincera.

—Bueno, al principio fue… difícil. Ya la primera vez, cuando tuve a Clara, me di cuenta… Me acuerdo de que al cabo de una semana o así yo iba a salir a la calle por primera vez, nada importante, André había prometido llegar a las seis, pero llegó a las siete menos cuarto… y en esos tres cuartos de hora, comprendí que estaba atada de pies y manos, que hasta algo tan sencillo como salir de casa… ni eso podía hacer.

Tina respira hondo, como diciendo: «Lo que me temía».

—Y el no tener ni nómina ni despacho ni horario… era como si me hubiera bajado del tren de alta velocidad para navegar en una balsa. La verdad es que al principio me sentía… incluso ahora, un poco… ya sé que es muy fuerte decirlo así… un poco despreciada.

Tina da un respingo:

—¿Despreciada? Pero si eso es lo que sientes cuando eres una mujer sin hijos. Te miran con lástima.

—¿Tú crees?… —Y compartimos un silencio asombrado.

—En fin… —concluyo—, es una esclavitud, qué duda cabe, pero una esclavitud… —De nuevo busco las palabras: ¿maravillosa? ¿Cómo unir ese adjetivo y ese sustantivo?—. Quiero decir que hay muchas cosas que… que compensan —termino, por no quedarme otra vez a media frase, pero me suena tan incongruente como poner, en un platillo de la balanza, una pesa de hierro de un kilo, y en el otro, estrellas.

Tina me entendería, claro, si le dijera lo agotada que estoy después de esas noches en que el llanto de los niños me obliga a levantarme varias veces. Entendería perfectamente esa exasperación que produce el no poder más, y no tener sin embargo más remedio, cuando ellos me reclaman, que levantarme, ir a arroparlos, cambiarles el pañal… Sí, entendería lo desesperante que es no poder desaparecer un fin de semana, o sencillamente echarse en el sofá y dormir un rato… Pero ¿me entendería si le contara que hace poco, estando sola en casa, oí un llanto de recién nacido a lo lejos, y abrí la ventana de par en par para oírlo mejor?

Ahora estamos echadas las dos boca arriba, con la vista perdida en el cielo que oscurece, levemente anaranjado todavía. Huele a verde, a húmedo, a la vida oscura y tenaz de las plantas.

—¿Y no sientes que te falta algo?

—Claro que sí, Tina… Pero no sé qué es. —Hace sólo unos días, me digo en mi fuero interno, habría contestado sin vacilar: vocación artística. Ahora no estoy tan segura.

—Algo en lo que seas tú misma… —sugiere ella. Yo me encojo de hombros.

—Soy yo misma cuando soy la madre de Oriol y Clara, y también cuando soy la esposa de André, tanto como cuando hago algo sola. Pero sí, me falta algo.

—¿Una profesión?

—Quizá. De hecho, me estoy preparando para eso… pero no sé. No sé si es eso lo que…

—¿Un hombre, entonces…? —insinúa Tina, con la voz irónica de diablesa que usaba hace quince años para darme los consejos que habrían horrorizado a mi madre.

Me río, encogiéndome de hombros.

—De veras, Tina, no sé lo que me falta… Sea lo que sea, lo busco en los libros.

Repaso mentalmente las hileras de novelas que ocupan las estanterías de la sala: otros tantos universos, comprimidos para disimular en unos pocos centímetros. Por las noches, una vez acostados los niños, mientras André hojea el periódico, yo me siento modestamente en mi sillón bajo la lámpara, abro sin ruido un pequeño rectángulo de papel y echo a volar.

—Te podría decir que me falta libertad —prosigo—, pero no sé si, aun con toda la libertad del mundo, podría vivir tantas vidas como los libros me ofrecen… Bueno, sí, querría más libertad para… Libertad cotidiana, como la que tú tienes. Yo he entregado mi libertad de una vez por todas, o al menos para muchos años, hasta que los niños sean mayores… mientras que tú la renuevas cada día. Y también me falta… libertad interior, despreocupación… Tener hijos le abre a una un flanco espantosamente vulnerable, y eso, el saber que si les ocurriera algo me destrozaría la vida, es un sufrimiento perpetuo, como llevar clavada una aguja en un lugar sensible, recordándome que ese aguijonazo se podría convertir en puñalada —suspiro—. Y por último, me falta… aquello que a los veinte años creíamos tener, no sé cómo decirte… pertenecer al mundo.

Me quedo pensando en mis paseos con los niños por Brétigny. Los bloques de pisos, la estación de tren, el supermercado, la gasolinera… y la sensación contradictoria que me atenaza: que una casa y dos niños son muy poca cosa en el vasto universo y que esos niños iluminan el universo, son lo mejor de él, lo contienen entero.

—¿La pintura —le pregunto a Tina— te da la impresión de participar en la marcha del mundo?

—Mmm… Participar, participar, no. Pero sí tener una visión propia. Y esa visión no te la quedas dentro: trabajas para sacarla de ti y darla a los demás, ofrecerles esas gafas con un cristal de cada color que permiten ver en tres dimensiones lo que sin ellas se ve sólo en dos, ¿entiendes?

—¿Y tú no sientes que te falta algo?

—¡Pues claro! Ser reconocida como pintora.

Siempre tan tajante… Hay algo, pienso ahora, algo que no sé

definir —como un interrogante que inquieta, que angustia; pero a la vez una forma extraña, secreta, peligrosa de felicidad— que ella conoce exclusivamente cuando pinta, mientras que para mí lo impregna todo.

—Claro que también veo a artistas consagrados —añade— que viven de renta, de su obra pasada, que han perdido la capacidad de crear, y me digo que lo que yo tengo ahora es lo más importante.

Se está haciendo de noche, y en la penumbra me atrevo a preguntarle:

—¿Y quieres tener hijos?

Me replica con una frase en ella insólita:

—No lo sé… —suspira—. Ahora que por fin estoy pintando, no quiero que nada me interrumpa, ¿entiendes? Sería perfecto seguir pintando durante los próximos veinticinco años, y a los sesenta tener un hijo. ¡*Olalá*, qué dilema! ¡Si hubiera podido evitarlo…! Pero todas las mujeres, entre los veinte y los cuarenta, tenemos que pasar por él, si no hemos tenido la suerte, como tú, de tener hijos joven.

—Yo creo que alguien como tú, con una vocación, no tiene la misma necesidad de tener hijos que tenernos los demás. Tú ya creas algo, ya tienes esa satisfacción… esa certeza de ser insustituible, ¿no? Quiero decir que tú eres insustituible como autora de tus cuadros, igual que yo soy insustituible como madre de mis hijos. —Y al callar me asalta la incómoda pregunta de si no lo habré dicho por envidia, porque no soportaría que ella lo tuviera todo. Y ella, por su parte, ¿ha hablado con sinceridad o por cortesía?…

—Mmm… A mí siempre me ha parecido —dice ahora Tina, como si me hubiera leído el pensamiento— que hacer de madre era algo sin interés. Pero ahora empiezo a pensar que podría enriquecerme no sólo como persona, sino como pintora. Estoy segura de que te abre la puerta a muchas cosas.

Tina calla, pensativa. Observo que no se le ocurre preguntarme a mí, que lo conozco, si es cierto y qué cosas son ésas; pero lo observo sin acritud: he comprendido al fin —me ha costado quince años— que el egocentrismo de Tina es un rasgo de su carácter y no un juicio sobre mi valía. Además, ¿encontraría yo las palabras para explicarle qué te enseña un niño… si precisamente lo que te enseña no tiene nombre? Y me viene a la memoria un diálogo que tuve

hace unos días con Oriol. Caminaba con él por una acera, en Brétigny, cuando se detuvo en seco y se quedó mirando, fascinado, un charco de luz verde en forma de cruz sobre la acera.

—¿Has visto? —le dije yo al oído—. Una laguna en plena selva…

—¿Hay cocodrilos? —me preguntó él en un susurro—, ¿como el del Capitán Garfio?

—Seguramente, sí… No te muevas… Vamos a ir bordeándola por la orilla… Cuidado…

Y casi juraría haber visto yo misma un hocico verde y triangular, con blancos dientecillos afilados, antes de echarme a reír, cogerle en brazos y entrar en la farmacia.

—Además —está diciendo Tina—, ¿para qué traer más niños al mundo, cuando hay tantos que no tienen padres y viven en la miseria? Me parece más lógico adoptar uno.

Adoptar… No sé si admiro su generosidad o si me irrita ese rasgo suyo, casi una forma de esnobismo, de querer ser distinta a toda costa.

—Además, tener un hijo con Mohamed me obligaría a vivir con él y no sé si quiero. Incluso el hecho de estar embarazada me da la impresión de que me quitaría la libertad, ¿entiendes?, de ser un recipiente pasivo. Igual que esas madres que ves en los parques, aburridas, mientras sus hijos corren y se divierten…

A mí también, hace años, las madres me parecían paredes. Creía que los niños eran todos iguales y que se hacían solos. Pero no tengo ganas de embarcarme en una explicación que Tina no me ha pedido y no sé si querría escuchar.

Está hablando atropelladamente y suspira con los mismos suspiros breves, jadeantes, de hace quince años. No puedo verla, pero imagino su pecho alzándose y cayendo con pequeñas sacudidas. Hay algo extraño en esa ansiedad súbita, que me pone sobre aviso.

—Creo que me gustaría tener, no un bebé, sino un niño, y educarlo. Tenerlo yo, no. No me gusta la idea del embarazo, del parto. —Y añade, muy deprisa—: La única vez que he estado embarazada lo que sentí fue que estaba atrapada. Que me acababan de poner a traición un… ¿cómo llamas esa cosa de hierro para cazar a los lobos?

—Un cepo —me apresuro a contestar, y aunque sea incongruente, sólo por cambiar de tema, por huir de esa confidencia que me trastorna, por no hacerle la pregunta dolorosa cuya respuesta podría dolerme a mí también, porque no quiero que sea ella quien me cuente lo sucedido entre ella y André, si es de él de quien se trata, digo lo primero que me pasa por la cabeza, absurdamente—: La misma palabra designa también el aparato que se les pone a los coches en las ruedas cuando están mal aparcados… Por cierto, ¿qué hora debe ser? Yo tendría que empezar a pensar en volver a casa.

—¿André te… te controla las horas y todo eso?

—¡Qué idea tienes de los maridos! —Me río—. Ni siquiera le he dicho con quién iba a pasar el día. Pero tampoco es justo que le deje a él solo con todo el trabajo de los niños.

—Te acompaño al metro, si quieres.

Mientras nos levantamos, sacudiéndonos la ropa, me viene a la mente una vieja canción de Barbara. Pero no recuerdo la letra; sólo la melodía. Y la voz femenina, cálida, oscura, la voz subterránea que la cantaba.

Descendemos en silencio siguiendo los senderos y después por una escalera que discurre entre el parque y una hilera de verjas. Huele a adelfas y a geranios, que no se ven: es ya de noche, y las farolas son escasas, amarillentas, provincianas.

Cuando de adolescente leía novelas francesas del siglo pasado, me imaginaba vagamente los *becs de gaz* de los que tanto hablaban como pájaros de hierro clavados en las esquinas con las alas desplegadas, de cuyos picos abiertos salía, chisporroteando, una llamarada azul. Tardé mucho en darme cuenta de que eran simplemente farolas, como las actuales, sólo que de gas en vez de eléctricas… Mientras bajamos por una callejuela oscura, dejando atrás y arriba el parque, se me ocurre pensar, resumiendo todo lo que hoy he sabido sobre Tina, haciendo la suma —la resta— de todo lo que yo creí que era y no es: genio, suicida, *femme fatale*… se me ocurre que algo así me ha pasado con ella. Con ella y con Francia y con todo en general.

Me deslumbra de pronto la cruda luz de un bulevar. Hemos llegado al metro. Una impresión súbita, desoladora, de término, de despedida, de punto final, me cae encima. Es como si despertara de

un sueño, como si un pájaro magnífico, mitológico, al que durante años hubiera estado siguiendo con la vista, cayera al suelo y resultara no ser más que cañas y papel pintado.

Estamos junto a la escalera que baja a los túneles, a la soledad, al frío. Fuera quedan mayo, Montmartre, los jardines. Fuera queda Tina.

On a vu souvent rejaillir le feu… Il est paraît-il des ères brûlées…, canta en mi cabeza Barbara. Se ha visto a menudo volver a salir fuego… Se dice que hay eras quemadas…

De pie, las dos, frente a frente, en la acera… Oigo nuestras dos respiraciones.

—Una cosa, Tina… —Estaba a punto de decir: «Una última pregunta…», pero el adjetivo me ha dado escalofríos—. ¿Cómo fue que me escribiste… después de tanto tiempo, quiero decir?

A la luz violeta de las farolas, su rostro me aparece vago y misterioso, como el de un ídolo antiguo.

—Quería compartir contigo mi alegría por la exposición. Quería saber qué se había hecho de ti. Y quería… revisar el pasado. Poner punto final a esa vieja historia con André… Me parecía una tontería que no nos viéramos nunca más por algo que finalmente, no es tan importante.

On a vu souvent rejaillir le feu d'anciens volcans qu'on croyait trop vieux. Il est paraît-il des ères brûlées donnant plus de blé qu'au meilleur avril.

—Bueno, pues… —digo sonrojándome, sin saber qué añadir. ¿Preguntará cuándo nos volveremos a ver? ¿No lo preguntará?

Oublier le temps des malentendus, et le temps perdu sans savoir comment…

Tina sonríe y me abraza. *Ne me quitte pas*… Yo también la abrazo, con la sensación de abrazar alas, plumas. Es de papel pintado, pero vuela. Y me ha enseñado a volar. *Ne me quitte pas, ne me quitte pas, ne me quitte pas*.

Je ne vais pas pleurer. Je ne vais plus parler. Je ne dirai plus ríen, mais…

—Y por otra cosa —dice Tina cuando deshacemos el abrazo.

Callo. *Je ne dirai plus ríen, mais… Ne me quitte pas, ne me quitte pas, ne me quitte pas*.

—Porque *me faltabas*.

—Se dice «te echaba de menos» —replico, para aliviar la emoción que me embarga. Y volviendo rápidamente los ojos exclamo, ya de espaldas—: ¡Hasta la vista! ¡Hasta pronto! ¡Hasta el martes! —Y bajo corriendo, a saltos, la escalera del metro.

SIETE

ESPERANDO el metro para volver a casa… Esperábamos sentadas en un banco del andén, calladas por fin, de puro agotamiento, después de un día entero, uno más, hablando y paseando —café en el Zurich, de ahí a la fuente de Canaletas y abajo por las Ramblas, Pla de la Boquería, periódicos, floristas, pájaros y peces, Rambla de las Flores, horchata en el Café de la Ópera, Liceo, plaza Real a un lado, Arco del Teatro al otro, Rambla de Santa Mónica, estatua de Colón, escalones del puerto, el mar, las carabelas, media vuelta, Ramblas arriba, bocadillo en el Café de la Ópera, desvío a la plaza del Pino, taza de chocolate en alguna granja de la calle Petritxol, luego al Ateneo, patio, estanque, palmeras, café, otra vez Ramblas, fuente de Canaletas y vuelta a empezar— para regresar a casa, antes de volver a salir: no íbamos a desperdiciar una verbena de San Juan, máxime siendo nuestra última noche en Barcelona. Iríamos a Montjuïc, a sumarnos a la fiesta en los jardines, entre escalinatas, fuegos artificiales, haces de luces de colores desplegándose en abanico por el cielo, surtidores… A las dos o las tres de la madrugada, un poco borrachas, Tina quizá acompañada, nos quitaríamos la ropa para zambullirnos en las fuentes.

Llegamos a casa; comprobé con alivio la ausencia de mi madre. Mi padre había salido esa misma tarde en coche en dirección a Italia, en viaje de negocios. Desde la mañana en que yo le había pedido hablar con ella a solas, para finalmente no decirle nada, mi madre nos trataba con una cortesía y una discreción tan exquisitas que por fuerza tenía que estar tramando algo. Pocos días atrás, sentada yo en la sala, absorta, con un libro en la mano, ella la había cruzado, y yo, alzando un momento los ojos, sorprendí la mirada de extrañeza que me echaba al verme sumergida con pasión en un

libro cuya sobrecubierta proclamaba: *Tartes et desserts* —quinto y último volumen de *La grande cuisine française* que Tina le había regalado—. Pero no dijo nada.

La casa, aquella tarde del 23 de junio de 1976, veinticuatro horas —creía yo— antes de abandonarla para pasar cinco semanas —creía yo— lejos de ella, me pareció distinta. Estaban abiertas las ventanas y entornados los postigos para que no entrara el calor, y aquella rayita de luz que partía en dos la penumbra de cada habitación, cruzando primero las viejas baldosas decoradas con cenefas —tenue línea coloreada entre dos zonas de sombra— y ascendiendo luego entre los postigos —recta, brillante, prometedora, como la varita mágica de los cuentos de hadas— me parecían el camino luminoso y secreto, sólo para mí perceptible, hacia la libertad: me escurriría siguiendo la luz, pasaría, como un espíritu, por la rendija, y en el aire húmedo, gris y verde, sin fronteras, desplegaría las alas.

A la luz de acuario procedente del patio interior, mi habitación me acogió con un silencio expectante. Pero no me di cuenta de nada. Sobre la cama estaba la mochila, ya lista, exactamente como la había dejado al marcharme —mi madre siempre ha sido sumamente cuidadosa…—. Abrí la ventana. En la de enfrente, cerrada, a través del cristal esmerilado, se veía moverse la inquieta silueta de Tina. Hacía dos días que había roto con Ernesto y todavía estaba agitada… Por el patio ascendía la musiquita del programa de Elena Francis, que llegaba a su fin. Abajo, la falda colgada y olvidada… La miré con lástima, pensando que cuando yo volviera de Francia, transformada por haber conocido —¡al fin!— la libertad y el extranjero, y entrase en mi habitación —creía yo—, al abrir la ventana la iba a volver a ver, en el mismo sitio exactamente, melancólica, frígida, fosilizada.

Cogí la ropa que me iba a poner esa noche y el estuche de maquillaje, y puse *Wish you were here* a todo volumen. Vino Tina a traerme sus pendientes —los pendientes de coral y turquesa que tanto me gustaban y que había prometido prestarme para la verbena—; yo le dejé a mi vez el libro de Maupassant del que tanto le había hablado, *Una aventura parisina y otros cuentos*. Tina dijo que se iba a leer a la galería; yo asentí alegremente y me metí en el cuarto de baño.

Ya vestida, y demasiado nerviosa y eufórica para concentrarme en nada, vagué por la casa. Entré en la sala, procurando no hacer ruido: en la galería acristalada, detrás de la cortina de terciopelo verde, Tina estaría leyendo. Sobre la mesita de cristal, en el mismo lugar donde yo lo había dejado, como al descuido, unos días antes, *Tartes et desserts* era la imagen misma de la inocencia: cualquiera —mi madre, por ejemplo— podía abrirlo y consultar la receta de una deliciosa *Tarte de framboises au Chantilly* o de *Myrtilles a la crème anglaise*. El sobado ejemplar de *La revolución sexual* de Wilhelm Reich, ya desprovisto de sobrecubierta y bien envuelto en plástico, soportaba estoicamente la clandestinidad subterránea.

Una inquietud súbita me empujó al balcón. ¿Eran imaginaciones mías, o era evidente para cualquiera —mi madre, por ejemplo— que los geranios de la jardinera del rincón estaban menos ufanos que los de las demás?… De pronto oí abrirse la puerta de cristales de la sala. Salí precipitadamente del balcón y me encontré frente a frente con mi madre. La música me había impedido oír su llave en la puerta de entrada. En ese momento terminó el disco. *Wish you were not here*.

—Eli, tengo que hablar contigo.

Entre jarrones de cristal, mesitas de cristal, puertas de cristal, fotografías cubiertas de cristal, en el silencio acristalado, en la penumbra inmóvil de museo, mi madre, aún temible, aunque ya prehistórica, se erguía amenazada y amenazadora como un tiranosaurio.

Abrió el bolso y sacó una cajita redonda de plástico blanco que reconocí con horror.

—¿Me puedes explicar qué hacía *esto* en tu equipaje?

¿Qué habría contestado, me pregunto ahora, si hubiéramos estado solas? Probablemente habría dicho la verdad; habría acusado a mi amiga; habría hecho grandes protestas de inocencia; habría acatado llorosa y cabizbaja —¿cómo iba a desafiarla, no teniendo casa propia, ni dinero, ni un hombre que me apoyara?— la prohibición que seguramente ella estaba tramando en esos días y cuya necesidad y urgencia acababan de serle confirmadas por el alarmante hallazgo; y no sería ahora Madame Albret, sentada en el metro de París, volviendo a mi casa en Brétigny-sur-Orge.

Pero no estábamos solas.

—Esto en España no se puede comprar, de modo que ya me estás diciendo de dónde lo has sacado. ¡Espabila, que no tengo toda la noche que perder!

Yo me aclaré la voz:

—Mi vida privada —declamé—, como su nombre indica…

—¡Qué vida privada ni qué ocho cuartos! —bufó mi madre—. ¡Lo que me faltaba: la mocosa esta recitándome la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano! ¡Ya sabía yo que esa frescales francesa…!

—¡Es mi mejor amiga —grité yo, alto y claro para que Tina no se perdiera una palabra— y no es una rancia como otras, una estrecha, una…!

—Eli, Eli, ¡por favor! —me interrumpió asustada mi madre, con gran alivio por mi parte, cuando estaba a punto de llamarla mal follada. Y dejando el diafragma, conciliadora, sobre la mesa de cristal, cambió bruscamente de táctica—: Mira, Eli, vamos a hablar como personas mayores…

Empecé a sudar. Ser insolente y dar algunos gritos no era difícil, sólo requería un poco de audacia. Pero vencer los argumentos de la persona más persuasiva y tenaz que he conocido nunca era harina de otro costal.

—Vamos a sentarnos —me invitó. Pero su gesto de súbita y desconfiada extrañeza reflejó en negativo mi cambio de expresión: incrédula y alborozada, yo acababa de fijar la vista en la cortina de terciopelo verde, que una mano suave y decidida estaba abriendo.

Como el *deus ex machina* que en el teatro romano bajaba del cielo, en la última escena, cuando la intriga se había enmarañado hasta volverse insoluble, y lo zanjaba todo con un solo gesto milagroso, Tina hizo su aparición. Petrificada como una pompeyana bajo el torrente de lava, mi madre contempló, muda e inmóvil, cómo Tina, llevando en la mano *Una aventura parisina y otros cuentos*, avanzaba hasta la mesa de cristal, recogía el cuerpo del delito sin decir una palabra, y salía, majestuosa, seguida por mí como por un perrito. «¡¡Putas!!», vociferó mi madre con un alarido tan agudo que temblaron los cristales, mientras a la misma hora más o menos, Eduvina, que en compañía de mi padre acababa de cruzar la frontera, estaba rellenando con su nombre una tarjeta de seguro obligatorio para los automóviles que atraviesan Francia, la

llamada *carte verte*, que mi madre encontraría una semana después en la guantera.

Eran las once cuando, después de algunas lágrimas, muchas exclamaciones, algunas carcajadas de todo punto falsas —sobre todo las mías, aterrorizada por mi propio juramento de no volver a poner los pies en esa casa—, cafés, bocadillos, hasta un par de cubalibres para darnos ánimos, y una llamada telefónica que hizo Tina *in extremis*, cruzamos con nuestras mochilas el Arco del Teatro.

Conde del Asalto, Villa Rosa, Bodega Bohemia, La Paloma de la calle del Tigre… Todos esos nombres tomaban cuerpo de pronto: estábamos en el Barrio Chino. Tina, que aparte de haber ido ya más de una vez a casa de Ernesto, tenía el aplomo de las personas viajadas, avanzaba tranquilamente en línea recta; yo encogida, casi escudándome detrás de ella, intentando acallar el tintineo de los pendientes, miraba cautamente a los lados. Pintarrajeadas e indiferentes como máscaras, las prostitutas se dejaban abordar por hombrecillos susurrantes, vestidos de sombras y siempre de perfil: me recordaban aquellas ollas de barro recubiertas de papel de plata azul y rojo que los más osados rompían a garrotazos en las fiestas cuando éramos pequeños, y que sólo contenían chucherías y caramelos pringosos.

Hacía mucho calor, y por sus puertas abiertas, se veía el interior iluminado de los bares que jalonaban las calles angostas, sudorosas, oscuras, con hedor a cloaca. Una luz excesivamente blanca, como el maquillaje del payaso triste, exhibía con crudeza la pátina grasienta de los taburetes de skai color burdeos, por cuyos agujeros asomaba gomaespuma, y las bandejas de albóndigas en salsa de tomate, de boquerones flotando en aceite, alineadas sobre el mostrador de zinc como sobre la mesa de un quirófano. Sombras verdosas y olor a desinfectante se desparramaban por la acera.

Llegamos. Frente al portal, a la luz enharinada y cadavérica de las escasas farolas, el escaparate de una lencería exhibía ligueros rojos y bragas negras con penachos de plumas, como para una *femme fatale* sioux.

Media hora más tarde, tras la diabólica sugerencia, yo estaba

sentada en el sofá del pisucho, procurando mantener una apariencia de calma mientras por dentro subía y bajaba las montañas rusas. Estaba sola: Ernesto y Tina habían ido adentro a buscar sábanas para hacer la cama —¿o las camas?— en la sala, con los cojines del sofá, y Sati —a quien estaba destinado un colchón en el despacho: no había más dormitorio que el conyugal en esa casa— había bajado a por tabaco. La sugerencia, naturalmente, había partido de Tina: no de mí, que aun en el supuesto de haber sabido lo que quería habría sido incapaz de proponerlo, aunque una vez propuesto por Tina acepté valientemente, ni de Ernesto, que ciertamente habría preferido acostarse con Tina que conmigo, y de quien me estaba yo preguntando en ese instante si iba a aceptar. *On m'a dit que vous m'aimiez, est-ce bien la vérité?* Había llegado la hora de la verdad: la de saber si un hombre de verdad podía sentir por mí lo que ellos sienten por las mujeres de verdad. Ruleta rusa.

A mi lado en el sofá, el gato me miraba con ojos muy abiertos, completamente inmóvil, como si no me viera. Intentando juguetear con él para entretener la espera, le puse la mano en el lomo. Rodó al suelo como un fardo. Me levanté de un brinco; eché una ojeada temerosa al pasillo —las risas cómplices de Tina y Ernesto sonaban lejos, en el interior del piso—; cogí al gato como se coge un jarrón de porcelana y lo coloqué con cuidado en el sofá, lejos del borde. No se inmutó. Sonó el timbre; me abalancé al recibidor: era Sati. Cuando llegamos a la sala, Tina, que ya estaba allí, haciendo la cama —una sola; ¿o sea que…?— le echó una mirada misteriosa, mientras Ernesto, con sus patillas, su pañuelo amarillo y sus manos huesudas, se me acercaba de perfil.

A estas horas el tren a Brétigny está casi vacío. Los escasos pasajeros, como es habitual en Francia, leen. ¿Estarán despiertos los niños todavía? André les habrá dado la cena, los habrá bañado… Me represento con ternura su silueta erguida de esquiador, sus cabellos que aún conservan un brillo rojizo —aunque ahora tiene entradas y las primeras canas en las sienes—, sus rasgos que la edad ha hecho más secos y afilados, su boca dibujada y en relieve, sus manos grandes, fuertes, de dedos musculosos y romos, enjabonando delicadamente a Oriol, mientras Clara llora abrazada a sus piernas, empapándole las rodillas del pantalón, y le pregunta, como el otro

día, una y otra vez, desesperada, «¿por qué dice mamá que no me puedo casar contigo?».

Me faltaban, aquel 23 de junio de 1976, exactamente nueve días para conocer a André, y unos cuantos años para comprender en qué estaba equivocada —equivocada de pies a cabeza, mal planteada, había que hacer tabla rasa, volver a empezar desde cero— la pregunta incrédula que a la mañana siguiente, despeinada y titubeante, al salir del dormitorio donde había entrado la noche anterior como la Bella Durmiente a punto de recibir el beso del Príncipe Azul y salía ahora como Helga tras una noche con los muertos vivientes, la pregunta que esa mañana, entre chillidos sarcásticos de vencejos, no me atreví a formularle a Tina: ¿Eso era todo? ¿Para tan poca cosa tantas prohibiciones y misterios y sexto mandamiento y promesas de infierno y paraíso?… («… "Para conocer el vicio." "¿Y bien…?" "Pues… pues, ¡no tiene ninguna gracia!" Y se fue corriendo, bajó la escalera, se abalanzó a la calle. El ejército de los barrenderos barría. Y le pareció que también en ella algo acababa de ser barrido, empujado a la cuneta, a la cloaca…»)

Y es que no nos entendimos en la cama. Yo era una estudiantilla de veinte años, tímida, virgen, capaz sólo de entregar mi cuerpo como quien lo entrega al cirujano, y él… él…

Las cabezas se alzan al unísono, me echan miradas furibundas y regresan, airadas aún, a su lectura. En Francia está mal visto reírse a carcajadas.

Él eramás exigente que un pachá consiete colas.

Cuando salíamos del Café de la Ópera, donde habíamos pasado un buen rato desayunando y reponiéndonos de los sucesos de las últimas horas —alguno de los cuales Tina, había empezado yo a sospechar observando su enigmática sonrisa, no me había contado todavía—, en la mesa junto a la puerta nos encontramos con Satán, Sati para los amigos. Sólo en ese momento comprendí, por la cortesía exagerada con que le saludó irónicamente Tina, que había pasado con él la noche. Intercambiamos algunas frases banales, mientras yo intentaba hacer casar, no sabía cómo, su evidente humor de perros con los puntapiés que Tina me daba disimuladamente, mientras con los ojos me señalaba algo que yo no

conseguía ver, debajo de la mesa.

—Si no tienes dónde dormir —le dijo Tina cuando nos despedíamos—, te puedo recomendar un sitio donde acaban de quedar libres dos habitaciones.

—Y la dueña es un encanto —añadí yo, que acababa de ver el maletón negro de Sati debajo de la mesa, y riendo como locas, abrimos la puerta del café, de la libertad, del verano, y salimos a la luz marítima y radiante de las Ramblas.

Las hortensias duermen. Tintinean misteriosamente los cascabeles de latón, y me acoge el olor a humedad característico de las casas enmoquetadas en los climas lluviosos, el olor que me extrañaba cuando llegué de Barcelona y que con el tiempo se ha vuelto familiar, el olor de mi felicidad pequeña y viva y en apariencia quieta, como un estanque. Avanzo despacio, como Alí Babá, hacia la luz que brilla al fondo de la cueva.

Al resplandor dorado de la lamparita que hay junto al sofá, con el balcón abierto —ha salido la luna y en la oscuridad brillan los troncos de los abedules—, André está leyendo el periódico.

—Hola, cariño. ¿Los niños están acostados?

—Se acaban de dormir. ¿Y tú? ¿Qué tal con tu amiga?

—Muy bien —respondo con cierta precipitación; que no me pregunte cómo se llama…—. Hemos estado hablando de Barcelona, de los viejos tiempos… ¿Han cenado bien?

—Es que eres muy vieja… —dice André, rozándome el pelo con la boca, mientras su brazo me sube por debajo de la blusa como una anguila.

—Sí, somos viejísimos los dos —respondo besándole el cuello, aliviada de cambiar de tema. *Les époux qui s'bécottent sur les sofas privés, sofas privés, sofas privés…*

—Y casados —añade él, con un fingido gesto adusto, de notario de provincias.

I never wanted a mansion in the South. Just one…

En el jardín, a nuestras espaldas, los abedules montan guardia, como centinelas con armadura de plata.

Ahora disfrutamos del silencio azul oscuro, de la gran paz

nocturna, de una ligereza acuática y callada en el secreto de las profundidades, mientras del otro lado de la cristalera brilla el jardín con un fulgor pálidamente plateado. Estamos echados en la alfombra, arrebujados en una manta; yo apoyo la cabeza sobre André, en ese rincón acogedor entre el hombro y la axila, con una mano en su otro hombro, mientras él con ambos brazos me rodea la cintura. Hoy los dos —pienso vagamente, con ese desenfoque que da el bienestar de después del amor— hemos estado distintos. André ávido, posesivo, aferrándome con las piernas, con las manos crispadas, con los dientes, y yo fluyendo entre sus brazos, como si un nudo de sombra que durante años me tuvo aprisionada se hubiera deshecho por fin, yo fluyendo feliz como un torrente de luz, con remansos y cascadas.

Llevo un rato notando que los brazos de André se tensan, me aprietan, se relajan y vuelven a tensarse, como si estuviera una y otra vez a punto de decirme algo que le cuesta, y en el último momento no encontrara las palabras. Pero no puedo ayudarle: no sé de qué me quiere hablar.

—Eli —dice con voz incolora, y me parece ver mi nombre elevándose como una burbuja en la oscuridad—. Haz lo que quieras, no tienes que darme explicaciones, pero prefiero que no la traigas a casa. No tengo ganas de verla.

Pausa. Me sonrojo y me muerdo los labios para no exclamar «¿Cómo lo sabes?», por segunda vez en pocas horas. Repaso mentalmente la trayectoria de la tarjeta de Tina: de las manos del cartero a las mías; de ahí a un cajón que nadie abre nunca más que yo, oculta bajo un mantel y un montón de servilletas; de ahí, en cuidadosas trizas, al cubo de la basura. ¿Entonces…?

—De acuerdo —digo, para no prolongar el silencio; pero en cuanto callo vuelve a formarse. Un silencio viscoso por el que hormiguean cosas no dichas, cosas ni siquiera claramente pensadas. Al cabo de un buen rato, André, más suave, me pregunta:

—¿Cómo está?

Seguramente lo que él quiere saber es qué hace, dónde vive, de qué, con quién… pero para mí la gran pregunta sigue siendo… aunque para la interesada ya no lo sea… pero yo no puedo dejar de formularme la pregunta que llevo haciéndome para mis adentros todo el día: ¿ha triunfado?, ¿ha fracasado?… Y de pronto me salta a

la vista la respuesta; ni una cosa ni otra:

—Ha madurado.

André guarda silencio.

—Dejó la televisión y se dedica a pintar —prosigo—. Va a inaugurar su primera exposición el martes que viene, me mandó una invitación… ¿No te importaría que le compráramos un cuadro? Los he visto, son muy distintos de los de hace unos años, me gustan de veras… Vive sola, en Montmartre, en un estudio con una vista preciosa, y aunque no gana casi nada, todavía, disfruta mucho de la soledad, de la libertad, de la pintura…

Se hace una pausa, hasta que André, bajando la voz, murmurando casi, con precaución o con ternura, me pregunta: *«Tu regrettes…?»*. Que tiene dos sentidos levemente distintos: «¿Lo echas de menos?», o bien: «¿Lo lamentas?».

Podría exclamar: «¡En absoluto!», con aquella rotundidad que tenía Tina de joven. Pero no sé si sería cierto, y además, no quiero echar a perder esta atmósfera lenta, la tibia oscuridad, la alfombra como una arena azul entre las sombras de colores de los muebles y la puerta acristalada brillando como la superficie del agua cuando se ve desde abajo… Este silencio lleno, vivo, esta noche en que después de abrir los cuerpos abrimos los corazones, como aquellas primeras noches que pasábamos juntos, hace diez años, abrazándonos, haciendo el amor, charlando de todo y nada, durmiendo, despertándonos a besos, haciendo el amor, conversando, hasta el amanecer.

«¿Y tú?», podría preguntarle a mi vez. Porque ese hombre que está a mi lado me ha elegido a mí para pasar la única vida que tiene, y conmigo ha tenido hijos y ha comprado una casa y por nosotros se levanta a las siete y va a trabajar todos los días. André siempre quiso tener una mujer y tener hijos, es cierto, pero también soñaba con hacer grandes viajes… Y ahora está aquí conmigo, en la penumbra azul que un muro de cristal aísla del mundo, enredado en mis redes.

Miro hacia la cristalera, que sólo me ofrece una superficie de luz vaga, y tengo la sensación de que afuera está todo aquello a lo que hemos renunciado, las vidas que hubiéramos podido llevar y ya no llevaremos, el desierto, la selva, los océanos, la buhardilla con un escritorio y una gran ventana y París a los pies, y todos los demás

hombres y mujeres que habrían podido ser, pero ya no serán, su mujer o mi marido.

De pronto, sin más ni más, a quemarropa, hago la pregunta que nunca, en diez años, me atreví a hacer, ni a él ni a ella:

—¿Por qué rompisteis?

André no contesta inmediatamente y eso, no sé por qué, me convence de que es cierto lo que llevo tanto tiempo sospechando:

—Si tú tampoco querías tenerlo… ¿O sí?

—Yo sí —dice André, en ese tono especial, recto, aséptico, de honradez protestante, que usa para decir, cuando considera su deber decirlas, cosas que preferiría callarse. Recto y aséptico como una hoja de acero que se me hunde en la garganta.

—Salísteis juntos apenas unos meses y querías tener un hijo con ella… —me digo a mí misma en voz alta, como para convencerme de que es cierto. La carta que no abrí era de diciembre: recuerdo que palpé el sobre preguntándome si sería una simple felicitación de Navidad, pero el tacto no era el de una tarjeta de cartón, sino el de varias hojas de papel plegadas… Si se quedó embarazada en agosto o septiembre… las fechas cuadran: me lo contaba cuando acababa de pasar, cuando estaba ya todo terminado—. ¿Tú querías y ella no? —insisto, hurgando con el puñal en la herida—. Entonces, ¿es que la habías convencido y luego ella cambió de idea? ¿O fue que…?

—No, Eli —me interrumpe André con firmeza, conteniéndose, forzándose, deseando, lo noto, terminar con este tema cuanto antes —. No queríamos ni ella ni yo, fue un azar. Pero cuando supe que estaba en camino… Yo estaba dispuesto a quedármelo, a educarlo yo solo si ella no lo quería… porque era evidente que lo que había entre ella y yo no tenía ningún futuro, de hecho cuando ella supo que estaba embarazada ya hacía algún tiempo que habíamos dejado de vernos… Si nunca fue nada serio, Eli, ¡lo sabes perfectamente!

No sé si lo sabía, pero comprendo que hasta ahora mismo, nunca me lo había creído del todo.

—Pero ella también tenía derecho a decidir —no puedo evitar decirle.

—Por supuesto que tenía derecho —exclama André con una vehemencia rara en él—, por supuesto, pero me parece que yo también tenía algún derecho a opinar, a intentar convencerla,

intentarlo por lo menos… y en vez de eso me encontré ante el hecho consumado. Me lo dijo cuando ya estaba hecho.

Me parece ver la escena como en una pantalla. El estudio de André en Ginebra, desde cuyas ventanas se divisaba el surtidor que adorna el lago. Tina con esa expresión de determinación feroz con que ejecutaba las decisiones dolorosas. André enrojeciendo de cólera, diciéndole: «*Va-t'en!*», ¡vete!, o yéndose él, dando un portazo… Me asaltan, de entre las emociones que fluyen por todos lados sin darmetiempo a identificarlas siquiera, unos celos absurdos: yo nunca he visto a André rojo de ira, nunca he provocado eso en él… Después, Tina llorando, a su manera despechada y rabiosa, en su *chambre de bonne*, escribiéndome, contándomelo todo, diciéndome quizás: ahí lo tienes, me equivoqué, ya no lo quiero, te lo dejo, la carta que nadie iba a leer… y que fue mejor que no leyera, a fin de cuentas, porque así no recibí a André demasiado pronto y de segunda mano, sino que mi renuncia fue total, fue verdadera, conocí la soledad, y cuando apareció André, supe que ése era el hombre que quería y lo conquisté yo sola.

—¿No oyes? ¿No es Clara…?

—Ya voy yo, ya voy yo. —Y me levanto de un salto. Busco a tientas las bragas, la blusa… y cuando voy a ponérmela, comprendo: huele a aguarrás y tiene una mancha de pintura en la manga.

Debe de haber tenido una pesadilla y está llorando. La saco de entre las sábanas, calentita y húmeda como un pan en el horno aún a medio cocer. Se me abraza, sudorosa, y me pide que le lea *La Cenicienta*. Cuando he terminado, como siempre, se queda mirando los dibujos y hace otra vez las mismas preguntas:

—¿Y esta señora —señalando la madrastra— por qué está enfadada?

—Porque… porque tiene miedo.

—¿De qué?

—No lo sabe… De todo. Pero ya se le pasará.

—¿Y éstas —las hermanastras— por qué están enfadadas?

—Porque no se han casado con el príncipe. Pero luego se dan cuenta de que no hace falta casarse con el príncipe para ser feliz.

—¿La que se casa con el príncipe es la Cenicienta?
—Sí, bonita.
—¿Por qué?
—Porque ella es la que de verdad le quiere.
—¿Y las hermanastras qué hacen después?
—Después, después… después las hermanastras, ¿sabes en qué se convierten?
—¿En qué?
—En hadas. Aprenden a transformar ratones en caballos, calabazas en carrozas…
—¿Con una varita mágica?
—Con un pincel.
—¿Un pincel?… ¿Como el mío de la caja de acuarelas?
—Igual.
Se calla un momento, impresionada.
—¿Y la madrastra?
—La madrastra se subió a un globo, se fue a dar la vuelta al mundo y manda postales a sus nietos atadas a la pata de palomas mensajeras. Ahora duerme, cariño.
He apagado la luz y estoy cerrando la puerta, cuando oigo llorar a Oriol en la otra habitación. Voy a verle; le saco de la cama y le cojo en brazos.
—¿Qué te pasa?
—Tengo miedo…
—¿De qué, amor mío?
—¡Del lobo!
—Pero Oriol, si el lobo no te puede hacer nada. No ves que está papá y estoy yo y no te puede pasar nada malo… —Y aunque sé que es mentira, siento que también es verdad, que entre nosotros cuatro hay algo que nada, ni siquiera la aniquilación, destruirá—. Anda, duerme tranquilo. Duerme… duerme… —repito, acunándolo, acariciándole la cabeza.
Se ha dormido. Lo vuelvo a meter en la cama, y mientras lo arropo, me viene a la memoria, junto con la frase de Tina: «Soy la mano que pinta ese cuadro», la de Santa Teresa, que hace sólo unos días no me decía nada: «Sea el Señor alabado, que me libró de mí».

Crujen los escalones. Huele a cera, a moho, a colonia para niños,

a madera; huele a mi casa, a la vida que vivo día a día. ¿Qué era aquello que Tina y yo buscábamos desesperadamente? Que ella buscaba y me enseñó a buscar, que ambas buscamos durante años en los hombres, en los viajes, en la literatura, en la pintura, en la angustia, como quien busca el frasco donde se esconde el perfume. Yo lo he encontrado: no hay frasco, el perfume se ha derramado y está por todas partes.

Abro la puerta de la sala; me acoge una penumbra azul, esférica, tibia. «¿André?», murmuro. Le oigo respirar profundamente: se ha dormido. Me echo a su lado, le arropo a él también, me abrazo a su cuerpo dulce. Siento latir su corazón, regular, sólido, sereno. Y ahora entiendo lo que André, a su vez, me ha enseñado. El mensaje estaba oculto, como un telegrama cifrado, en aquella llamada del 22 de abril de 1980, víspera del Día del Libro. Me ha costado diez años descifrarlo. Decía: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo».

